

Amelia Drake

La ACADEMIA

SEGUNDO LIBRO



Lectulandia

No quieren ponerte a prueba. Ni tampoco castigarte. Quieren destrozarte. Porque escapaste de la Academia y luego decidiste volver: has violado todas las reglas de este lugar. Y ahora no saben qué hacer contigo. Eres peligrosa para ellos. Y para nosotros. Quieren mantenerte alejada de nosotros. Te temen. Y tú tienes que demostrarles que hacen bien teniéndote miedo. Es más, que todavía no han visto nada.

En la gran ciudad de Danubia, todo el mundo piensa que Twelve ha muerto. Pero en realidad ha sido reclutada en la Decimonovena Academia, la Academia de los Ladrones, en donde se enseñan asignaturas como Espionaje, Allanamiento o Historia del Crimen. Y en donde nunca puedes fiarte de nadie. Aun así Twelve no tiene miedo. Está preparada para afrontar el examen al que tendrán que someterse ella y sus compañeros: un recorrido imposible por los tejados y los callejones más oscuros de la ciudad, en los que deberán volverse invisibles para escapar de los guardias de Danubia o de un destino aún peor...

Twelve está decidida a aprender todas las artes del crimen y ser la mejor alumna que ha pasado por la Academia. Y nada podrá detenerla.

Lectulandia

Amelia Drake

La Academia. Segundo libro

La Academia - 2

ePub r1.0

Titivillus 23.08.18

Título original: *The Academy: Libro secondo*
Amelia Drake, 2015
Traducción: Sara Cano
Diseño cubierta: Vincenzo Lamolinara

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

Amelia Drake

La
ACADEMIA
SEGUNDO LIBRO

Nadie está solo

Llevaba encerrada allí abajo once días. Desde entonces no hablaba con nadie ni veía nada más que la mano que de vez en cuando asomaba por la trampilla del techo y hacía descender a la estancia, muy despacio, una caja de metal atada a una cuerda.

Si la mano aparecía por la trampilla una vez al día, entonces habían pasado once días. De lo contrario, no tenía la menor idea de cuánto tiempo llevaba allí abajo.

Sola.

Su celda, la que los alumnos de la Academia llamaban la Cuarentena, era una estancia circular con el techo abovedado, paredes de ladrillo rojo y el suelo cubierto por una capa de suciedad.

La estancia no tenía ventanas ni puertas, más allá de la trampilla del techo, y la única luz procedía de los cabos de vela que Twelve había dispersado a su alrededor y que intentaba mantener siempre encendidos.

Era lo único que le habían ordenado que hiciera: mantener las velas encendidas, de lo contrario...

De lo contrario, no sabía qué podía pasar. Pero tampoco quería descubrirlo. Ya tenía bastante miedo tal como estaban las cosas, así que seguía las instrucciones y, cada vez que le bajaban una nueva caja de metal, la abría, sacaba las velas nuevas y las distribuía por la celda, disponiéndolas dependiendo del largo de los cabos restantes. Solo conseguía dormir a ratos, apenas unas horas, y se despertaba sobresaltada, con miedo de que las velas se consumieran y se apagarán mientras ella no las estaba vigilando.

Pero mantener las velas encendidas no era lo único que debía hacer.

El día comenzaba cuando la trampilla se abría y por ella aparecían la mano, la cuerda y la caja de metal. Twelve había desarrollado una especie de sexto sentido para detectar cuándo la trampilla estaba a punto de abrirse, y solía colocarse justo debajo un segundo antes. O, más bien, lo que a ella le parecía un segundo, pero que bien podía ser un minuto, una hora, un día.

¡Cla-clang!, hacía la puerta de la trampilla, y Twelve se ponía inmediatamente a gritar:

—¡Sacadme, sacadme de aquí!

A veces llamaba al carcelero por su nombre.

—Mister Peele, ¡por favor!

Pero Mister Peele no respondía, ni siquiera la saludaba. Hacía descender la caja, esperaba el menor tiempo posible, luego la recogía y cerraba la trampilla.

Dentro de la caja siempre había:

- un paquete de velas (no siempre nuevas);
 - una caja de cerillas;
- algo de comida (galletas duras como piedras, un sobre de sopa en polvo, una manzana);
- una bolsa impermeable con dos galones de agua;
 - un libro (que cada día era distinto);
 - un lápiz (uno nuevo todos los días);
 - un trozo de jabón.

En cuanto la caja tocaba el suelo, Twelve tenía que vaciarla a toda prisa, antes de que Mister Peele volviera a tirar de la cuerda para subirla, llevándose con ella algo valioso.

En ese momento, se ponía manos a la obra: con los dientes de un tenedor raspaba del suelo la cera fundida de las velas que ya se habían consumido para conservarla aparte y, a continuación, colocaba en su lugar las velas nuevas, procurando quedarse siempre con alguna de repuesto. Luego abría la bolsa de agua, con cuidado de no derramar ni una sola gota, vertía un poco en un cubo de pintura con el fondo agujereado que podía colgar de un gancho de hierro clavado en la pared y se daba una ducha rápida.

Con el agua que quedaba en el suelo intentaba limpiarlo un poco, frotaba el jabón por el sitio en el que dormía, lavaba la mampara que delimitaba la zona que usaba como baño y, sobre todo, la gaveta que hacía las veces tanto de plato como de olla.

Entonces, ponía a calentar la sopa sobre cuatro velas que había colocado juntas para hacer una especie de fuego. Cuando estaba a punto de hervir, ablandaba las galletas en el líquido, porque de lo contrario estaban demasiado duras para poder comérselas.

Mientras la sopa se preparaba, Twelve habría podido descansar, pero las instrucciones que había recibido eran otras.

Le habían indicado que tenía que hacer ejercicio, muchas flexiones de brazos y piernas, abdominales, correr sin moverse del sitio y alrededor del perímetro de la Cuarentena, al menos quinientas vueltas al día.

Le habían indicado que debía leer y tratar de memorizar los puntos más significativos de cada libro, tomar apuntes y hacer esquemas.

Le habían indicado que debía escribir en el cuaderno todas las reflexiones y los pensamientos del día.

Y eso era exactamente lo que Twelve hacía.

Leía.

Escribía sus pensamientos en el cuaderno de las tapas azules y los alamares dorados. Luego se quitaba la ropa, la doblaba con cuidado y tiraba vestida únicamente con su ropa interior de tela basta. Entonces, se dedicaba al ejercicio físico, se agotaba a base de flexiones y saltos recordando los ejercicios que Miss Kindheart le había enseñado cuando todavía no era una alumna de la Academia, sino una simple huérfana, una niña especial de la Institución para Niños Especiales Edgar G. Estanislao Moser.

Mientras hacía sus ejercicios, Twelve pensaba: se acordaba de su amigo Seventy Stephen, que en aquel momento estaba lejísimos de ella, en la Academia de los Húsares, y de Hugo Eight, que había muerto en el fondo del Duma, el gran río gris, el día que los habían secuestrado.

Y luego, evidentemente, pensaba en Miss Kindheart, que la había criado como si fuera su hija para venderla a aquellos bellacos de la Academia de los Ladrones que ahora la tenían prisionera.

Cuando los recuerdos se volvían demasiado dolorosos, se ponía a correr alrededor del perímetro de la Cuarentena y daba vueltas y más vueltas hasta que conseguía vaciar su cabeza de todo sentimiento de dolor y venganza.

Entonces Twelve caía al suelo, exhausta.

Llegado este punto, si aún quedaba agua, se daba otra ducha, frotándose hasta hacerse daño con el último trozo de jabón y comía la sopa, que para entonces ya estaba hecha.

Si sentía que la invadía el desánimo, cogía la hoja con las instrucciones, que había escondido debajo del montón de cera raspada, y la leía, aunque se la sabía de memoria, palabra por palabra.

Aquellas palabras habían llegado el segundo día de la Cuarentena, escondidas entre las páginas del libro.

«Hola», decía el folio. Estaba escrito a lápiz, con una caligrafía inclinada grabada con fuerza, tanta que el papel estaba perforado en algunas zonas.

«No debes tener miedo. Todo el mundo pasa miedo en la Cuarentena: se cagan encima, literalmente. Pero tú no y, por eso, cuando salgas de ahí, serás más fuerte aún que antes».

Tal vez, pensaba Twelve en aquel momento.

«No quieren ponerte a prueba. Ni tampoco castigarte. Quieren destrozarte. Porque escapaste de la Academia y luego decidiste volver: has violado todas las reglas de este lugar. Y ahora no saben qué hacer contigo. Eres peligrosa para ellos. También

para nosotros. Quieren mantenerte alejada de nosotros. Te temen. Y tú tienes que demostrarles que hacen bien teniéndote miedo. Es más, que todavía no han visto nada».

Cuando llegaba a aquella frase, Twelve siempre sonreía con una mueca de zorro salvaje.

«Todo saldrá bien. Afuera todos están bien y te esperan. Sobre todo ella».

Ella, pensaba Twelve, debía de ser Ninon Uno, la niña que había llegado con ella a la Academia y a la que Twelve había jurado proteger aunque fuera a costa de su propia vida.

«Los profesores la han aceptado. Mister Peele viene personalmente todas las noches a traerle la cena. Siempre pregunta por ti: se muere de ganas de volver a verte».

Aquella parte le provocaba otra sonrisa, acompañada de un breve escalofrío. ¿Qué disolverían en la comida que los cocineros de la Academia daban a la pequeña Ninon? Twelve sabía que algo debía haber: una sustancia que Ninon necesitaba para seguir viviendo. Le daba un vuelco el corazón solo de pensarlo.

—Cobardes —murmuraba entre dientes.

Desde aquel punto hasta el final, la hoja escrita a lápiz solo contenía instrucciones: las instrucciones para sobrevivir a la Cuarentena.

Allí estaba escrito cómo cuidar de las velas, cómo cocinar la sopa para que estuviera caliente y resultara nutritiva, cómo hacer los ejercicios y cómo mantener la mente ocupada.

«Porque eso es lo más importante: no quedarte nunca quieta con tus pensamientos, obligarte a mantenerte siempre en movimiento. Y empieza a pensar qué harás cuando salgas de allí. Eso es lo importante. Una vez que salgas de la Cuarentena, necesitarás un plan. Y allí tendrás tiempo de ponerlo a punto».

Así terminaba la carta, sin un mísero saludo o una firma.

Pero Twelve no necesitaba una firma para saber quién le había escrito aquel mensaje.

No cabía duda.

Había sido Lobo.

Lobo era el jefe de la hermandad de los Deshollinadores. Era un alumno del último curso, con las mejillas sombreadas por una barba incipiente y aquellos ojos amarillos de animal del bosque. Era esbelto y fuerte, y sus músculos se dibujaban bajo su piel como venas metálicas.

También Lobo, hacía tiempo, antes de que ella llegara, había conseguido huir de la Academia, y había regresado. Y seguro debió de terminar en Cuarentena, donde había aprendido todas aquellas cosas. Cómo sobrevivir.

Ahora había decidido ayudarla precisamente a eso y, quién sabe cómo, había

conseguido hacerle llegar aquella hojita de instrucciones.

Lobo y Twelve no eran amigos, si es que aquella palabra seguía teniendo sentido. Pero formaban parte de la misma hermandad, y los Deshollinadores se regían por una especie de código moral: la ley de la manada, que los llevaba a ayudarse y protegerse entre ellos.

Pero la única que podía proteger a Ninon era Twelve. Cuando el profesor Luther las capturó por segunda vez, tras su fuga, inyectó un veneno en el cuello a la niña, y ahora Ninon necesitaba tomar un antídoto todos los días si quería sobrevivir.

Y si quería que a Ninon se le suministrara el antídoto, Twelve estaba obligada a permanecer en la Academia. Al menos hasta que descubriera la fórmula del remedio.

Cinco años era el tiempo que tenía para aprenderlo todo y adquirir destreza suficiente con los venenos para no necesitar a nadie más.

Era el tiempo que tenía para vengarse.

De Luther.

De Miss Kindheart.

Y de todos los demás.

Las instrucciones de Lobo le decían que ideara un plan. Qué haría cuando saliera de allí. Le indicaban cómo prepararse para ese momento y cómo llegar a él sin volverse loca.

Era una pena que en aquellas instrucciones no hubiera ni una sola línea sobre la canción de la soledad.

La melodía de la soledad

La melodía empezaba por la noche o, más bien, cuando Twelve pensaba que era de noche: cuando ya había terminado todas las tareas del día, leído su libro y tomado apuntes, terminado sus carreras y sus ejercicios, comido su sopa y se esforzaba por mantener los ojos abiertos.

Comenzaba en cuanto se tendía en el suelo, usando como almohada la bolsa impermeable de agua, que ya estaba casi vacía y había alcanzado el punto justo de blandura.

Y, entonces, más o menos en aquel momento, llegaba la melodía.

Comenzaba con una especie de aullido, una nota alta y larga que, por algún motivo, hacía que la invadiera una tristeza inmensa. Aquel sonido parecía tener una duración infinita, luego, poco a poco, se modulaba, ascendía y descendía con un ritmo lento y ondeante. A aquella primera nota le seguían otras, entonces una conmovedora melodía cobraba vida, enhebrándose entre los ladrillos de la Cuarentena, bailando con las tenues llamas de las velas.

Twelve cerraba los ojos y se dejaba acunar por aquella voz melancólica e imaginaba que estaba en el tejado del orfanato Moser con Seventy Stephen, mirando el Duma, que se deslizaba como un gato bajo los puentes que unían las dos orillas de la ciudad. Otras veces soñaba que estaba sola, en medio del viento que soplaba entre los árboles de las colinas de Danubia, en las que jamás había estado, y que seguía las huellas de los animales del bosque.

Veía la altísima muralla de la Aduana, presidida por las antorchas en movimiento de los guardias. O el mar, surcado por uno de los barcos de vapor que todos los días zarpaban desde el puerto para desaparecer en el horizonte. O un globo dirigible que se perdía en la niebla, con un destello de tazas de té.

Se echaba a llorar sin ni siquiera darse cuenta, y dejaba que las lágrimas le dibujaran garabatos de tristeza por las mejillas.

Otras veces, en cambio, se dormía, acompañada por la melodía de la soledad. Y cuando eso pasaba, sistemáticamente, soñaba con Hugo.

Seguían en el fondo del río, en la carroza que había caído del puente Delagrava.

Salvo que, en el sueño, las ventanillas no se habían roto y no entraba agua por todas partes.

Allí abajo todo estaba en calma, como si aquel fuese el mejor lugar en el que pudiera encontrarse aquella vieja carroza de asientos desgastados.

Hugo estaba sentado frente a ella y le sonreía. A sus espaldas, los escombros del puente que había saltado por los aires descendían lentamente hacia el fondo del río Duma.

Hugo estaba hinchado como una pelota. Y tenía el pelo pegado a la frente y unos ojos enormes. Llevaba puesto el uniforme de huérfano de la Institución para Niños Especiales Edgar G. Estanislao Moser y, cuando abría la boca para hablar, no tenía dientes.

—¿Qué ha pasado? —le preguntaba.

—Una bomba —respondía Twelve—. Nos dirigíamos a la Academia de Servicio para convertirnos en perfectos Camareros, cuando... alguien voló el puente Delagrava y terminamos aquí abajo.

—¿Abajo?

—En el fondo del río.

—¿Quién ha volado el puente?

—Los terroristas —respondía Twelve—. Dicen que han sido los terroristas.

—¿Los de Dinamo Gray?

—Sí, ellos... Eso dicen todos.

—¿Y ahora por qué estamos encerrados aquí? —preguntaba entonces Hugo—. Debería haber alguna manera de salir... ¿Dónde está la llave? ¿Te la di a ti, mi llave, la que abre todas las puertas?

Twelve empezaba a temblar.

—Sí, Hugo, me la diste a mí. Pero..., verás..., la perdí.

—¿Y dónde la perdiste?

—Cuando me escapé de la Academia. La Decimonovena Academia de Danubia.

—Pero en Danubia solo hay dieciocho Academias.

—La Decimonovena es secreta. Es una escuela de Ladrones, Hugo. Te enseñan a robar, a pelear, a engañar a los demás.

—Entonces, ¿ahora me estás engañando?

—¡No, Hugo! ¡No!

—¿Y me has robado la llave?

—¡No! ¡Yo no te la he robado! La llevaba siempre encima hasta que... volví a la Institución. En aquel momento pensaba que estaba a salvo. Pookie estaba allí, ¿te acuerdas de Pookie?

—¿Y por qué yo no estaba contigo?

—¡Ay, Hugo!

—¿POR QUÉ NO ESTABA YO CONTIGO?

En aquel momento, el cuerpo de Hugo se desinflaba y su lengua se deslizaba

fuera de su boca, estirándose como una anguila.

Y Twelve se despertaba gritando.

Siempre de la misma manera.

Se despertada, medio congelada por el frío, entre las velas encendidas de la Cuarentena, rodeándose el cuerpo con los brazos desnudos y sin saber cuánto tiempo hacía desde que la canción de la soledad había terminado.

Todo eso se repetía desde hacía días, del mismo modo, siempre igual, hasta que Twelve, después de soñar con Hugo una noche, se incorporó de un salto, furiosa, y la emprendió a patadas con todas las velas, haciéndolas rodar por el suelo y apagándolas.

—¡VETE DE AQUÍ! —le gritó a la pesadilla con todas las fuerzas que fue capaz de reunir—. ¡VETE! ¡Vete! ¡Vete!

Lo repitió cien veces, tambaleándose en la oscuridad. Y, cuando por fin se calmó, el silencio a su alrededor se había tornado mucho más profundo.

—¿Por qué no te vas? —sollozó por última vez, rasguñándose los brazos con las uñas negras.

La oscuridad que la rodeaba se había tornado sólida. Las mechas de las velas brillaban con una amenazadora luz rojiza. Entonces ella se dio cuenta de lo que acababa de hacer.

Pensó que debía intentar encenderlas de nuevo de alguna manera. Las instrucciones indicaban que no debía permitir que se apagaran en ningún momento. De lo contrario...

De lo contrario...

La canción...

Podía volver a empezar...

La nota llegó de repente, amplificada por la oscuridad como en un teatro de sombras, poniéndole la piel de gallina y obligándola a arrodillarse. Penetró en sus huesos como el bisturí de un cirujano.

Pero aquella vez no hubo segunda nota. Solo una, lejana.

Como una llamada.

O una respuesta.

La había escuchado gritar, pensó Twelve.

Entonces se puso en pie de un salto. ¿Alguien la había escuchado gritar? ¿Y ahora le estaba respondiendo?

—¿Quién está ahí? —gritó—. ¿Me escuchas? ¿Puedes escucharme? ¿ME ESCUCHAS?

Un larguísimo momento de oscuridad.

Las últimas mechas se apagaron.

Y el ejército de pensamientos de la locura galopaba hacia ella con sus patitas de ratón.

—¡Me tienen presa! ¿ME ESCUCHAS? ¡Estoy aquí! ¡En la Cuarentena!

De nuevo aquella nota, aguda y penetrante. ¿Qué era lo que sonaba así? ¿Una voz? ¿Una flauta? ¿Un violín?

—¡Oh, sí! —gritó Twelve—. ¡Así que me escuchas! ¡Me estás escuchando! ¡Y yo te escucho a ti!

Avanzó tambaleándose por la estancia, palpando frenéticamente los ladrillos que había frente a ella.

—¡Espera! —gritó Twelve cuando escuchó que el sonido de la nota se iba disipando—. ¡No te detengas, canción! ¡Sigue sonando! ¡Tengo que descubrir dónde estás!

Se escuchó una segunda nota, esta vez chirriante, fuera de tono, como un signo de interrogación.

—¡Sí, sí, sigue! ¡Así! ¡Sigue!

De repente, el cuerpo semidesnudo de la chica se cubrió de sudor mientras sus manos y sus pies se convertían en bloques de hielo. No notaba el suelo bajo sus pies, ni los ladrillos. Pero escuchaba aquellas notas, en la oscuridad, y las percibía más cercanas que nunca. No estaba sola allí abajo, pensó. Había alguien más. Una persona. Una amiga. Un amigo. Y aquel pensamiento le hizo sentirse repentinamente feliz.

El sonido seguía escuchándose sin que ella consiguiera averiguar de dónde procedía. Ya no le parecía la canción de la soledad, sino una melodía distinta. La canción de la esperanza.

Twelve, en aquel momento, tuvo la sensación de que estaba muy cerca. Decidió que era una flauta, el sonido de una flauta. Pero no se concedió tiempo para disfrutar de su fascinante belleza. Con los ojos bien abiertos, en la oscuridad, se puso a gatas, apoyando las orejas contra el suelo y luego contra la pared, arañándose las rodillas contra los ladrillos ásperos y abriendo la boca como para engullir aquellas notas chirriantes. Daba la sensación de que el sonido procedía de todas partes y de ninguna en concreto.

Pero no era posible.

A menos que se hubiera vuelto loca, no era posible.

Apoyó la oreja contra los ladrillos hasta hacerse daño. A un lado, al otro.

La música se alejó, se convirtió casi en un susurro.

—¡NO! ¡NO! ¡NO! ¡Más fuerte, más fuerte! —gritó Twelve—. ¡No me dejes ahora! ¡No me dejes! ¡SIGUE!

Se desplazó a otro lugar de la estancia. Se topó con la mampara, que cayó al suelo con un estruendo ensordecedor.

—¡SIGUE!

La música recobró fuerza y ella sonrió en la oscuridad. Todo era cierto, no estaba loca: alguien la escuchaba y respondía.

—Sigue, sigue... No me dejes ahora...

Se arrastró hasta el retrete, apoyó la oreja contra él y escuchó, feliz, la música,

que ahora le llegaba más fuerte y clara.

Tenía la sensación de que solo tenía que estirar una mano al otro lado de la pared para llegar hasta el músico misterioso.

—Te he encontrado —dijo Twelve en voz alta a través del retrete para que el músico pudiera escucharla.

La música se detuvo un instante. Estaba justo allí, al otro lado de la cañería.

Twelve sabía que la Cuarentena estaba bajo tierra, porque la trampilla asomaba del suelo del despacho del profesor Luther. Y a Mister Peele, una vez, se le había escapado que bajo la Academia vivían los Harapientos. Y que estos eran peligrosos y que había que mantenerse alejados de ellos. Pero ¿quiénes eran los Harapientos?

¿Sería uno de ellos a quien Twelve estaba escuchando? ¿Un Harapiento que tocaba la flauta?

¿Por qué era peligroso? ¿Y cómo podía ser más peligroso que las personas que la habían encerrado allí dentro?

—Yo soy Twelve —volvió a gritar—. Soy... Soy una alumna de la Academia. Me han encerrado aquí, en la Cuarentena. ¿Tú sabes qué es la Cuarentena?

Una sola nota, breve y aguda. Twelve la tomó por un «sí».

—¿Tú también estás preso?

No le llegó ninguna respuesta.

—¿Estás encerrado en una habitación? ¿Puedes salir?

Dos notas, breves. Podían significar prácticamente cualquier cosa, pero Twelve decidió que significaban «no».

Sin embargo, entonces, ¿por qué no le había respondido que él también estaba preso?

Aterrorizada ante la posibilidad de que aquella comunicación pudiera interrumpirse, a Twelve la invadió un extraño hormigueo.

—Oye..., ¿tú quién eres? ¿Uno de los Harapientos?

De nuevo dos notas. Un «no».

—¿Eres un alumno de la Academia?

Una nota, titubeante.

—¿Pero estás preso?

Ninguna respuesta.

Twelve suspiró. El hormigueo se convirtió en desánimo. El desánimo en rabia.

—Oye —dijo—, ¿sabes si hay alguna manera de llegar hasta donde estás? Me gustaría verte. Ir adonde estás tú. ¿Hay alguna manera de romper esta pared?

Dos notas.

No, por supuesto. Claro que no la hay. Es la Cuarentena. Y nadie ha salido nunca de ella por su propio pie.

Nadie, nadie.

Pero Twelve no era nadie. Acababa de encontrar a alguien con quien hablar, y aunque ese alguien solo pudiera responder sí, no, tal vez, aquello era algo que nadie

había hecho antes en la Cuarentena.

O quizá... ¿Mathias?

Se lo preguntó al misterioso amigo que estaba del otro lado de la pared. ¿Alguna vez había hablado con alguien, durante la Cuarentena?

Una nota.

Y luego dos.

Tal vez sí.

Pero no estaba seguro.

—Espera —dijo Twelve—. Espera. Déjame pensar... Y tú, mientras, toca, ¡por favor! Toca algo alegre.

Se alejó del retrete y luego volvió a acercarse. Se puso a rascar con la uña todos los bordes de la letrina, buscando un punto que estuviera más suelto. Pero era un bloque de hierro oxidado. Era imposible romper los ladrillos sin un pico, y ella no tenía nada parecido a mano.

¿Qué tenía?

Una gaveta. Y una cuchara.

Siguió rascando, centímetro a centímetro, hasta que notó algo bajo las yemas de los dedos.

Gravilla.

En la pared que había detrás del retrete, la argamasa que unía los ladrillos se desmenuzaba con facilidad, humedecida y corroída por el efecto de los años. Twelve rascó otra vez con la uña. Intentó rascar de nuevo.

¡Sí! ¡Cedía!

Tal vez pudiera sacar la argamasa y dejar libre una esquina tras el retrete, luego sacar la letrina y ensanchar el hueco y por último...

Por último, ¿qué?

¿Arrastrarse desde su celda a la celda contigua?

Lo había leído en un libro, uno de los libros de la Institución Moser. Trataba sobre un prisionero. Y sobre otro prisionero que, intentando huir, había terminado en la celda del primero.

Era una historia de venganza. Exactamente el tipo de historia que Twelve tenía ganas de releer.

El misterioso flautista había retomado la música.

—Muy bien, muy bien —aprobó Twelve—. Llevará su tiempo, pero creo que de verdad podría conseguirlo, ¿sabes? Solo debes tener un poco de paciencia, amigo anónimo.

Twelve empezó a dar vueltas por la estancia, buscando la gaveta y la cuchara a tientas. Reflexionó sobre lo que estaba planeando hacer.

No le pareció buena idea.

Pero no tenía ninguna mejor.

Observó la cuchara. Era de metal, pesaba bastante, parecía resistente. Y, de todas

maneras, era la única herramienta que tenía. Se acuclilló, apoyándose sobre los talones, y la introdujo entre los ladrillos. Era lo bastante fina como para entrar de canto y lo bastante resistente como para extraer un pedazo de argamasa tras otro.

—Ya está —dijo—. Tardaré un poco...

Pero no iba a tardar un poco. Iba a tardar muchísimo tiempo. Si algo tenía Twelve, era tiempo. No tenía ni idea de cuánto pasó, pero trabajó hasta que le sangraron las manos. Tuvo que envolverse un pañuelo alrededor de los dedos y apretar los dientes para poder seguir trabajando. Era difícil, frustrante, terrible. Era lentísimo, pero funcionaba. Y, tras un tiempo infinito, la punta de la cuchara atravesó la pared.

Había hecho una fisura entre dos ladrillos, un agujero pequeñísimo, pero si acercaba mucho el ojo podía ver una luz al otro lado.

Una lucecita.

—Amigo —dijo Twelve—. Ya llego.

Al otro lado de la pared

Twelve siguió excavando, introduciendo la cuchara hasta el fondo entre los ladrillos para ensanchar lo máximo posible aquella primera y minúscula brecha.

Era consciente de que iba a tardar una eternidad en sacar un ladrillo entero, y luego otros más (al menos diez, o veinte, para poder crear un agujero lo suficientemente grande como para caber por él).

Pero le daba igual. Paso a paso. Mientras tanto, ya no se sentía sola. Había alguien al otro lado de aquel minúsculo agujerito, y aquella era la mejor noticia que había recibido en sus once días de encarcelamiento.

Mientras ella rascaba y trabajaba, el flautista tocaba. Y, de alguna manera, sus melodías aligeraban la tarea de Twelve.

En un momento dado, sin embargo, la flauta dejó de sonar de repente.

—¿Qué pasa? —preguntó Twelve—. ¿Qué ha pasado?

Silencio.

—¿Y bien? —preguntó Twelve.

De nuevo, silencio.

—¿Sigues ahí?

Twelve acercó el ojo al agujero de la pared, pero no consiguió ver nada. Luego escuchó un chasquido metálico sobre su cabeza, cla-clang, y la puerta de la trampa al abrirse.

Se había hecho de día.

Twelve se alejó de la pared de un salto como si los ladrillos ardieran. Al hacerlo, se le cayó la cuchara al suelo con un tintineo siniestro.

En la trampa, la mano que sostenía la cuerda se detuvo y, durante un segundo, Twelve vio el blanco de los ojos y las pestañas legañosas de Mister Peele.

—Eh, chiquilla —gruñó con esfuerzo el guardián—. ¿Sigues ahí, estás bien?

Era la primera vez que su carcelero le dirigía la palabra. Tal vez porque era el primer día que Twelve no gritaba y no le suplicaba que la sacara de allí, apostada bajo la trampa.

—Estoy bien, Mister Peele —susurró—. ¿Y usted?

El rostro del sirviente se introdujo un poco más a través de la abertura. Entre sus

labios colgaba su habitual puro apagado.

—¿Se han apagado las velas? Maldición. Chiquilla, no deberías haber dejado que se apagasen. No te olvides, ¿me oyes? No duermas demasiado y no pierdas el tiempo fantaseando... —le siseó en voz baja, como si tuviera miedo de que pudieran descubrirle.

—¿Y con qué quiere que fantasee, encerrada aquí abajo, Mister Peele?

—Ten cuidado. La Cuarentena es un lugar peligroso. Hay quien dice haber escuchado voces o visto cosas extrañas... Eso es lo que te hace perder la cabeza.

—Muy amable de su parte Mister Peele... —dijo Twelve, acercándose a la trampilla. Y, mientras lo hacía, le vino a la mente Mathias, que desde que salió de allí prácticamente no había vuelto a pronunciar palabra, también Rebecca Thirty-five, que iba por la escuela con la cabeza rapada al cero y ataviada con un vestido gris de rejilla con forma de telaraña. Y ellos habían pasado allí dentro mucho menos de once días. O doce. O los que fueran—. Gracias.

El hombre se retiró con brusquedad de la abertura, haciendo descender la caja de metal apresuradamente, como quien sabe que se ha ido de la lengua.

—Hoy te he metido también un trozo de tarta... —masculló, desde lo alto—. En Danubia se celebra la Fiesta de las Velas y..., bueno, tú no vas a poder festejar mucho, pero un trozo de tarta nunca viene mal.

La caja aterrizó en el suelo y Twelve la vació con gestos rápidos. La tarta estaba envuelta en un trozo de papel plateado, manchado de mantequilla.

Mister Peele tiró de la caja. Luego se quedó pensando un segundo y arrojó por la trampilla una caja de cerillas.

—Es la Fiesta de las Velas —masculló de nuevo—. Precisamente hoy no te puedes quedar a oscuras.

La Fiesta de las Velas, pensó Twelve cuando el eco metálico de la trampilla se acalló sobre ella.

Cuando vivía en el orfanato Moser, era una de las fiestas que esperaban con ilusión. La señorita Potter, la cocinera del Moser, preparaba rosquillas con glaseado de naranja. Y cuando se hacía de noche, Miss Kindheart reunía a todos los huérfanos en el quinto piso, donde estaba el dormitorio de los chicos, y ordenaba apagar las luces.

Cada huérfano llevaba una vela y, sin que se le apagara, tenía que correr por los oscuros pasillos del orfanato para descubrir dónde había escondido los regalos Miss Kindheart.

Eran regalos muy sencillos: unos caramelos, una bolsita de nueces, o quizá barritas de regaliz para chupar, pero ningún huérfano era capaz de resistirse a la búsqueda con las velas encendidas. Los internos correteaban por los pasillos como fantasmas, se quemaban con la cera caliente, dejaban escapar chillidos divertidos.

Si se te apagaba la vela, quedabas eliminado y tenías que volver al quinto piso; Twelve aún recordaba perfectamente aquella vez en la que, cuando tenía seis o siete

años como mucho, Joseph Cinco le puso la zancadilla y ella se cayó de bruces al suelo. Se le apagó la vela con un chisporroteo y Twelve se quedó sola llorando en la oscuridad hasta que vio una llamita acercarse.

Sonrió, al recordarlo después de tantos años. Era la vela de Seventy Stephen, al que Twelve pidió inmediatamente que volviera a encender su trocito de cera.

—No se puede... —le había respondido él.

—¡Pero nadie se dará cuenta, Stephen! —balbuceó Twelve, desesperada por no poder seguir con la búsqueda.

—Da igual, no se puede —le respondió él—. Pero podemos hacer esto. —La cogió por el antebrazo y colocó su vela entre ambos, diciendo—: Si encontramos el tesoro, lo dividimos entre los dos.

Y así siguieron buscándolo, juntos.

—Sin encontrar nada nunca, ¿verdad, Stephen? —se dijo Twelve en voz alta, en el silencio de la Cuarentena—. Tú ya te comportabas como un Húsar y yo como una Ladrona. Y mira ahora dónde hemos terminado...

Farfullando sus pensamientos en voz alta, Twelve encendió un poco de luz y buscó la cuchara para retomar el trabajo.

—Lo siento mucho, Lobo...

Aquel día no seguiría las instrucciones: la ducha, la carrera, la sopa y todo lo demás. Lo dejó todo donde estaba y se arrodilló junto al retrete, excavando y rascando.

Nunca supo cuánto tiempo le llevó socavar el primer ladrillo, pero en un momento dado se dio cuenta de que lo había conseguido: el mango de la cuchara pasaba a su alrededor sin dificultad. Lo único que tenía que hacer era sacarlo de la pared.

Podía empujarlo para que cayera al otro lado, sería lo más fácil, pero si hacía eso no podría volver a ponerlo en su sitio. Y si Mister Peele volvía a asomarse por la trampilla y se daba cuenta... Prefería no pensarlo.

Tal vez podría pedirle al flautista que lo empujara hacia ella, pero cuando intentó llamarlo, nadie le respondió. Quizá realmente no había nadie al otro lado de la pared.

—¡Ay, pobre Twelve! Esta solo ha sido otra de tus habituales fantasías...

Piensa, Twelve. Piensa.

El ladrillo tenía que caer de su lado, sobre eso no tenía dudas. Pero ¿cómo podía hacerlo? Intentó cogerlo por las esquinas y lo único que consiguió fue destrozarse las uñas. Hizo palanca con la cuchara, arriesgándose a romperla. Entonces, se sentó en el suelo, con las piernas cruzadas y la vista clavada en los finísimos canales que se abrían a ambos lados del ladrillo.

Necesitaba un método más sofisticado.

Algo más del estilo de Lapo. Sencillo y brillante.

Quizá fuera por pensar qué habría hecho su amigo, o quizá fuera otra cosa, pero al final se le ocurrió una idea. Descolgó de los ganchos el hilo que usaba para tender la

ropa, ató un trozo de cera derretida a un extremo y la cuchara a la mitad de su longitud. Luego, aplastando la cera contra la fisura que quedaba sobre el ladrillo, hizo atravesar el hilo al otro lado de la pared, introdujo la cuchara en la abertura que había debajo del ladrillo e intentó enganchar el hilo para recuperarlo.

Tras un millón de intentos fallidos, se convenció de que era una idea estúpida. Pero entonces, cuando estaba a punto de darse por vencida, palpó el trozo de cera entre la punta de la cuchara y el ladrillo, lo atrapó y consiguió recuperarlo.

—¡Ahora! —exclamó, radiante, cuando tuvo en la mano los dos extremos del hilo. Tiró de ambos hacia ella y, lentamente, el ladrillo se movió lo suficiente para poder cogerlo y sacarlo de la pared.

Frente a los ojos de Twelve, en la pared infranqueable de la Cuarentena, se acababa de abrir una ventanita de veinticuatro por seis centímetros. Espacio suficiente para introducir una mano. Y suficiente, sobre todo, para mirar por él.

Al otro lado de la pared solo había oscuridad. Una capa negra y lisa, como si alguien hubiese impregnado el aire de alquitrán.

—Eh —susurró Twelve—. Flautista, ¿sigues ahí?

Ninguna respuesta. Hacía mucho tiempo que ya no lo escuchaba. Debió de marcharse cuando oyó que se asomaba Mister Peele.

La desilusión de Twelve fue como un mordisco en el estómago, pero se había esforzado demasiado como para rendirse llegados a aquel punto. Si el flautista se había ido, podía volver, antes o después.

—Así que vamos —se dijo.

Antes de nada, necesitaba ver.

Twelve eligió una de las velas que ya estaban medio consumidas para que cupiera por el agujero. Podía encenderla y empujarla al otro lado, con la esperanza de que no se apagase en la caída. O colgarla del hilo. Pero ninguna de las dos le parecía buena idea.

Si al menos tuviera un espejo para poder introducirlo por la abertura y ver qué había alrededor...

Le rugieron las tripas, así que Twelve cogió las provisiones y se abalanzó sobre la tarta. La devoró en un par de bocados y le pareció que estaba deliciosa, con una cobertura con el punto de crocante exacto, un glaseado con aroma a anís y un relleno suave y dulcísimo que le picaba en la lengua.

Se la terminó antes de poder acostumbrarse a aquella delicia, lamió con cuidado los últimos restos de mantequilla del papel de plata y luego se quedó observando el reflejo opaco de su propio rostro.

El reflejo del papel de plata, pensó. ¡Ahí estaba el espejo que necesitaba!

Puso a hervir la sopa, luego se sentó en el suelo y lo estiró con cuidado hasta convertirlo en un espejo casi decente, con el que envolvió la punta de la cuchara.

El resultado era digno del mejor artilugio que un Ladrón podía construir. Y mientras la sopa hervía a fuego lento, ella introdujo en la pared la vela y el espejo,

dirigiendo el mango de la cuchara. E intentó mirar.

Acuclillarse en el suelo para conseguir ver algo en un rectángulito plateado sin quemarse con la llama de la vela era más difícil de lo que había previsto, pero, de alguna manera, lo consiguió. No lo de evitar quemarse, sino lo de ver algo.

Vislumbró una especie de cuarto trastero: un espacio estrecho, con las paredes curvas y un techo plagado de tubos que goteaban.

De los tubos pendían los objetos más dispares: una lámpara de aceite, algunos libros, la cabeza de un maniquí, un vestido viejo y bolsas rellenas de quién sabe qué.

No había ningún mueble, aparte de una especie de camastro fabricado con mantas y almohadas amontonadas.

Inclinando el espejo un poco más, con pánico de que se le cayese de la mano, Twelve creyó ver, en el suelo, una especie de alcantarilla suficientemente grande como para poder pasar a través de ella.

—Ajá —masculló a media voz. ¿Podría ser una vía de escape?

Echó un último vistazo a su alrededor, luego retiró el brazo, apagó el cabo de la vela y se sentó en el suelo a reflexionar.

Lo primero que pensó fue que el flautista no estaba preso, sino que había decidido vivir allí, en los subterráneos de la Academia.

Entraba y salía por la alcantarilla... ¿Para ir adónde después?

¿Qué sabía Twelve de los Harapientos, además de que vivían en los subterráneos de la Academia? Prácticamente nada. Y, además, su misterioso amigo le había respondido que no era uno de ellos.

¿Sería tal vez un alumno de la Academia que trabajaba para ellos? Como Cegato y sus amigos, que salían a mendigar por las calles, acompañados precisamente por los Harapientos.

Pero Cegato y los suyos volvían todas las noches a dormir al tejado, con el resto de Deshollinadores.

Se maldijo por haber hablado tan poco con él. No sabía qué pensar.

Pues entonces no pienses, reflexionó, y ponte a trabajar.

Volvió a ponerse manos a la obra con su fiel cuchara para retirar un segundo ladrillo. Había imaginado que le costaría mucho menos que el primero, pero se equivocaba: tenía que seguir raspando la argamasa con una paciencia infernal, milímetro a milímetro, raspando y raspando. Pero al menos ahora solo había tres lados en los que concentrar sus esfuerzos.

Le llevó casi un día entero —guiándose por la velocidad a la que se consumían las velas— extraer un segundo ladrillo. Le dolían tanto las manos que ya ni podía flexionar los dedos, pero había conseguido crear un espacio suficientemente grande como para introducir un brazo por él.

Exhausta, se tumbó en el suelo para recuperar el aliento. Tenía hambre, un hambre alimentada por el cansancio y el frenesí, y las galletas disueltas en la sopa se deslizaron por su garganta sin conseguir aplacarla.

Tendida con la espalda en el suelo, la invadió el desconsuelo y se echó a llorar.

No era una chica de lágrima fácil, pero todo tenía un límite. Y ya hacía bastante que había superado el suyo.

Así que lloró. Y le sentó bien.

Cuando se incorporó para sonarse la nariz, se sentía más fuerte, como si llorando hubiese cogido sus pensamientos más tristes y los hubiera depositado allí donde se refugian las lágrimas. Se limpió los ojos con el dorso de la mano y luego se quedó petrificada: había escuchado un ruido. Su amigo había vuelto al otro lado de la pared.

—¡Eh! —le gritó, renqueando por el suelo—. ¡Amigo! ¿Has visto? ¡Lo he conseguido!

El flautista no le respondió. Una luz repentina invadió la Cuarentena. Twelve se sobresaltó. ¿Y si quien estaba al otro lado de la pared no era el flautista, sino alguna otra persona? ¿Y si habían descubierto lo que había hecho? Se acuclilló frente a la abertura y miró hacia el otro lado.

El flautista le daba la espalda. Estaba delgadísimo y sus huesos destacaban como alambres de hierro bajo una túnica gris, sujeta a los hombros con imperdibles. Debía de tener su misma edad, tal vez fuera más joven.

—¡Eh! ¿Amigo? —volvió a decir Twelve, más confiada—. Solo me gustaría hablar un poco contigo. Porque, ¿sabes?, hace muchos días que no hablo con nadie. ¿Te apetece?

Y como él seguía mirando hacia otro lado y sin responder, estiró la mano por la abertura e insistió:

—Amigo, ¿me has oído? ¿O eres sordo? ¿No tienes la flauta esta noche? ¿No te apetece tocar un poco?

El flautista, que seguía dándole la espalda, le enseñó la flauta que tenía en la mano: era una flauta de Pan, con muchos tubos unidos unos a otros. Tubos de un metal brillante, pulido con esmero.

—Así que sí me oyes... —murmuró Twelve—. ¿Sabes?, nunca había visto una flauta tan bonita.

El flautista ladeó la cabeza y entonces Twelve se percató de algo extraño. Su rostro también emitía una especie de destello metálico.

—¿Pero...?

El flautista se giró muy despacio.

—¿Qué es...?

El flautista misterioso era una chica. Delgadísima, apenas tapada por la túnica remendada, pero sin duda una chica. Y tenía el rostro oculto por una máscara de hierro bruñido que dejaba a la vista solo la barbilla y la boca.

—Estanislao santísimo... —exclamó Twelve, esforzándose por no retirar la mano. Pero el impulso fue más fuerte que ella y, un segundo después, se retrajo.

La misteriosa flautista se acercó a la abertura de la pared, se arrodilló y extendió a su vez la mano por ella. Una mano larga y delgadísima, como la pata de un pajarillo.

Twelve se la rozó, no muy segura.

Estaba tibia.

Viva.

Se la estrechó.

Y luego se acariciaron las muñecas, los dedos.

Se acariciaron las manos, manos presas que por fin habían roto la barrera que las había mantenido separadas.

Cara de hierro

—Hola —saludó Twelve cuando se soltaron y se tumbaron a ambos lados de la Abertura, mirándose.

—Ho-ho-hola —respondió la chica, balbuceando.

Debe de ser muy guapa, pensó Twelve. Se intuía por los labios que asomaban bajo la máscara y por el color azul de sus ojos.

—¿Cómo te llamas?

La chica no le respondió, sino que sacudió lentamente la cabeza.

—¿No me lo puedes decir? ¿O es que no te acuerdas? O, igual..., ¿te cuesta hablar?

La chica asintió.

—¿Hace mucho que no hablas? ¿O te lo han prohibido?

La chica se alejó de la abertura, se agachó, apoyándose contra la pared y se llevó la flauta a los labios. De ella surgió una melodía chirriante que titubeaba entre nota y nota.

Parecía confusa, pensó Twelve. Demasiadas preguntas y demasiado seguidas. Suspiró. No iba a ser fácil comunicarse con aquella chica.

—¡Eh! ¡Cara de Hierro! —la llamó—. ¿Te molesta si te llamo Cara de Hierro?

La chica dejó de tocar. Bajó la flauta, lentamente.

—Bien. Yo me llamo Twelve y soy alumna de la Academia. ¿Sabes qué es la Academia? —Le pareció ver que la chica asentía y entonces prosiguió—: ¿Tú también eres alumna? —Esperó. Y luego—: Bien. ¿Y por qué estás aquí abajo?

Cara de Hierro volvió a llevarse la flauta a la boca.

—¡Espera! ¡Espera! —La detuvo Twelve—. Vale, nada de preguntas, entendido. Solo hablaré yo, y tú me respondes sí o no.

Cara de Hierro bajó lentamente la flauta.

—Así que eres una alumna, pero en lugar de estar allí arriba, con los demás, estás aquí abajo... Y vives aquí desde... hace mucho tiempo... —La miró, tratando de captar alguna de sus reacciones—. Desde hace más de un mes... Desde hace tres... No, no, mucho más tiempo... ¿Un año, quizá? ¿Más aún?

Cara de Hierro sacudió la cabeza, pero no porque se estuviera equivocando en lo que estaba diciendo. Sacudía la cabeza porque no lo sabía.

Y Twelve lo entendió. Porque ella tampoco estaba del todo segura de la cantidad de días que había pasado allí abajo.

—Mucho tiempo, entonces. Y... estás aquí porque hiciste algo que no debías, o intentaste fugarte... O bien...

Cara de Hierro se inclinó hacia delante, hacia el suelo, y se arrastró hacia la pared con una velocidad asombrosa.

—Me-me-mejores —balbució frente a Twelve—. Yo no...

Golpeó la máscara contra el suelo, exhausta. Luego recogió la flauta y sopló en ella una nota chirriante y agudísima, que perforó los oídos de Twelve como un punzón.

—¡Me-me-mejores! —chilló de nuevo Cara de Hierro. Luego sopló una segunda nota. Y volvió a detenerse—. ¡Mejooores!

A Twelve empezó a latirle el corazón a toda velocidad, como le pasaba siempre que se encontraba frente a algo que no conseguía entender. Había pocas cosas que Twelve temiera más que a aquellos que consideraba locos. Y Cara de Hierro, por lo que parecía, estaba loca de atar.

A ritmo del sonido estridente de la flauta, se puso de pie y empezó a dar saltitos en la pequeña estancia, meneando la cabeza. Estaba imitando un baile. Un baile grácil, a su modo, pero, en el fondo, carente de alma, desligado de la música, como una danza de muertos.

A Twelve le habría gustado poder detenerla, traerla a su lado y tranquilizarla, pero lo único que consiguió fue quedarse mirándola, hipnotizada.

Entonces, de repente, Cara de Hierro dejó caer la flauta, que rebotó en el suelo con un tintineo, y se acuclilló junto a la alcantarilla que asomaba en su estancia, mirando a su alrededor como un gato. Twelve tardó unos segundos en comprender qué estaba pasando y, cuando lo hizo, cogió los dos ladrillos y los colocó en su sitio lo más rápido que pudo.

—Oh, no —murmuró en voz baja cuando escuchó la cuchara, que había dejado apoyada en la abertura, caer rodando a la estancia de Cara de Hierro.

Cla-clang, hizo la trampilla sobre su cabeza.

El rostro huesudo de Mister Peele asomó por el agujero con una rapidez sospechosa.

—¿Qué estás tramando, chiquilla? —la increpó con brusquedad.

Twelve apretó la espalda contra la pared, ocultando los ladrillos, y esperando que también ocultara la tenue luz procedente del otro lado.

—¿Qué quiere que esté tramando, Mister Peele? —respondió con voz crispada—. No me parece de buena educación ponerse a fisgonear en estos momentos...

Mister Peele gruñó algo indescifrable, se retiró de la trampilla y Twelve se relajó. Palpó los ladrillos sobre el retrete para asegurarse de que estuvieran en su sitio. Entretanto, rezaba por encontrar la cuchara y por no haberla empujado al otro lado, como creía que había hecho.

—Entonces te dejo en paz —dijo Mister Peele, sin cerrar la trampilla—. Pero date prisa.

—¿Darme prisa para qué?

—Estás fuera. La Cuarentena ha terminado. Coge todas tus cosas, que te voy a sacar de ahí.

—¿Cómo que ha terminado?

—Lo has entendido perfectamente. Órdenes de la rectora. Y, ahora, muévete, señorita, antes de que alguien aquí arriba cambie de idea.

Ah, no. Twelve no tenía ninguna intención de perder el tiempo.

Comprobó por última vez que los ladrillos estuvieran en su sitio. Sabiendo dónde mirar, era posible ver dónde habían raspado las fisuras, pero sin saberlo, en la oscuridad de la Cuarentena, nadie se daría cuenta de nada.

—¿Y bien? —la azuzó Mister Peele—. ¿Estamos?

—¡Casi! —respondió Twelve. Se puso la ropa, cogió el cuaderno azul y el lápiz, comprobó que la hoja con las instrucciones estuviera bien escondida entre las páginas y, finalmente, gritó—: ¡Ya está! ¡Estoy lista, Mister Peele!

—¡Por fin! —espetó el hombre—. Normalmente lloráis y berreáis cuando llega el momento de salir de la Cuarentena, pero esta vez has sido tú la que me ha hecho esperar a mí.

—Lo siento mucho, Mister Peele. Pero le aseguro que no quiero estar aquí ni un solo minuto más.

—¿Con la cuerda te vale, o quieres que te tire el arnés?

A Twelve con la cuerda le valía.

Se metió el cuaderno en la cinturilla de los pantalones y se aferró a la soga que Mister Peele le tiró; enroscó un pie alrededor de ella para darse impulso y subió a pulso con la fuerza de sus brazos. No le costó nada: los ejercicios de los últimos días le habían sentado bien, y llegó a lo alto sin asomo de jadeo.

Al verla salir con tanta agilidad, a Mister Peele se le escapó un tenue silbido:

—Por lo general, los que han pasado más de diez días en Cuarentena tampoco se mueven. Y tú, en cambio, pareces una víbora.

Twelve se limitó a entrecerrar los ojos por el exceso de luz. Y no le respondió.

Miró a su alrededor, consciente de que la trampilla daba al despacho del profesor Luther. Y, efectivamente, allí estaba él, esperándola.

—Buenos días, Twelve —dijo lentamente el profesor, con una de esas miradas tuyas tan difíciles de descifrar—. Me alegro de verte. ¿Cómo estás?

Al escuchar aquella voz, Twelve notó un nudo de rabia subiéndole por la garganta, tan repentino y ardiente que la dejó sin aliento.

Mister Peele, mientras tanto, recogió la cuerda y se la enroscó en torno a un hombro, cerró la puerta de la trampilla y la cubrió con la alfombra.

—Hasta pronto, señor —dijo, mientras salía de la habitación cojeando.

Twelve dejó que sus ojos se acostumbraran a la luz, clavándolos en el rostro impasible del profesor. No dijeron una palabra hasta que Mister Peele hubo desaparecido. Twelve enfocó el cabello color grafito, la larga pluma estilográfica de oro que el profesor hacía girar entre sus dedos. Luego se fijó en una fina red de arrugas que no recordaba haberle visto antes, parecidas a grietas sobre un cristal, que hacían que su mirada resultara aún más penetrante.

Al ataque, se dijo la chica. Siempre hay que partir al ataque, sin miedo a las consecuencias.

—No me arrepiento, profesor —respondió finalmente, con aire desafiante—. ¿Y usted? ¿Está ejercitando los dedos?

La estilográfica dejó de dar vueltas.

—La Twelve de siempre. ¿Cómo ha ido tu estancia en la Cuarentena? ¿Has tenido tiempo para pensar?

—Oh, sí. He tenido muchísimo tiempo.

Los ojos de Luther se entrecerraron de nuevo.

—¿Y lo has empleado bien?

—Me he mantenido ocupada. He leído mucho, he hecho ejercicio. He pensado maneras de matarle. Lo habitual.

—Me complace.

El profesor paseó la mirada a su alrededor, sobre las repisas de las estanterías atestadas de tomos encuadernados y de miles de objetos curiosos, relojes, barómetros, brújulas e instrumentos de precisión que llegaban hasta un techo del que colgaba una enorme lámpara de lágrimas de cristal que oscilaba perezosamente.

—Escúchame —siguió diciendo, como si se dispusiera a repetir una leccioncilla aprendida de memoria—. Creo que todo esto ha empezado con mal pie. Y lo que me gustaría, ahora, sería empezar de cero otra vez.

—¿Quiere volver a hacerme saltar por los aires mientras cruzo un puente montada en una carroza?

La voz de Luther le respondió seca como un disparo:

—Ten cuidado, chiquilla. Es a ti a quien se le está dando una segunda oportunidad.

—Muy generoso.

—No habrá más. Así que, antes de mandarla a tomar vientos, déjame terminar, por lo menos.

Twelve permaneció en silencio, clavándose las uñas destrozadas en las palmas de las manos.

Luther asintió, con aire cansado.

—Como iba diciendo, tengo la sensación de que entre nosotros se ha dado una serie de... malentendidos, que han comprometido tu carrera y han dado lugar a varias complicaciones.

Twelve sonrió, pero no dijo nada.

—Tengo la sensación, Twelve, de que tú nos consideras tus peores enemigos. Estás furiosa por lo que le ha pasado a Ninon, y rabiosa porque te hemos encerrado en la Cuarentena, pero me gustaría intentar hacerte cambiar de idea respecto a nosotros. Intenta por un segundo considerar que lo que hacemos nosotros, aquí, y lo que hizo Miss Kindheart, en el orfanato, es por tu bien.

Twelve abrió la boca para espetar algo en respuesta, pero Luther la detuvo con un gesto.

—Ahórrate el aliento. Sé perfectamente lo que me vas a decir. Que tú no has elegido entrar en esta Academia. Ni que te salvaran del río después del accidente de la carroza. Etcétera. Es todo cierto. Pero debes tener claro, Twelve, que esta es la mayor oportunidad que se te ha presentado en la vida. —Luther carraspeó y volvió a coger la pluma estilográfica—. Eres una huérfana, Twelve. Una Niña Especial de la Institución Moser. ¿Sabes por qué en el Moser sois todos especiales? Hay muchos tipos distintos de huérfanos. Huérfanos cuyos padres no pueden mantenerlos. Huérfanos que pierden a sus padres en un accidente. Niños desgraciados todos. Pero los del Moser son especiales porque todos son niños cuyos padres ni siquiera quisieron verlos.

—Eso es un golpe bajo, profesor... —gruñó Twelve.

—Lo cierto es que los que son como tú, los especiales, no tienen ninguna posibilidad. Por mucho que se esfuercen, por mucho que lo den todo, a lo máximo que pueden aspirar los niños del Moser es a un rol de subalternos. De tercera o cuarta categoría. Son gente con sueños pequeños. Como tu amigo Stephen.

—¿Qué ha...? —empezó a protestar Twelve.

—Haga lo que haga, tu amigo nunca llegará a ser oficial de los Húsares, o comandante de tropa. Si realmente tiene mucha mucha suerte, podrá alcanzar el rango de responsable de distrito, pero nada más. Porque es un muchacho del Moser, ¿lo entiendes? Un Niño Especial. Y, te guste o no, así es como funcionan las cosas.

No le creas, Twelve, se dijo la chica. No creas una sola de sus palabras. Stephen nació para ser oficial de los Húsares. Lo lleva en la sangre. Él sí que es especial de verdad. Y, sin duda, lo conseguirá.

—Aquí, en nuestra institución, en cambio, es distinto. A nadie le importa quién eras antes de entrar. Te enseñamos lo que ningún otro profesor tiene el valor de enseñarte. Cosas que los reyes conocen a la perfección, igual que las conoce hasta el último de los Harapientos. Y quien sale de aquí puede convertirse en... quien quiera ser. Solo depende de él. —El profesor Luther hizo una larga pausa antes de continuar—. ¿Recuerdas lo que escribiste en el examen? ¿Tu mayor sueño?

—Llegar a ser una persona importante... —respondió ella instintivamente, casi sin darse cuenta.

—Este es el único lugar en el que podrás conseguirlo —asintió Luther—. Y, ahora, déjame decirte una cosa: tu examen de acceso fue el más brillante que he

realizado en los últimos diez años. Y todos los profesores tienen una excelente opinión de ti. Aún estás a tiempo de llegar a hacer grandes cosas aquí.

Aunque hubiera preferido que no fuera así, las palabras del profesor la afectaron y, de alguna manera, hicieron mella en las inseguridades más profundas de Twelve. Para poder resistirse a las palabras de Luther solo le quedaba un arma.

—Ninon —dijo, poniéndola sobre la mesa.

—Efectivamente, Ninon —contestó el profesor—. Todo empezó con el hecho de traerla a la Academia y defenderla de un modo realmente admirable.

—Usted la envenenó.

—Solo para asegurarme de que tú no intentarías escapar de nuevo. Pero, para tu tranquilidad, Ninon está perfectamente. La rectora ha aceptado que permanezca en la Academia y vivirá con los demás Deshollinadores en el tejado.

—¿La han aceptado?

—Completamente. Como caso único e irrepetible. Y solo gracias a... su talento con las cerraduras.

Twelve clavó los ojos en el profesor, preguntándose adónde querría llegar con aquella especie de sermón.

—De modo que así están las cosas. La rectora y yo estamos dispuestos a olvidar lo que ha pasado y a empezar otra vez de cero. A condición de que tú te comportes como es debido, te esfuerces en todo lo que te pidamos y no se te meta en la cabeza motivar a algún otro mocoso de primero.

—¿Motivar?

—¡Oh, venga! Eres demasiado inteligente como para que haga falta explicarte que ahí fuera te has convertido en una especie de mito por cómo conseguiste escapar. Queremos que te muestres arrepentida. Que des a entender que ha sido una estupidez. Nada de arranques de valor, nada de escenitas ni intentos de rebelarte, y nosotros te convertiremos en una persona importante. ¿Qué te parece?

Twelve se obligó a no responder demasiado deprisa. Jamás aceptaría hacer lo que le estaban pidiendo, y se preguntaba cómo podían ser tan estúpidos de pedírselo siquiera. Se había jurado que un día se vengaría de Luther, de la rectora, de Miss Kindheart.

Pero sabía que, para vengarse, debía encontrar el modo y el momento adecuados y, sobre todo, debía reunir más fuerza.

Mucha más fuerza.

—Con una condición, profesor —dijo en voz baja.

—No puedes poner condiciones, Twelve.

—Oh, sí que puedo —replicó ella—. He pensado mucho sobre ello en estos días. Acepto ser alumna de la Decimonovena Academia. Pero a condición de ser la única.

—¿La única?

—La mejor de todos.

La mirada del lobo

Lobo estaba esperándola. Se movía de un lado a otro frente al despacho del profesor Luther, pero, cuando Twelve salió, se detuvo y fingió que estaba allí por casualidad.

Vestía unos pantalones de gimnasia oscuros con un elástico alrededor del tobillo y una camisa a cuadros con tres botones desabrochados sobre su delgado tórax. En la boca llevaba el palillo de siempre, que se movía entre sus labios dibujando extraños arabescos que parecían signos de interrogación.

—¿Entonces? —le preguntó.

—¿Entonces, qué?

—Te veo bien.

A Twelve se le había olvidado lo dorados y luminosos que eran sus ojos. Como dos faros en medio de una tormenta.

—Hice lo que me aconsejaste.

Él no respondió, no sonrió, nada. Como si ni siquiera supiera de qué estaba hablando Twelve. Como si las instrucciones escondidas en el cuaderno azul no hubieran sido suyas. Cambió el peso de un pie al otro y, ¡quién sabe qué!, gracias a aquel movimiento a Twelve no le quedó duda de que se habían entendido.

Sin mediar palabra, el jefe de la manada de los Deshollinadores dio media vuelta y se adentró por el oscuro pasillo que los separaba de las escaleras.

Twelve imitó su paso sin darse cuenta: ya estaba acostumbrada al hecho de que los gólems de servicio de la Academia cambiasen todas las noches el funcionamiento de las trampas de los pasillos y las cerraduras de las puertas. Bailaron sobre los adoquines hasta el primer tramo de escaleras (primero de dos en dos y luego de tres en tres hasta llegar arriba), y en el primer piso se cruzaron con una pareja de Lords que estaban yendo a clase. Él iba vestido con un frac de cola que le llegaba hasta los tobillos y ella llevaba una peluca negra que le cubría los ojos casi por completo. Ambos se detuvieron a saludarlos.

—Te has vuelto popular... —susurró Twelve al jefe de su manada.

—No me están saludando a mí —respondió él.

Tenía razón: las miradas de los dos Lords se dirigían a Twelve. Ella respondió a su saludo, avergonzada, y prosiguió su camino tras Lobo.

—¿Y por qué me miran?

—Todo el mundo mira a los que acaban de pasar una Docena... —le recordó Lobo—. Y, además, tú eres quien eres.

—¿Y eso qué quiere decir?

—Toda la escuela estaba presente cuando Luther te trajo de vuelta. Todos hablan de cómo conseguiste escapar y de cómo lo habrían hecho ellos. Se preguntan si volverás a escaparte. Circula hasta una porra sobre el tema.

—¿Lo dices en serio?

—Pregúntale a Cegato. Es él quien la lleva.

—¿Y qué apuestan?

—Veinticinco a uno a que no vuelves a intentar escaparte durante el próximo año. Twelve rio con sarcasmo, sin saber muy bien si debía sentirse honrada o insultada por aquellas apuestas.

Lobo se volvió a mirarla, con un fulgor de aquellos ojos amarillos suyos.

—Y tú, ¿has pensado qué harás ahora?

Twelve se metió las manos en los bolsillos de los pantalones.

—En cierto modo.

—Bien —respondió Lobo, y prosiguió.

—¿No quieres que te lo cuente?

—Soy el jefe de tu manada, no tu conciencia.

Subieron otro tramo de escaleras. A Twelve le seguían inquietando sus propios pensamientos.

—Me pasó una cosa rara mientras estaba en la Cuarentena —dijo en un cierto momento.

—En la Cuarentena pasan muchas cosas raras. Y no siempre es bueno contarlas. Efectivamente, sopesó Twelve.

Lo cierto es que quería preguntarle algo a Lobo. Sobre una chica. Una chica que él conocía, que una vez tuvo un nombre y que ahora podía haberse convertido en un esqueleto danzante que tocaba la flauta con el rostro oculto por una máscara de hierro. Pero no era una pregunta fácil de formular. Twelve sabía demasiado poco de aquella chica: habladurías de pasillo, ninguna realmente verificada. Se decía que había sido la novia de Lobo y que él había vuelto a por ella. Si era cierto, Twelve no tenía ni idea de cómo reaccionaría Lobo. Y, en cualquier caso, aquel no era el momento adecuado para preguntárselo: las escaleras llegaban a su fin.

—Ya hemos llegado —murmuró Lobo, deteniéndose frente a la enorme puerta blindada, similar a la de una gigantesca caja fuerte, que daba acceso a la guarida de los Deshollinadores. A Twelve le sorprendió lo familiar que le resultaba aquel bloque de hierro: el manillar de latón, pulido por el uso, y en el lado derecho una ruedecilla con combinación en lugar de cerradura.

La Moehringer del 58, la imposible, la que ningún ladrón profesional intentaría forzar sin un par de días por delante para realizar la tarea o, en su lugar, una montaña

de cartuchos de dinamita.

Lobo cogió el manillar y lo giró rápidamente hacia la izquierda y luego hacia la derecha. La Moehringer siseó con delicadeza, deslizándose por sus bien engrasadas bisagras.

—Adelante —le dijo Lobo, haciéndole un gesto para que entrara.

Y, al otro lado de la puerta, Twelve escuchó el suspiro contenido de una multitud de voces.

La guarida de los Deshollinadores era enorme, con el techo surcado por vigas ennegrecidas que parecían las costillas de un inmenso animal dormido. Las paredes estaban llenas de pintadas, dibujadas por todas partes con rotuladores o espráis, grabadas con la punta de un cuchillo o firmadas con sangre, cuando eran para siempre. Junto a la puerta estaba la montaña de los zapatos, que se dejaban siempre en la entrada, y, al lado, la de los libros. Había fotos antiguas, tarjetas y billetes, muebles contruidos con cajones de fruta.

Pero, ante todo, estaban ellos. Los Deshollinadores.

Estaban todos allí, frente a ella, de pie en la sala común. La miraban. Como si no pudiesen creer que realmente hubiera vuelto.

Twelve se tropezó al cruzar la puerta, confundida por aquella multitud de miradas.

Allí estaban los compañeros de su generación: Lapo y Mathias, Cressida, Henna y J.J.T. Pero también chicos mayores, como Mia, Gerald y Annabelle. Estaban además los Deshollinadores que Twelve apenas conocía: Cegato y sus amigos los Mendigos. Y Lunático, con aquella risa suya que parecía un ladrido.

Estaban todos aquellos con los que Twelve solo había coincidido brevemente, todos los que no se habían dignado ni siquiera a mirarla porque así trataban a los novatos. Empezabas a merecerte una mirada a finales de primero, un saludo a mediados de segundo.

En cambio, ahora, todos parecían interesados en ella, aunque no todos parecían contentos de verla. Algunos sonreían, sí: veía el hueco entre los dientes de Lapo. Pero otros parecían dispuestos a clavarle un cuchillo por la espalda.

Dudó un momento ante la carga de todos aquellos pensamientos y retrocedió un paso, y probablemente habría salido por el tejado de no haberse encontrado tras de sí con el robusto cuerpo de Lobo, que la empujó hacia delante.

Y dijo:

—Chicos... Twelve acaba de salir de la Cuarentena. Debe de estar cansada.

—Pues a mí no me parece nada cansada —comentó Pútrido, un alumno de segundo.

—Ni un pelo —asintió uno de los que Twelve no recordaba haber visto nunca, un chico con una mirada de hiena. Como si acabara de ganar una apuesta.

Lobo le susurró:

—Ve a tu habitación. Ya verás cómo allí no te molestan.

Era fácil de decir, pero..., para llegar a la escalerilla de cuerda que llevaba al piso donde estaban las habitaciones, Twelve tenía que abrirse camino y atravesar la horda de Deshollinadores. Notaba las piernas flojas y estaba segura de que, si intentaba dar más de tres pasos, se tropezaría y caería allí mismo, delante de todo el mundo.

—Vamos, ánimo... —le susurró Lobo, empujándola suavemente pero sin moverse de detrás de su espalda.

Entre las compactas filas de los Deshollinadores se produjo un pequeño tumulto hasta que Cegato, en la primera fila, se apartó a un lado de un salto y exclamó:

—Perdona, pequeña, no te había visto. ¡Ja, ja, ja!

En ese preciso instante, Ninon se escabulló entre el mar de piernas, corriendo hacia Twelve como una tormenta de rizos pelirrojos.

—¡TWELVE! ¡TWELVE! —gritó. Tenía la piel de porcelana y unos luminosos ojos verdes que, con las lágrimas, parecían aún más grandes si cabe.

Twelve hizo amago de arrodillarse para acogerla entre sus brazos, pero la pequeña le saltó al cuello con un brinco. Alguien dio un aplauso, algún otro silbó.

—¡Viva!

—¡Valientes!

Twelve hundió la cara en el pelo de la niña y notó que aquel cuerpecillo fuerte y menudo temblaba entre sus brazos.

—¡San Estanislao, cómo te he echado de menos...! —le murmuró, llorando ella también.

Ninon le respondía entre sollozos y, mientras, se abrazaba con fuerza contra su cuerpo, aferrándose a cualquier caricia que pudiera recibir.

—No pasa nada, Ninon, he vuelto. Estoy aquí.

No se sabe cuánto tiempo pasaron abrazadas y hablándose al oído, sin hacer caso a los que las rodeaban. Y cuando Twelve levantó la vista, se dio cuenta de que cualquier tensión que pudiera haber habido en el tejado se había disipado. Algunos Deshollinadores se alejaron tocados por el gesto, envidiosos, emocionados. Otros, en cambio, se acercaron aún más a ella.

—¡Eh! —dijo Twelve, volviendo a dejar a Ninon en el suelo.

Lapo la abrazó con tanta fuerza que sus brazos huesudos le hicieron daño en las costillas.

—¡Me alegro *muchísimo* de verte otra vez! ¡Te *hemoz* echado tanto de *menoz*!

—¡Mi queridísimo Lapo!

—Se te han acabado las vacaciones, ¿eh? —le preguntó Henna, pasándole una mano por los brazos—. Pero ¡mira qué músculos tienes!

Twelve respondió lo que esperaban que respondiera.

—¡Ya verás cuando juguemos al balón prisionero: los voy a atrapar todos!

—Entonces más nos conviene estar en tu equipo —dijo Cressida.

—Impresionas, chica —comentó Mathias—. Y no en el sentido en el que me lo decían a mí cuando salí.

—Mathias..., yo... Siento no haber conseguido... —empezó a decir Twelve, que llevaba días pensando qué le diría cuando volvieran a verse. Mathias se había arriesgado mucho para ayudarla a escapar. Y, probablemente, había perdido la oportunidad de intentarlo por su cuenta.

—Ya vale —la atajó el chico, fingiendo una sonrisa que se parecía a la suya de verdad, a la del Mathias de antes de la Cuarentena. La abrazó como todos los demás, tal vez incluso un rato más largo.

Luego se dirigieron hacia las habitaciones en un animado interrogatorio.

—¿Ha sido horrible?

—¿Qué has hecho durante tantos días?

—¿Te han dado de comer?

—¿Fuera cómo era?

—¿Estás contenta de estar aquí?

Cuando se dio cuenta de que había cruzado la mitad de la sala común, Twelve se volvió. Quería darle las gracias a Lobo. Decirle que le había gustado que hubiera sido él quien la llevara de vuelta a casa.

Pero ya no estaba.

Había desaparecido, dejando a Twelve con sus compañeros de curso. Con sus amigos, tal vez.

Yo no tengo amigos, pensó Twelve, descubriendo que aquello la desolaba más de lo que le hubiera gustado admitir.

Soy como tú, Lobo, pensó, acariciando el cabello de Ninon. ¿Quién se lo habría lavado y peinado tan bien, en su ausencia?

Estoy sola, Lobo, en medio de mis amigos. Ellos me sirven como escudo. Pero yo, protegida por ellos, no siento nada.

En cambio, mientras pensaba aquellas cosas, se dio cuenta de que estaba riendo en voz baja, como cuando alguien está feliz.

Había vuelto a casa, sí.

Pero no estaba feliz.

Estaba preparada.

La mejor de todos

La habitación de Twelve en el tejado tenía el techo bajo y las paredes eran de una madera devorada por las termitas. Tenía un armario torcido y un colchón manchado en el suelo. Las repisas eran libros apilados, la lámpara una regadera sin fondo. En un lado de la habitación se abría un ojo de buey de vidrio opaco que dejaba entrar la luz del día, pero no permitía ver lo que había fuera.

Twelve descubrió que le habían dejado decenas de mensajes: el colchón estaba prácticamente enterrado en tarjetas.

—Pero ¿qué...? —se preguntó, arrodillándose para leerlos. Descubrió que tenía un nutrido séquito de admiradores.

Eres una grande.

Twelve para siempre.

Acuérdate de nosotros cuando vuelvas fuera.

¿Te gustaría compartir habitación conmigo?

Conmovida, Twelve retiró las tarjetas y se sentó sobre el colchón con las piernas cruzadas, tumbando a Ninon con la cabeza entre sus rodillas. Con una caricia, Twelve le apartó un mechón de cabello y le inspeccionó el cuello, donde aún se veía un araño minúsculo, la incisión con la que el profesor Luther la había envenenado.

—Ay —murmuró Ninon—, si me tocas ahí, me duele.

—Perdona —respondió Twelve, tragando saliva. Dejó que el cabello de la niña ocultase la heridita y se esforzó por intentar no pensar en ella—. ¿Cómo has estado estos días? ¿Bien? ¿Los demás han sido buenos contigo?

—He llorado mucho —bisbiseó Ninon, revolviéndose entre sus piernas—. Tenía miedo de que no volvieras nunca de la Cuarentena.

—Bobita... ¿No te han dicho que yo siempre vuelvo?

—Algunos sí. Otros, en cambio... —Ninon sacudió la cabeza.

—Los otros son unos estúpidos —respondió Twelve por ella—. Estoy aquí, ¿ves? Y puedes estar segura de que voy a quedarme.

La acunó hasta que la niña cerró los ojos y, entonces, con cuidado de no mover las piernas, se estiró hacia atrás, haciendo crujir todos los huesos de su espalda.

En esa posición estaba, con los brazos extendidos por detrás de la cabeza, cuando Lapo llamó a la puerta.

—¿Me *dejaz* entrar? —le preguntó.

—Pasa, pero sin hacer ruido, porque creo que Ninon se ha dormido.

Lapo entró en la habitación, deslizándose.

—¿*Queríaz* dormir? —le preguntó—. *Debez de eztar canzadízima...*

—Para nada. ¿Cómo van las cosas por aquí?

—*Puez* la verdad *ez* que no van mal. Pero *eztábamoz todoz preocupadoz* por ti...

—¿Y Mathias?

—*Eztá* un poco mejor. Pero... ya *zabez*. *Dezde* que *zalió* de la Cuarentena no ha vuelto a *zer* el que era... —Lapo se rascó la cabeza, confundido—. Perdona, ya *zé* que tú también *acabaz* de *zalir* de la Cuarentena...

—Pero yo estoy bien —le recordó Twelve.

—*Ezo* parece.

—¿Me puedes decir solo qué día es?

Era la mañana del decimotercer día y Twelve se felicitó por haber mantenido con tanta exactitud la cuenta del tiempo.

—Y, en estos diez días, ¿qué ha pasado? —preguntó en voz baja—. ¿Qué novedades hay?

—¿*Novedadez*? Ninguna. No ha *pazado* nada.

—No me lo creo.

—Te lo digo en *zerio*. *Zobre* todo, *ze* hablaba de ti. Te *haz* hecho *famoza*, Twelve. El otro día Arthur y Karl *cazi ze* pelean por ti...

—¿Por mí?

Arthur era uno de los Lords, Karl un Acróbata, y ambos eran novatos, como Twelve y Lapo.

—Arthur decía que deberían haberte *ezpulzado* de la Academia por lo que *haz* hecho y abandonarte al otro lado de la Aduana, pero Karl no *eztaba* de acuerdo, y *cazi ze* le echa encima...

—Karl abulta el doble que Arthur.

—Karl abulta el doble que cualquiera de *loz demáz*. De hecho, tuvieron que intervenir *todoz loz otroz Lordz* para *quitárzelo* de encima a Arthur *antez* de que le *zaltara todoz loz dientez*.

Twelve asintió. Podría haber dicho que le molestaba lo que había pasado, pero habría sido mentira.

Karl es bueno, anotó mentalmente.

—Y tú, ¿qué piensas? ¿Que deberían haberme expulsado? ¿O tenerme en Cuarentena para siempre?

—Yo creo que *haz zido* una grande —declaró Lapo—. Y que *haz* hecho lo que

deberíamos haber hecho todoz. A mí también ze me pazó por la cabeza, ¿zabez? Pero no tuve valor zuficiente...

Aquello sí que era una sorpresa. Twelve estaba convencida de que Lapo adoraba la Academia.

—Zí, bueno, a mí me *guzta* todo de *ezte* *zitio*, pero *Mathiaz zufre: ze ezta* muriendo, como un animal enjaulado. Y *Mathiaz ez* mi único amigo.

—Lo sé... —Twelve le dio un cachete amistoso y le sonrió—. Y por eso eres un chico único.

—¿No zoy único porque *ezcupo* cada vez que hablo? —sonrió él.

Entonces surgió que alguna pequeña novedad sí que había habido. Owen y Gloria, dos Acróbatas de primero, habían empezado a salir. Virginia V., la profesora de Transformismo, había hecho competir a los alumnos en un duelo de máscaras y Rebecca Thirty-five los había dejado a todos por los suelos.

—¿Y ella cómo está? —preguntó Twelve, recordando el aspecto que tenía su antigua compañera de orfanato después de la Cuarentena.

—Quién *zabe* —respondió Lapo—. No *ez* que hable mucho conmigo, *precizamente*.

Eso significaba que estaba bien, decidió Twelve.

Y además..., además... Ostras, un Acróbata de segundo, había desafiado a las Rosas Guerreras siguiendo la misma vía de escape de Twelve, pero había terminado en la enfermería.

—¿Se hizo mucho daño?

—Nadie lo *zabe*, porque aún no le han dado el alta —explicó Lapo—. Pero dicen por ahí que no lo reconocería ni *zu* madre.

Twelve notó un escalofrío. Ella también se había enfrentado a aquellas rosas y, de no ser por Mathias y el balón envenenado que las había paralizado... No quería ni pensarlo.

—Bueno, y *ezo* —continuó Lapo, siguiendo evidentemente el hilo de sus propios pensamientos—. Y luego *pazó* todo el lío del equipo.

—¿Qué equipo?

—El de balón *prizionero*. *Zefirotti noz* ha hecho entrenar *cazi todoz loz díaz* y mañana elegirá a *loz jugadorez* del equipo de primero.

—¿Y eso qué quiere decir?

—*Loz jugadorez* que elija participarán en el torneo de la Academia.

—Te brillan los ojos, Lapo... —rezongó Twelve—. Venga, ¿qué más?

—¿Cómo que qué *máz*? A ver, que *zi* te eligen para el equipo *puedez zaltarte* hacer los *deberez trez vecez* a la semana. *Ademáz*, el colegio entero te ve jugar. Y *loz campeonez zon*...

—Ya entiendo —le atajó Twelve—. Y, según tú, ¿quién va a entrar en el equipo?

Lapo se lo pensó un momento.

—*Ezpero conzeguir* entrar yo —confesó—. Porque zoy rápido. Condenadamente

rápido, *zegún* Zefirotti. Y *zeguramente* también entrarán Karl, que *ez* el *máz* fuerte de *todoz...* y Rebecca.

—Efectivamente. —Twelve había jugado contra ella solo una vez, pero aún conservaba las cicatrices.

—*Ez* muy buena *eztratega*.

—Yo la llamaría otra cosa. Por ejemplo: despiadada.

—Como *quieraz*. Pero yo creo que va a entrar. Y luego *eztá* Miriam, de *loz* Lord, o quizá J.J.T... No lo parece, pero *ze* le da bien. A *Mathiaz* también *ze* le daría bien, *zi quiziera...*

Twelve asintió, en silencio, y pensó que era una lástima no haber entrenado aquellos días. Le había dicho al profesor Luther que se convertiría en la mejor, y entrar en el equipo de primero seguramente habría sido el paso que tendría que haber dado.

—¿Qué hora es, Lapo?

En aquel momento, el muchacho miró a su alrededor, como si acabara de desobedecer una orden.

—Ay, lo *ziento*. Todavía falta una hora para el *dezayuno...* Debería haberte dejado dormir, pero... —El chico se puso de pie, alisándose la ropa, y se alejó—. Oye, pero *pienza* un poco en lo del equipo, ¿vale? —le dijo—. Yo creo que tú también *deberíaz eztar...*

Twelve alzó el pulgar en señal de asentimiento y entonces, sin darse cuenta siquiera, se quedó dormida entre las tarjetas que aún quedaban sobre el colchón.

Se despertó para el desayuno como un muñeco al que le hubieran dado cuerda de repente.

Ayudó a Ninon a lavarse, lo que le sirvió para descubrir que ya sabía hacerlo todo perfectamente sola, y permaneció bajo la ducha todo lo que pudo. Durante unos segundos, se sintió en el paraíso. Como si, en lugar de agua caliente, fuera un chorro de pétalos de rosa o plumas de pavo real. La potencia del agua que descendía del tubo le parecía tan fuerte como la de una cascada.

Cuando se miró en el espejo, vio su propio rostro afilado, la nariz salpicada de pecas, la melena negra que descendía por sus hombros y los ojos, sus ojos, tan oscuros que tuvo la sensación de que pertenecían a otra persona.

—¿Vas a ir a clase así? —le preguntó Ninon, sobresaltándola.

Apretó una mano contra la toalla y sonrió.

—Supongo que antes me tendré que vestir con algo...

—Y yo ¿cuándo podré ir contigo?

—Pronto —mintió Twelve—. Pero, mientras tanto, disfruta del tejado, donde puedes quedarte jugando el día entero.

—A mí no me gusta jugar... —respondió Ninon—. Y no me gusta jugar sola.

—Volveré pronto. Y con un trozo de tarta.

—Ya me la traerá Mister Peele. —Ninon arrugó la nariz. Salió del baño y fue a

rebuscar en el armario de la habitación, escondiendo tras su espalda la ropa de Twelve y tendiéndole la que, según ella, debía ponerse.

Twelve no quiso discutir y se puso la ropa que Ninon le tendió. Luego se agachó a darle un beso y murmuró:

—No te pongas así.

Ninon se negó a responderle y no se despidió de ella cuando salió.

Fue una de las últimas en bajar y, cuando llegó a la sala donde se servía el desayuno, los gólems ya estaban recogiendo. Comió algo sin sentarse y engulló un brebaje caliente como el fuego, luego se dirigió con los más tardones a la clase donde se impartía la primera asignatura de aquel día: Historia del Crimen.

Los encontró a todos fuera del aula, mirando la puerta cerrada.

—Así no —estaba diciendo Mathias, al fondo del corrillo, con los brazos cruzados.

—¿Y por qué no pruebas tú, sabelotodo? —le respondió Malcom, uno de los Acróbatas—. Esta maldita puerta... —empezó a decir, pero en cuanto se percató de la presencia de Twelve, se calló de golpe.

Algún otro comentó «Ha vuelto», como si Twelve no estuviera realmente allí y no pudiera escucharlo.

Un Lord con la cara llena de granos tiró de la manga de un compañero y dijo:

—¿Has visto? ¿Qué te dije? La han liberado.

—¡Cucú! —dijo Twelve, intentando quitarle dramatismo al asunto. Luego los miró, uno a uno, sin saber bien qué otra cosa hacer.

—*Zi me dejáiz pazar*, ya me ocupo yo de abrirla —exclamó entonces Lapo, lanzando una mirada a Twelve. Se sacó del bolsillo trasero de los vaqueros dos ganzúas curvas de latón e introdujo los extremos en la cerradura, luego se mordió la lengua y cerró los ojos, con una expresión de concentración absoluta.

—*Ez una Fermor del 14* —masculló—. Dificililla, no deberían *uzarla* para *laz puertaz de laz aignaturaz* de primero...

—Pero tú en realidad no eres de primero, ¿no? —comentó Mathias con una sonrisilla.

Bien, pensó Twelve, aquellos dos estaban volviendo a intercambiar bromas...

—*Zi tengo un poco de zuerte*...

Cric-croc, hicieron las ganzúas de Lapo y, entonces, se escuchó un pequeño chasquido.

—¡Ya *eztá!* —exclamó el muchacho, radiante.

La puerta se abrió con un chirrido y Lapo se colocó a un lado para chocar los cinco con todos los que entraban. Le brillaban los ojos.

En el aula, que tenía forma de anfiteatro, y en cuyo techo pintado al fresco aparecían nubes y ángeles, Twelve eligió un sitio en la última fila, pero no sirvió de nada: todos la miraban, le hacían gestos, abrían los ojos como platos y parloteaban entre ellos.

Rebecca cruzó los ojos con los de Twelve durante un segundo, el tiempo suficiente para dedicarle una mirada de desprecio, y luego la chica continuó su camino y tomó asiento en el aula.

—Me alegro de volver a verte —le dijo en cambio Karl, renunciando a su habitual sitio en la primera fila para sentarse a su lado. Lapo tenía razón: en los trece días que hacía que no lo veía, Karl se había vuelto aún más musculoso. Casi daba miedo.

—Yo también me alegro de verte.

El profesor Falkenhayn fue el último en entrar, sin saludar. Iba, como siempre, doblado como una percha y llevaba una pajarita decorada con calaveritas.

Se plantó frente a la mesa, de pie, como un actor de teatro, se sacó un librito rojo del bolsillo de la chaqueta y empezó a leer en voz alta.

«Las circunstancias en las que puede encontrarse el producto de la reproducción técnica pueden dejar intacta la consistencia intrínseca de la obra de arte, pero, en cualquier caso, determinan la devaluación de su aquí y ahora. Este proceso confiere al objeto artístico un punto neurálgico que en ningún objeto natural es tan vulnerable como en él, esto es: su autenticidad. La autenticidad de una cosa es la quintaesencia de todo lo que, desde el origen de la misma, puede ser transmitido desde su duración material a su virtud de testimonio histórico. Dado que esta última está fundada sobre la primera, en la reproducción, en la que la primera se sustrae al hombre, zozobra también la segunda, la virtud de testimonio de la cosa. Es cierto que es la única, pero lo que de este modo empieza a zozobrar también es precisamente su autoridad...»^[1].

—¿Me he perdido algo? —le susurró Twelve a Cressida, que se sentaba delante de ella.

—En los últimos días hemos estado profundizando sobre el concepto de verdadero y falso en la historia del arte criminal —le susurró su compañera.

El profesor Falkenhayn dejó escapar una risita, levantó los ojos del libro y los posó durante un segundo en Twelve. Luego siguió leyendo.

Ella se agarró a los bordes del pupitre, escuchando aquellas palabras misteriosas y bellísimas tras las cuales parecía asomar un significado importante, pero que eran como una isla remota e inalcanzable para un náufrago en su balsa.

El profesor leyó un largo rato, con un tono de voz magnético, y finalmente dejó el libro, abrió el cajón de la mesa y sacó dos tablillas de madera algo más grandes que un cuaderno.

Las levantó para mostrárselas a los alumnos. Eran idénticas, y en cada una de ellas aparecía representado el rostro de una dama cubierto por un velo que llevaba un vestido pintado con pan de oro.

—¿Qué son? —preguntó Twelve.

—Son iconos —le respondió directamente el profesor, desde la mesa—. Y tú, señorita, no tendrías que haber hecho esa pregunta si te hubieras dignado a asistir a mi última clase.

En el aula se escucharon algunas risitas. Twelve notó que la sangre le subía a la cara y que las palabras se le agolpaban en la garganta.

—Profesor... Yo no... he podido...

—¿No has podido estudiar? ¿Y por qué?

Twelve no daba crédito a que se lo estuviera preguntando en serio.

—Estaba en la Cuarentena, señor...

Falkenhayn asintió, serio.

—Ah, sí, la Cuarentena. Y, si no me equivoco, cada día te entregaron un libro para que lo leyeras, ¿no es así?

—Sí, profesor —admitió Twelve.

—Y, si no me equivoco, también se te entregó el excelente ensayo *Las puertas regalo*, de Pável Aleksándrovich Florenski, ¿no es así?

Twelve se mordió el labio. Recordaba ese título. Estaba... en la última caja que Mister Peele había bajado por la trampilla, el día que Twelve consiguió sacar de la pared el segundo ladrillo a base de rascar, y no leyó ni una sola página.

—Y entonces —concluyó Falkenhayn—, aunque afirmas tener un buen motivo para no haber asistido a mi clase, has tenido oportunidad de llegar preparada. Y deberías poder ilustrar a la clase porque, de los dos iconos que tengo en la mano, uno es, sin atisbo de duda, falso. —Los levantó—. ¿Y bien?

Twelve no sabía qué responder y notaba, una vez más, que las miradas de todos le atravesaban la piel. Decidió dejarlo más claro aún y se puso de pie, apoyándose con gesto despectivo sobre la superficie del pupitre y empujando ruidosamente la silla, haciéndola caer hacia atrás.

Falkenhayn la miró, Twelve lo miró a él y, entonces, sin decir una palabra, salió del aula con paso apresurado, entre los murmullos de los demás.

Cuando la puerta se cerró tras ella, escuchó que el profesor retomaba la clase como si nada hubiera sucedido.

—Vaya, menudo capullo está hecho Falkenhayn —le dijo Mathias durante el almuerzo—. Te ha tendido una buena trampa. Además, ese libro, quién se lo habrá leído...

—Llevaba razón —respondió Twelve secamente—. Tendría que haber estado preparada. Me lo hizo llegar, y yo fui una idiota al no leérmelo.

—Te has vuelto loca, ¿verdad? Solo ha querido dejarte mal delante de todos...

—Pero podría haberlo evitado, si hubiera estudiado como debía. Piensa qué habría pasado si yo le hubiera respondido bien.

Mathias sorbió un par de cucharadas de sopa.

—Es verdad que me la tenía preparada —continuó Twelve—. Pero cómo quedar ante ello dependía de mí. Podía haberos impresionado a todos. Y, en cambio, ha pasado lo que habéis visto.

Twelve hablaba fundamentalmente para sí misma. Cuando estuvo fuera del aula, sola, pensó una y otra vez en lo que había pasado. En un principio, le lanzó a Falkenhayn decenas de maldiciones. Pero luego se lo pensó mejor.

No valía de nada quejarse. Si quería ser la mejor, tenía que prepararse para cualquier imprevisto. Tenía que estudiar el doble que los demás, entrenarse el doble que los demás.

—Yo solo quería animarte un poco —masculló Mathias, confundido.

—Gracias, te lo agradezco mucho. Pero no me hace falta. De verdad.

Eso se había dicho en el pasillo. Que no necesitaba nada, ni a nadie.

—*¿Eztáiz liztoz, chicoz?* —preguntó en aquel momento Lapo—. *¡Zefirotti noz ezpera* abajo, en el *gimnazio!*

Twelve se levantó de la silla antes que Mathias.

Y hacia allí se dirigieron.

A Twelve le encantaba el gimnasio, porque tenía unos ventanales enormes por los que se podía mirar afuera, hacia los árboles de la isla y el río gris que discurría a su alrededor. Y, más allá, los edificios de Danubia, las carrozas que trotaban por las calles empedradas y los tranvías eléctricos que corrían veloces, dejando a su paso chispas y tintineos.

Mientras se ponía la camiseta, en los vestuarios femeninos, apretada contra las demás como si estuviera en una lata de sardinas, se dio cuenta de que había adelgazado bastante durante la Cuarentena: a pesar de los músculos, la camiseta le caía por los hombros como un trapo viejo y tuvo que estirar al máximo el elástico de los pantalones para evitar que se le resbalaran por los muslos.

—Mira cómo se ha puesto en forma nuestra querida Twelve —comentó Rebecca al pasar a su lado junto a Zella, otra de los Lords—. Ay, ¡lo siento! —exclamó, fingiendo tropezarse en aquel estrecho espacio y propinando a Twelve un codazo a la altura de los riñones.

Twelve encajó el golpe apoyándose sobre el banco que había frente a ella y contó hasta diez para alejar las ganas de darse media vuelta instantáneamente y arrancarle los ojos.

—Es verdad que has echado unos buenos músculos para haber estado en la Cuarentena... ¿No te habrás pasado estos días cómodamente en el despacho del profesor Luther, en lugar de en la Cuarentena?

—Creo que no lo escuché bien —respondió Twelve.

No debería haberle respondido, se había prometido a sí misma que no actuaría frente a las provocaciones. Pero incluso su resistencia tenía un límite.

Y precisamente parecía que Rebecca no esperaba menos de ella.

—He dicho que quizá el profesor Luther...

—No lo que has dicho tú, Rebecca..., eso lo he oído perfectamente. Decía que,

cuando estaba en la Cuarentena, no lo escuché bien... Pero igual tú me puedes ayudar.

Con los ojos clavados en Rebecca, Twelve empezó a silbar. Entonó una nota alta y larga, luego una segunda, y una tercera, y silbó la melodía de la soledad.

A Rebecca se le quedó la cara repentinamente blanca y se le dilataron las pupilas de terror. Abrió la boca en un grito mudo y dio un paso atrás, tropezándose con su amiga Zella, que se apresuró a sostenerla.

Twelve, sin embargo, no dejó de silbar. Siguió hasta que tuvieron que acompañar a una temblorosa Rebecca fuera de los vestuarios. Solo entonces empezó a colocar sus cosas en los percheros, como si no hubiera pasado nada.

—Pero ¿se puede saber qué le has hecho? —le preguntó Henna, que acababa de presenciar toda la escena.

—Ah, nada especial —respondió Twelve, intentando controlar su corazón desbocado—. Es una cosa de la Cuarentena. —Miró a su amiga—. ¿Sabes cuál es esa especie de melodía extraña que se escucha un segundo antes de volverte loca de miedo?

Henna sacudió la cabeza lentamente.

—Claro. Pero Rebecca, en cambio, sí que sabe cuál es. —Se puso las zapatillas—. Y yo también.

Balón prisionero

El gigantesco profesor Zefirotti, con sus ciento cincuenta kilos de jovialidad y desconcertante crueldad, los estaba esperando con un balón de cuero bruñido bajo el brazo.

—Buenos días, chicos —los saludó mientras formaban un corro—, ¿habéis dormido? ¿Habéis comido bien? Perfecto, porque hoy debemos esforzarnos al máximo. Debéis esforzaros al máximo. Y, al final del entrenamiento, os diré quiénes pasan a formar parte del equipo de los Novatos. —Hizo botar el balón en el suelo, como un tañido de campana—. Este año sois veintiuno, lo que significa que uno de cada tres entrará en el equipo. Más tres suplentes. Así que olvidaos de vuestras venganzas personales y de las estúpidas reglas de las hermandades e intentad convencerme de que os elija. El equipo de los Novatos está destinado a perder casi todos los partidos que dispute, como siempre ha sido, pero, aun así, será vuestra única oportunidad de desafiar a los mayores siguiendo unas reglas iguales para todos. Así que..., ¡que gane el mejor!

Zefirotti concluyó la frase con una carcajada gorgoteante que a Twelve le puso la piel de gallina.

—¡Lapo! —exclamó entonces—. ¿Puedes recordarles a tus compañeros cuáles son las tres características de un buen jugador de balón prisionero?

—¡Por *zupuezzo*, *zeñor*! —respondió él, poniéndose en pie de un salto—. Un buen jugador de balón *prizionero* debe *zaltar* como una víbora, *dizparar* como una catapulta y... ¡*ezquivar* como un *mozquito*!

—¡Ja, ja, ja! ¡Me encanta cómo dices «ezquivar», muchacho! —gorgoteó Zefirotti—. ¡Bien hecho! Vuelve a tu posición y... los demás, colocaos en una mitad del campo.

—¿Todos? —preguntó Karl.

—¿No hacemos los tres equipos de siempre? —preguntó Rebecca.

Zefirotti se los quedó mirando un buen rato, primero a uno y luego a la otra.

—Estoy dudando si eliminaros directamente... Sí, Karl, todos. Y no, Rebecca, no haréis los tres equipos de siempre... Y, ahora, ¡moveos!

Si Zefirotti se percató del regreso de Twelve, no lo demostró en lo más mínimo. Ella, en cambio, al pasar frente a él, se sintió en la obligación de saludarlo.

El profesor cogió una jaula de hierro llena de balones y la arrastró hasta la mitad libre del campo.

En ese momento, se introdujo el silbato entre los labios y pitó.

—Y, ahora, ¿qué demonios pasa? —preguntó Mathias con su habitual tono desafiante.

—¡Que entren los campeones! ¡Ra, ra, ra! —exclamó Zefirotti, sosteniéndose la enorme panza con las manos.

Por la otra punta del gimnasio entraron tres chicas y cuatro chicos vestidos con ropa de gimnasia. Mientras pasaban frente a las vidrieras que daban al río, Twelve se percató, con un vuelco del corazón, que entre ellos se encontraba Lobo. Era la primera vez que lo veía en una clase.

Los siete se dispersaron por la mitad libre del campo. Lobo estaba en el centro, en la segunda fila: era el capitán. Allí también.

—Me imagino que ya conoceréis al equipo de las Estrellas Prisioneras —rugió Zefirotti—. Los mejores de los mejores. Lunático y Jack de tercero; Rosy y Ondine de cuarto; Venia, Allyster y Lobo de quinto.

Ah, claro que los conocía, pensó Twelve, mirándolos. Jack era un Acróbata de tercero: probablemente el chico más guapo que Twelve había visto en su vida. La que estaba detrás de él debía de ser la famosa Venia, la Serpiente.

Zefirotti cogió el primer balón. Se lo lanzó a Lunático, que dio un brinco de coyote y lo alcanzó al vuelo, dejando escapar un aullido triunfal. El profesor lanzó más balones, uno para cada jugador: siete balones en total.

—Esto se pone feo... —susurró Cressida, apretujada en la última fila junto a Twelve.

—¿Tú crees? —respondió Twelve, poniéndose de lado para poder ver mejor.

Jack era un espectáculo. Tenía un físico perfecto, de bailarín, y el pelo cortísimo, rubio.

A su lado, Allyster, con su aureola de cabello rizado, parecía una espiga de trigo.

—La selección será sencillísima —explicó el profesor—. Ellos lanzan y vosotros cogéis el balón al vuelo o lo esquiváis. Quien reciba un balonazo queda eliminado. El que se salga de las líneas del campo queda eliminado. Quien se lesione queda eliminado. Los siete que queden en el campo entrarán en el equipo. Y los tres mejores de los demás serán los suplentes.

—Pero ¡no es justo! —se le escapó a Gloria, de los Acróbatas.

Estaba en el centro, en primera fila, apretujada contra la línea de división de los dos campos, al lado de la zona muerta. No tenía espacio para moverse y era la que estaba más expuesta al tiro de los adversarios. Lunático solo tenía que estirar la mano para eliminarla.

—Pues muévete, bonita —le contestó el profesor con una sonrisa—. Nadie te ha dicho que tengas que quedarte ahí. Agáchate, salta, esquiva o bien convence a los chicos de que no te tiren el balón. —Zefirotti apoyó las manos en los costados,

haciéndolas prácticamente desaparecer entre los pliegues de su camiseta—. El partido comienza cuando yo pite. Las reglas ya las conocéis. Yo seré el único juez: si digo que alguien está eliminado, está eliminado, no quiero protestas. Si digo que alguien se ha salido de la línea, está eliminado, aunque me traiga al mismísimo san José jurando que no se ha salido. ¿Estamos de acuerdo?

—¡Sí, profesor! —respondieron todos.

—Entonces, empecemos.

Los alumnos de primero se empujaron y se dispersaron, los más grandes intentaban apartarse del centro usando a los más pequeños como escudo. Twelve se dejó empujar a la primera fila, junto a Gloria, y al ver a sus adversarios frente a ella, notó cómo se le aceleraba el corazón.

Soy la mejor, pensó.

Dobló las rodillas, miró por encima del hombro. Detrás de ella estaba Sammy, de los Lords, rígida como una estatua de sal.

Esquivar, había dicho Zefirotti. Esquivar a cualquier costa.

—Cuando diga ¡ya! —dijo el profesor, con la voz reducida a un susurro—. Uno, dos, tres, ¡ya!

Siete balones cortaron el aire con un siseo. Twelve vio que uno venía hacia donde estaba ella, el balón de Venia, que siseaba como una guadaña. Se apoyó en Gloria, rodó contra su hombro y dejó que el balón golpeará a Sammy, un paso por detrás de ella.

—Sammy, Coleridge, J.J.T, Antara, Henna, Katja. Eliminados —gritó el profesor—. Salid del campo.

—¡Pero a mí no me han dado! —protestó Coleridge, sacudiendo de lado a lado su mata de pelo color zanahoria.

—Has puesto un pie fuera de la línea —dijo Zefirotti—. Y, ahora, apártate de ahí.

Los eliminados salieron del campo y se sentaron a un lado, junto a la pared. Mientras tanto, Lobo y los demás recogieron los balones. El séptimo se lo devolvió Karl, que lo había cogido al vuelo.

—¡Adelante! —exclamó Zefirotti. Y luego—: ¡Mathias, Zella, eliminados! ¡Adelante...! ¡Felix, Gloria, Malcom, eliminados!

A la tercera ráfaga de balones, Twelve retrocedió con una voltereta a la mitad del campo, junto a Lapo. Cuando volvió a levantarse, miró a su alrededor y vio que solo quedaban diez jugadores. Aún restaban por eliminar tres, y los demás pasarían a formar parte del equipo.

—¡Uno, dos, tres, fuego! ¡Arthur, eliminado! ¡Uno, dos, tres, fuego! ¡Ningún eliminado!

Y, lo más importante, esta vez Twelve había cogido al vuelo un balón que Jack había lanzado directamente contra ella.

—¡Uno, dos, tres, fuego! ¡Ningún eliminado! ¡Uno, dos, tres, fuego! ¡Ningún eliminado!

Los tiradores ya no conseguían dar en el blanco en cada lanzamiento: el campo de los novatos se había vaciado y quedaba mucho más espacio para ejecutar una estrategia de defensa.

Karl estaba inmóvil como una roca y atrapaba al vuelo todos los balones que le llegaban, con un agarre tan seguro que no tenía nada que envidiarle al equipo de los Campeones. Lapo, en cambio, saltaba de una parte a otra como un muñeco impulsado por un resorte, mientras Hoon se limitaba a hacer movimientos pequeños y muy precisos: apartaba la cabeza o un brazo o rodaba sobre el lado, esquivando los balones aparentemente sin esfuerzo.

Twelve, en cambio, no tenía una técnica propiamente dicha. No se había entrenado con los demás, no había tenido tiempo de estudiar una modalidad de juego personal. Pero se sentía veloz y llena de energía, y no tener una estrategia podía ser, en el fondo, una estrategia en sí misma. Atrapaba algunos balones, esquivaba otros, saltaba, rodaba hasta el final del campo y volvía a levantarse, rápida como el rayo.

—¡Uno, dos, tres, fuego! ¡Owen, eliminado!

Y así, quedaron nada más que ocho. Solo había que eliminar a un jugador.

—¡Fuego! ¡Fuego! ¡Fuego! Muy bien, chicos, otra vez ningún eliminado. Y... ¡fuego!

Lobo hizo amago de tirar contra Karl, pero, en el último momento, giró el brazo con elegancia depredadora, lanzando el balón contra el lado opuesto. Twelve vio el destello en sus ojos y comprendió que aquel balón iba hacia ella. Escuchó el siseo de la esfera de cuero al cortar el aire, a una altura a la que habría podido cogerla al vuelo. Pero entonces, de repente, el balón empezó a descender.

Un tiro con efecto. Destinado a las piernas.

Saltó, por puro instinto, lo más alto que pudo, encogiendo las rodillas contra el pecho y, en ese preciso instante, la esfera de cuero golpeó el suelo donde un segundo antes se encontraban sus pies y ahí empezó a rodar sobre sí misma, como una barrena.

Para evitar tocar el balón al llegar al suelo, Twelve hizo un movimiento imprevisto y perdió el equilibrio. Aterrizó con el tobillo torcido y un dolor penetrante ascendió desde su pie hasta la pantorrilla, arrancándole un grito.

Rodó por el suelo, lejos del balón que giraba sobre sí mismo, agarrándose el tobillo con las dos manos.

—¡Todavía no hay ningún eliminado! —declaró Zefirotti, radiante.

El profesor había visto que se había hecho daño, pero no dijo nada. Permitió que Twelve se incorporara e intentara apoyar el pie en el suelo.

Pero no había remedio: el dolor era insoportable. Lo único que podía hacer era mantenerse en equilibrio sobre la otra pierna. Iba a ser imposible esquivar otro ataque: la octava eliminada sería ella.

—¡Vamos, chicos, otra vez! —ordenó el profesor—. ¡Recoged los balones!

Twelve miró a su alrededor, desesperada. El tobillo le mandaba ráfagas de dolor.

Rebecca reía entre dientes, pérfida. Twelve no quería rendirse. Tenía que ocurrírsele algo, lo que fuera, pero ¿qué?

El pánico le oprimió la garganta.

No voy a poder, se dijo.

Y actuó movida por el impulso.

—Uno, dos, tres... Fue...

Twelve cogió a Cressida del brazo, a su amiga Cressida, y se desplomó sobre ella, empujándola fuera del campo de juego.

Se hizo el silencio.

Los siete tiradores aún tenían los balones en la mano, preparados para lanzarlos.

Twelve se impulsó con los brazos y se puso en pie de nuevo. Su cuerpo estaba íntegramente dentro de la línea del campo. Cressida, en cambio, estaba fuera.

Fuera.

Y la había empujado ella.

—Tú...

Los ojos de su amiga estaban llenos de estupor y de algo que ni siquiera ella misma lograba comprender. Intentó decir algo, pero no fue capaz, sobrepasada por todo lo que acababa de ocurrir.

—Cressida, yo... Lo siento...

Pero ¿lo había hecho a propósito? ¿De verdad la había empujado fuera del campo... a propósito?

¿Cómo había podido?

—¡Cressida, eliminada! —exclamó el profesor Zefirotti.

—Pero... ¡profesor! —chilló la chica—. Yo no me he salido del campo... ¡Ha sido ella!

—Ella no se ha salido del campo —respondió el profesor.

—¡Pero me ha empujado fuera! ¡Bruja asquerosa!

Cressida se abalanzó sobre ella, gritando. Y Twelve volvió a caer al suelo, incapaz de reaccionar. Sintió las uñas de Cressida arañándola, y también sintió que se merecía aquellos arañazos. Habría podido decir algo. Gritar o pedir perdón. Podría haberle pedido a Zefirotti que la eliminara a ella en vez de a su amiga. Pero no dijo nada. Se dejó arañar, como si realmente no estuviera allí.

—Ya basta —vociferó el profesor.

Los fuertes brazos de Karl aferraron a Cressida y la abrazaron, separándola de Twelve con la misma facilidad que si fuera un gatito.

—Tranquila, tranquila. No ha pasado nada —le murmuró el chicarrón.

—¡Bien, bien! ¡Qué final de partido tan magnífico! —se regodeó Zefirotti—. ¡Muchachos! ¡Este año volvemos a tener equipo de Novatos! Karl, Miriam, Rebecca, Igor, Hoon y... Twelve. —Al pronunciar aquel nombre, Zefirotti compuso una sonrisa particularmente satisfecha—. ¿Les damos un fuerte aplauso?

Guerra en la guarida

Lobo salió propulsado de los vestuarios con un gruñido y, en tres zancadas, alcanzó a Twelve.

Al escucharlo llegar, Twelve se giró y perdió el equilibrio, y tal vez se hubiera caído si Lobo no la hubiese sujetado. Pero su gesto no era de auxilio: era más bien un cepo que podía triturarla, si quería.

—¿Qué has hecho? —le preguntó, con los ojos en llamas.

—Me haces daño... —murmuró Twelve.

—¿Cómo se te ha ocurrido hacer algo así?

—Yo no he hecho nada, yo solo...

—¡Basta ya! ¡No juegues conmigo! ¿QUÉ HAS HECHO?

¿Qué había hecho? Twelve no podía pensar en otra cosa. Y se preguntaba cómo escapar de la respuesta: había empujado fuera del terreno de juego a una de sus compañeras.

Había sido una cosa horrible, y lo lamentaba, sí, lo lamentaba muchísimo, pero no por las razones que los demás querían escuchar. Lo lamentaba porque Zefirotti estaba contento. Y porque había sido fácil.

Podía mantener la versión más sencilla: que le dolía el pie, había perdido el equilibrio y no lo había hecho a propósito. Pero eso no eran más que historietas, válidas para los idiotas y los crédulos, y Lobo no era ninguna de las dos cosas. A él tenía que contarle la verdad.

—No sabía qué otra cosa hacer... —murmuró, apoyándose contra la pared—. Sencillamente, era quien estaba más cerca de mí. Y yo tenía que entrar en el equipo.

—¿Tú, qué?

El apretón del chico a punto estuvo de hacerle crujir los huesos.

Twelve movió muy levemente la cabeza, pero el pasillo del gimnasio estaba desierto. Allí solo estaban Lobo y ella. Y él era el jefe de su manada.

Lo empujó para alejarlo de ella, tambaleándose sobre el pie sano.

—Me preguntaste si tenía un plan, ¿no? Pues la respuesta es que sí, tengo un plan. Quiero llegar a ser la mejor de todos. La mejor para los profesores. Quiero que se fíen de mí.

—¿Y de verdad eres tan estúpida como para pensar que lo harán? —Lobo estrelló

un puño contra el muro, haciéndolo retumbar. Luego le apuntó con el índice a la barbilla, rabioso—. El juramento de los Deshollinadores —gruñó—. Las reglas de nuestra manada. Recítalas.

Twelve agachó la cabeza, miró hacia sus pies, el suelo, las líneas de fuga de los azulejos. Las grietas de la pintura. Cerró los ojos y, tras sus párpados, aparecieron las pintadas que resaltaban en el tejado de la guarida.

—Escúchalo todo y no te olvides de nada —murmuró.

—¿Y qué más?

—Si ayudas a un Deshollinador, un Deshollinador te ayudará. Si traicionas a un Deshollinador... —No fue capaz de continuar.

Pensó en Cressida. ¿Qué había hecho?

—Si traicionas a un Deshollinador, traicionas a todos los Deshollinadores. —Lobo completó la frase por ella—. Y eso es lo que acabas de hacer. Nos has dado la espalda a todos. Y, ahora, ¿qué esperas que hagamos nosotros?

Twelve no respondió.

—¡Estoy hablando contigo!

—Dejarme sola —respondió, jadeando.

Lobo se le acercó un poco más.

—¡No creas que será tan fácil! Quien viola las reglas de la manada está fuera de la manada. Debería expulsarte de la hermandad y enviarte con Luther, para que te transfiera a los Lords, o a los Acróbatas, con deshonra. Quizá a los Harapientos.

—Has dicho «debería»... —murmuró Twelve, incapaz de sostenerle la mirada, y mucho más asustada de lo que quería demostrar.

—Porque contigo no puedo hacerlo. No después de que huyeras de la Academia y volvieras, como hiciste. No después de que Ninon haya sido adoptada por la manada. ¿Sabes qué significa eso?

Twelve no lo sabía. No quería saberlo.

—Que tendré que luchar para impedir que la manada te haga la vida imposible. Y para que sigan aceptando a Ninon. Tendré que usar toda mi autoridad para convencerlos, tendré que combatir para detenerlos. Y no será fácil, pero eso ni siquiera es lo peor. Nada de lo que he hecho en mi vida ha sido fácil nunca. No. Lo peor es que, después de lo que he visto, no tengo ninguna gana de hacerlo.

—No tienes ganas de...

—Me he equivocado contigo, Twelve —gruñó Lobo, dándole la espalda—. Me he equivocado del todo. No eres más que una mocosa egoísta. Aquí dentro, antes que tú, muchos otros han intentado ser los mejores... Y ninguno ha terminado bien.

—¡Espera! —balbució Twelve, viendo que se alejaba—. ¡Me duele! Tengo que ir a la enfermería.

—Ve tú sola —le respondió Lobo, y se fue.

Para llegar a la enfermería había que recorrer un pasillo estrecho y oscuro, con las paredes devoradas por grandes manchas de humedad. Las luces de neón se encendían a su paso con un relámpago amenazador y se apagaban al dejarlas tras de sí. Twelve tuvo la sensación de que aquel recorrido no tenía fin.

Al fondo del pasillo había una puerta blindada pintada de rojo y oxidada en la parte inferior, donde parecía haber una constante filtración de líquidos que desaparecían por la rejilla de una mugrienta alcantarilla. Más que a una enfermería, parecía la entrada a un refugio militar. Al letrero de la puerta le faltaban tres letras y lo único que se leía era ENFERMA. Una sala enferma, eso parecía, en efecto.

Twelve cojeó hasta allí y llamó a la puerta, esperando que alguien le abriera. Pero nadie le respondió. Tras un segundo intento, agarró el grueso manillar de hierro y la empujó. La puerta dejó escapar un siniestro chirrido y se abrió a un ambiente estrecho y mal iluminado, con el techo bajo en forma de cúpula pintado de blanco. Las paredes, cubiertas de manchas, estaban llenas de estanterías de hierro y cajoneras kilométricas, cifradas con siglas incomprensibles. El suelo de resina era liso y blanquísimo.

—¿No hay nadie? —preguntó Twelve, cojeando hasta un pequeño escritorio de aluminio lleno de papeles, igual que la silla giratoria que había a su lado—. ¿No hay nadie? —repitió, dejando atrás un carrito en el que había amontonada una pila de instrumentos médicos: jeringuillas, ampollas, frascos de cristal con tapones de corcho y resplandecientes instrumentos de acero envueltos en fieltro como si fueran servicios de cubertería.

Vio que la estancia continuaba a través de una serie de arcos, débilmente iluminados por una lejana luz de emergencia.

Reinaba un gran silencio, únicamente interrumpido por el gemido rítmico de algún aparato y el zumbido grave de los ventiladores, que dispersaban por el aire un penetrante olor a desinfectante.

—¿Hay alguien? ¡Me he hecho daño! —gritó, dirigiéndose a aquella sucesión de arcos—. Soy alumna de primero y buscaba la enfermería...

—Y la has encontrado —respondió una voz grave y aterciopelada. Por el arco más cercano se asomó una especie de gigante envuelto en una bata roja que le llegaba hasta los pies. En la cabeza llevaba un tricornio negro y tenía el rostro cubierto por una máscara espantosa con forma de trompa. Sus manos, que llevaba enfundadas en un par de guantes de látex blanco, estaban manchadas de sangre.

Parecía recién salido de uno de esos grabados de criaturas infernales que Twelve había visto de pasada en uno de los libros de la biblioteca del orfanato Moser.

La chica chilló y, al percatarse de su temor, el gigante rojo depositó el instrumento que tenía en la mano —¿qué era aquello?, ¿unas tijeras, un cuchillo, una sierra?— y se quitó los guantes.

—Tranquila, pequeña, tranquila —dijo, sin perder la compostura—. No es más que una medida de seguridad. —Entonces, el gigante se quitó la máscara, dejando a la vista un cráneo brillante, negro y cubierto de sudor—. ¿Alguna vez has oído hablar de los microbios y las bacterias? —preguntó, limpiándose la cabeza con el dorso de la mano—. No, ¿verdad? No me sorprende, porque no todos mis colegas coinciden sobre su existencia y su conexión con las infecciones... Pero no creo que hayas venido a escuchar una de mis lecciones. —El hombre se le acercó con una sonrisa y Twelve se quedó deslumbrada ante el resplandeciente cordón de sus dientes de oro—. Soy el doctor Mugaba. ¿En qué puedo ayudarte?

—Usted es... ¿el médico? —balbució Twelve.

—Además de tu profesor de Primeros Auxilios y Supervivencia y de varias curiosidades sobre el funcionamiento —y el no funcionamiento— del cuerpo humano... Que, además, imagino, debe de ser la razón por la que has llegado hasta aquí.

Twelve se estabilizó sobre el pie sano, pero no dijo nada, porque no sabía bien qué decir. Siempre había imaginado que los médicos eran criaturas angelicales, con batas blancas y largas manos delicadas. Y su recuerdo de la enfermería del Moser estaba ligado a las infusiones de manzanilla con las que las enfermeras comenzaban cualquier tratamiento.

El doctor Mugaba prosiguió:

—Perdona el desorden, chiquilla, pero acabo de llegar. Y, de todas maneras, el orden y la higiene no siempre son sinónimos. Entonces... primero, trece años...

—Doce —precisó Twelve.

—Es un esguince de primer grado en el tobillo izquierdo. ¿Qué ha pasado?

—Me he hecho daño jugando al balón prisionero.

—Siéntate —le ordenó, señalándole la única silla. Twelve dudó, mirando la pila de papeles que la ocupaban—. Puedes apoyar el trasero encima... —le dijo el doctor Mugaba, encogiéndose de hombros—. Son todo cosas de mi predecesor. Y la verdad es que no creo que vaya a venir a por ellas...

Twelve no tuvo el valor de preguntarle quién había sido su predecesor, ni por qué no iba a querer volver a por sus cosas.

Hizo lo que le habían ordenado mientras el médico se enjuagaba las manos en un lavabo de aluminio y se las secaba frotándoselas con vehemencia.

Twelve se acababa de acomodar en la silla cuando, procedente de los arcos del ambulatorio, escuchó un quejido que la sobresaltó.

—¡Tranquilo! —gritó el doctor Mugaba, girándose luego hacia ella—. Dentro de poco el sedante empezará a hacer efecto y tu amigo no volverá a sentir nada durante un rato...

—¿Mi... amigo? —preguntó Twelve, que se tensó de repente con una mueca de pánico. Luego recordó que Lapo le había contado algo sobre un Acróbata que había intentado imitarla atravesando el jardín de las rosas...

El quejido se repitió, pero el doctor Mugaba no le dejó tiempo para pensar en ello. —Zapatilla y calcetín fuera —ordenó—. Y remángate los pantalones hasta la rodilla.

Luego se agachó y cogió entre sus manos el pie desnudo. Tenía los dedos fríos y secos y le presionó el tobillo de tal manera que le proporcionó una sensación de alivio inmediata.

—Bastante feo, pero nada serio —decretó, un segundo después—. En una semana andarás como antes, y en dos podrás volver al campo. —Se puso en pie de nuevo, poniendo fin a la consulta.

—¿Cómo que dos semanas? ¡Yo no puedo estar sin moverme dos semanas!

—Pues entonces muévete. Y así tardarás cuatro en curarte. El tiempo es la mejor cura. Te daré una muleta para que puedas andar y, cuando estés sentada, intenta mantener la pierna lo más alta que puedas. Yo te haré un justificante para el profesor Zefirotti.

—Pero... de verdad... no puedo... —murmuró Twelve, con la voz resquebrajada por la tensión.

—Todos pueden cuando se hacen daño.

—Pero yo no, ¡ahora no! —estalló ella.

Sabía lo que le esperaba en los siguientes días. Lobo había sido claro. Y ella había visto las miradas de los demás en el gimnasio. Se lo harían pagar, no podía esperar menos. Y si ella se presentaba con el tobillo en esas condiciones, ni siquiera tendrían que esforzarse demasiado. Un empujón, una zancadilla, la muleta volando por los aires. Además de la cantidad de escaleras que tenía la Academia...

—Por favor, doctor Mugaba... De verdad, es muy muy importante. ¿No hay ningún modo de... curarlo antes?

Él se volvió para mirarla.

—Me van a destrozar —murmuró entonces Twelve—. En dos semanas, me van a destrozar.

—Entonces, ¿así funcionan las cosas aquí dentro? ¿Se da muerte a los tullidos y a los lesionados? —soltó él.

—Así es —respondió Twelve.

—Entiendo. Pero, en cualquier caso...

—Se lo suplico.

Mugaba se pasó las manos por la cabeza, deteniéndolas a ambos lados de la boca.

—Necesitaríamos un poco de alquimia —masculló—. Pero la alquimia es cara...

—¡Puedo pagarla! —respondió Twelve impulsivamente, provocando una carcajada del doctor Mugaba.

—¿Tú puedes pagarla? ¿Cómo?

Twelve se encogió, ofendida, en la silla. No lo sabía. No tenía manera de pagar.

—Los medicamentos alquímicos son milagrosos, pero también hacen mucho daño. Mucho más que tu tobillo hinchado —continuó el profesor—. Imagina una

jeringa ancha como dos de tus dedos y larga como tu antebrazo. No es broma: pueden tener graves efectos secundarios. Y no deberían suministrarse a chiquillos de doce años.

Twelve se mordió el labio.

—Pero tampoco debería traerse a un chiquillo de doce años a un lugar como este, ¿no crees?

Twelve negó con la cabeza, esperanzada y aterrorizada al mismo tiempo.

—Se lo ruego —murmuró una última vez.

Ninon estaba llorando.

En cuanto Twelve abrió la puerta de la guarida, la pequeña corrió a su encuentro y se abrazó a su cuello de un salto.

Twelve se sintió de repente muy cansada.

—¿Qué pasa, Ninon? —preguntó.

—¡Quiero irme, Twelve!

—No podemos irnos... —suspiró Twelve. Y le habría gustado añadir que ya se lo había explicado mil veces y que no podía soportar más esas peticiones imposibles, pero consiguió tragarse aquellas palabras antes de pronunciarlas. Ninon tenía cinco años y todo el derecho a pedir siempre las mismas cosas. Además no era una niña caprichosa. Así que, si estaba llorando, debía de ser por algún motivo—. ¿Qué ha pasado?

El tejado estaba casi vacío y los pocos Deshollinadores que la vieron entrar la miraron de reojo, se levantaron y salieron de la sala común.

—¡Cressida me ha escupido en el plato! —lloriqueó Ninon—. Mister Peele ha llamado a la puerta blindada para traerme la cena, yo le he abierto...

—¿Cómo has podido abrirle? ¿Te sabes la combinación?

Ninon se encogió de hombros como dando a entender que aquella no era la parte importante de la historia, y continuó:

—Traía una bandeja con un puré de espinacas, que no me gusta mucho, y mientras me lo tomaba ha llegado Cressida, me ha empujado y yo he protestado porque he estado a punto de tirar todo el puré al suelo, y ella me ha mirado y ha escupido dentro del plato.

El puré con el antídoto, pensó Twelve.

—¿Y te lo has comido?

—Yo... no quería, pero luego...

—¿Te lo has comido, Ninon?

A regañadientes, la niña asintió.

—No debía, ¿verdad?

Twelve dejó escapar un largo suspiro.

—Pues sí, sí que debías. Has hecho muy bien. Es muy importante que comas

siempre todo lo que te den, aunque no te guste. Es muy muy importante.

La niña parecía no entenderla, se veía que estaba asustada y confundida. Pero Twelve estaba todavía más asustada que ella.

Se arrodilló, intentando que no se diera cuenta de lo mucho que le dolía la pierna —le dolía infernalmente, y el dolor le duraría un par de horas, le había dicho el doctor Mugaba, y si no se le pasaba debía volver a verle al día siguiente—, y le dijo:

—La rectora no está contenta de habernos readmitido. Por eso tenemos que ser muy buenas, hacer todo lo que nos pidan y no enfadarla nunca, y también comérmolo todo siempre, ¿entiendes?

—¡Estaba asquerosísimo! —se quejó Ninon—. Y Cressida...

—Sssh... Cressida estaba muy enfadada, pero no contigo...

Una oleada de dolor ascendió repentinamente de la pierna de Twelve hasta su cabeza, y a punto estuvo de hacerle perder el equilibrio. Apretó los dientes, pero se le escapó un quejido que asustó aún más si cabe a Ninon.

—¡Twelve! ¿Qué te pasa?

—No... es... nada... —respondió ella.

Era uno de los efectos secundarios de los que le había advertido el doctor Mugaba: oleadas de dolor, incontrolables, y pensamientos extraños. Aún más extraños de los que Twelve solía tener. Allí abajo, en la enfermería, finalmente Mugaba había aceptado curarla con alquimia y le había inyectado un líquido rojo, ardiente, con una jeringuilla de latón que de verdad era igual de larga que su brazo. Y ahora ya eran dos las que tenían circulando por su organismo venenos creados en los laboratorios de los Alquimistas.

Si Twelve hubiera tenido suficiente confianza con Mugaba habría podido preguntarle qué hacer con el antídoto para Ninon. Pero no podía fiarse. Por lo que ella sabía, podía haber sido él mismo quien hubiera preparado el veneno. Y aunque le hubiera parecido mucho más amable que el resto de los profesores, seguía siendo uno de ellos. Uno de sus enemigos.

Lo que habría podido hacer, se dijo mientras cojeaba para salir de la enfermería, apretando el algodón sobre el hematoma que tenía alrededor del pinchazo de la aguja de la jeringuilla alquímica, era intentar descubrir por su cuenta el nombre del antídoto e intentar robarlo. Al profesor se le había escapado que la receta estaba al alcance de los conocimientos de un alumno de último año, y Twelve era lista, podía aprender mucho antes, y...

Abrió los ojos de par en par. El dolor, tal como había llegado, acababa de desaparecer. Ninon tenía la mirada clavada en ella, indecisa.

—Vamos a la cama —murmuró Twelve, cogiéndola en brazos para hacerle creer que realmente estaba mejor—. Estoy tan cansada que casi no me tengo en pie.

Descendió la escalerilla de cuerda con Ninon agarrada a su cuello como un monito. Al llegar frente a la puerta de la habitación, Twelve vio que todas sus cosas estaban amontonadas en el pasillo: la ropa, su antiguo uniforme del Moser, el estuche

de madera en el que Ninon guardaba sus pinturas de colores, y la carpeta en la que Twelve había empezado a coleccionar recortes de libros y periódicos y todas las cosas interesantes que habían caído en sus manos desde que había llegado a la Academia.

La puerta estaba cerrada.

—¡Nuestras cosas! —chilló Ninon—. ¿Por qué están todas aquí?

Estaban pringadas de zumo de frutas, jabón, espuma de afeitar, manchas de esmalte y de algo que tenía un olor penetrante, como a amoníaco.

—Ha sido Cressida, ¿verdad? —preguntó Ninon.

Twelve no sabía qué responder. Pero empezaba a comprender lo que significaba haber sido expulsada de la manada.

La niña se desprendió de sus brazos y corrió hasta la puerta de la habitación, gritando:

—¡Has sido tú, Cressida! ¡Te mato! ¡Te mato!

Escuchar aquellas palabras en la boca de un mico como Ninon le provocó un escalofrío que le penetró hasta los huesos. No era justo. Era algo que no debía haber pasado.

Volvió a cogerla en brazos.

—Sssh... Ninon, no digas eso. No debes enfadarte.

—Pero ¡Twelve! Mira lo que han hecho...

—¿Qué han hecho? Solo es ropa, Ninon. Ni siquiera era nuestra. Míralo: ¿de verdad hay algo de valor para ti, en medio de todo eso?

La pequeña se lo pensó un momento, y luego susurró:

—Mis dibujos los había escondido...

—Muy bien, has hecho muy bien.

—Y tu collar...

La niña se sacó de debajo del jersey el colgante reluciente que Seventy Stephen le había regalado a Twelve justo antes de dejar el orfanato para siempre y que ella le había confiado. Tan solo era una lágrima de una lámpara de araña enhebrada en una trenza de hilos de colores, sin embargo también era mucho más.

Twelve dejó escapar un suspiro de alivio.

—Mi collar... Todavía tengo mi collar. Gracias, Ninon —murmuró—. Ven, vamos a buscar otro sitio para dormir. Y mañana ya veremos lo que hacemos.

Recorrieron el pasillo entero, pero todas las habitaciones estaban cerradas y, cuando intentaron llamar, no les respondió nadie, o lo hacían de malas maneras.

—¿Por qué te llaman traidora? —preguntó Ninon en un momento dado.

—Porque he hecho algo que no debía, Ninon.

—¿Y por qué lo has hecho?

—Porque no siempre se pueden hacer las cosas bien. No siempre...

Solo Mathias se asomó a la puerta. Y Lapo, que estaba detrás de él, en la habitación, no estaba de acuerdo con que lo hubiera hecho.

A Mathias, sin embargo, le dio lo mismo.

—Por mí no habría problema —susurró—. Si quieres que te diga lo que pienso, no has hecho nada distinto de lo que habrían hecho muchos otros. Están todos locos. Es solo un juego, ¿no? Pero el balón está envenenado de verdad... Nada es como debería ser.

—¿Y entonces?

—Entonces nada. Al menos esta noche, será mejor que os vayáis a otra parte...

—Mathias se giró para escuchar una voz en la habitación tras él. Asintió y luego le hizo llegar el mensaje—: Lapo quiere saber qué habrías hecho si a tu lado hubiera estado él, en vez de Cressida. Dice que le habrías empujado fuera del campo a él también. ¿Es verdad?

A Twelve le habría gustado responder «¡NO!», pero, en cambio, agachó la cabeza y, aquella, a fin de cuentas, era en sí misma una respuesta.

—Bueno, ahí lo tienes. Igual encontraréis a alguien que os acoja en su habitación.

—No creo —suspiró Twelve—. En el fondo, quizá, es mejor así.

La puerta de Lapo y Mathias se cerró y Twelve guio de nuevo a Ninon al piso de arriba, a la sala común, que entretanto se había vaciado del todo. Avanzaron con paso titubeante hasta la otra punta del tejado y treparon al desván frente a una de las claraboyas, donde hacía un siglo, o al menos eso le parecía, había tramado su plan de fuga de la Academia. A través de los cristales mugrientos se entreveían las luces de Danubia, y entraba corriente por todas partes.

Twelve cogió un biombo, unas cuantas mantas y un par de cojines llenos de pelotillas y lo dispuso todo de tal manera que pudiese parecer una especie de cama.

—Hagamos como si estuviéramos en un barco enorme... o en un avión lleno de agujeros... —dijo, acurrucándose junto a Ninon.

La niña asintió y se introdujo a gatas bajo las mantas.

Twelve casi se había relajado cuando, por detrás del biombo, escuchó una voz:

—La verdad es que no es buena idea dormir aquí...

Se incorporó para ver quién había hablado, pero le falló el tobillo y tuvo que detenerse para no caer al suelo. Cuando llegó al biombo y miró al otro lado, no había nadie.

¿Quién sería el que había hablado?

¿Y qué querría decir con aquella frase?

Twelve se obligó a no dormir y buscó un libro con el que mantenerse despierta. Pero en menos de media hora después de haberse acomodado bajo las mantas sucumbió, vencida por el cansancio.

Cuando se despertó, ya era noche cerrada.

El corazón le latía con furia, como si respondiera a un susto del que ella, en realidad, no se hubiera percatado.

El tejado estaba sumido en sombras: los chicos de tercero habían hecho su ronda

para apagar las velas de las enormes lámparas de araña que pendían del techo, y las gigantescas claraboyas estaban tan oscuras que costaba distinguirlas de las paredes.

Pero no había sido la oscuridad la que había despertado a Twelve, sino un gruñido ahogado.

Se acuclilló sobre las piernas como un gato salvaje, con los músculos tensos.

Y ahí estaba de nuevo. El sonido de algo que se movía rápidamente y se estrellaba contra una pared. Y algunas voces.

El sonido de una pelea.

Twelve echó un vistazo a Ninon, que dormía como una muñeca de porcelana, y entonces salió deslizándose de su improvisado refugio. Los ruidos procedían de la habitación que había en lo alto: la de Lobo.

Se acercó lentamente a la escalera de cuerda y trepó por ella, escuchando, esta vez sin atisbo de duda, el ruido de alguien que estaba siendo golpeado contra el suelo.

—Si quieres matarme, tendrás que esforzarte más, Cadmo —dijo la voz del jefe de la manada.

Twelve se sintió invadida por el instinto de subir a ayudarlo, pero una segunda voz, desde lo alto, la convenció de que esperara.

Mia, de cuarto.

—¡Dejadlo ya, dejadlo! Si seguís así, lo vais a matar de verdad.

En el suelo retumbó otro golpe, seguido por una especie de rugido. Luego se produjo un largo silencio.

¿Era Lobo quien jadeaba así?

Twelve se agarró a la cuerda.

—Cadmo, Annabelle... adelante: sois dos contra uno. Esta es vuestra oportunidad de convertirlos en jefes de la manada.

Pasos, alrededor, sobre su cabeza.

—Tal vez solo están intentando impedir que hagas una tontería —exclamó Mia—. No entiendo por qué te empeñas en defenderla. Ninguno lo entendemos. ¡Ha traicionado a la manada y las reglas son claras! ¿Por qué con ella debería ser distinto?

—Porque si la expulsamos, la matan. ¡Y matan también a la niña! —rugió Lobo.

—Bueno, ¿y qué? ¿A quién le importa? —gruñó una tercera voz. ¿La de Cadmo, tal vez?

—Me importa a mí. Y hasta que no consigas algo mejor que eso, yo sigo siendo el jefe de tu manada.

—¡El jefe de la manada debe aplicar las reglas! —intervino Annabelle con su voz chillona.

Más pasos. Estaban rodeándole, uno contra los demás.

—¡El jefe de la manada debe saber cómo aplicar las reglas! Twelve se ha equivocado y lo pagará. Pero no lo pagará fuera de la guarida. De lo contrario,

estaríamos castigando también a Ninon, y ella no ha hecho nada. La niña necesita a Twelve y, mientras así sea, se quedan las dos. Es mi decisión.

—Tu decisión está equivocada.

—Entonces, intenta vencerme. Vamos. No seas miedica.

—Dejadlo ya los dos —intervino de nuevo Mia.

—Jefe, escucha. Nosotros respetamos tu voluntad. Y sabemos que Lobo nunca deja atrás a un miembro de la manada... Pero no cometas el mismo error que con Amaryllis...

—¡CÁLLATE! —gritó Lobo con voz salvaje.

Algo cayó violentamente y golpeó el suelo, luego las paredes, una y otra vez, como si toda la habitación del piso superior estuviera a punto de derrumbarse.

Twelve se sentía tan aterrorizada que huyó a su cama, temblando. ¿Qué debía hacer? ¿Sacar inmediatamente a Ninon de allí? ¿Y adónde podría llevarla? ¿Con el profesor Luther? ¿Y qué le iba a decir?

Twelve sabía quién era Amaryllis. O, al menos, creía saberlo: había visto aquel nombre en las paredes del tejado, escrito dentro de un corazón junto al de Lobo. Era su novia, y él había vuelto a por ella, tras haber conseguido escapar de la Academia. Pero Lobo no hablaba nunca de ella, y los demás Deshollinadores tampoco estaban nunca dispuestos a tocar el tema.

Se escuchó un quejido, un último golpe, y luego el tejado volvió a sumirse en el silencio.

Un silencio doloroso, impregnado de miedo.

Sombras veloces se deslizaron por la escalerilla de cuerda, salvo una, que se acercó al biombo.

Lobo tenía los pantalones desgarrados y un hilillo de sangre le goteaba de la barbilla.

—No vuelvas a acercarte nunca más a mi habitación —dijo, con un murmullo cortante. Cogió aliento, antes de proseguir—: Nadie os molestará. Y mañana encontrarás una habitación libre para la niña y para ti.

Dio media vuelta para marcharse.

—¿Lobo...? —lo llamó Twelve, escondiéndose bajo las mantas, como cuando, de niños, se intenta ahuyentar al hombre del saco.

—Es la última vez que te ayudo. Y, de todas maneras, es la última vez que me permitirán hacerlo.

Buenas noches, Lobo.

Buenas noches, jefe de la manada.

Había peleado por ella.

Las lágrimas —de vergüenza, de gratitud, de miedo— llegaron como un torrente imparable.

El chico sobre la rama

El padre Giacomo entró en la clase con unos cuantos rollos de papel bajo el brazo. Vestía unos pantalones de terciopelo verde que se ajustaban bajo la rodilla, medias de seda dorada y zapatos de charol con una gruesa hebilla. También llevaba una chaqueta verde de cola, ribeteada con hilo de oro y anudada a la espalda con un lazo de terciopelo negro.

Tenía la cara rosada y regordeta, y en el ojo derecho llevaba un vistoso monóculo que le otorgaba una expresión curiosamente asimétrica.

Era la primera vez que los alumnos de primero veían al profesor de Conocimiento de la Ciudad, la asignatura que les revelaría cada esquina, callejón y pasadizo secreto de Danubia.

Twelve estaba sentada al final del aula, apartada de todos los demás, para evitar cualquier situación que pudiera avergonzarla. Lobo había garantizado su seguridad, pero no podía hacer lo mismo con los sentimientos de sus compañeros.

—Que la paz sea con vosotros, muchachos —comenzó a decir el padre Giacomo con voz aflautada—. Es un placer conocerlos. Ya sabéis cómo me llamo y, a los más curiosos, os digo ya que el «padre» que precede a mi nombre no tiene nada que ver con la Iglesia. A-mén.

Algunos alumnos rieron. Twelve prestó atención. El monóculo del padre Giacomo emitía un resplandor extraño.

—Soy consciente de que mi asignatura puede parecer inútil ahora mismo, y menos intrigante que las clases de robo, o menos divertida que las actividades en el gimnasio. Pero cuando, en unas pocas semanas, salgáis de aquí para vuestro primer examen...

Un murmullo incontrolable se difundió entre los alumnos. ¿Pocas semanas? ¿Primer examen? ¿Salir de allí? Nadie sabía nada de todo aquello y el padre Giacomo había utilizado bien la información: ahora había captado toda la atención de los alumnos de primero.

—¡A la ciudad, por fin! —el padre Giacomo retomó su discurso—. Danubia. Debéis conocer las calles, los patios, los callejones, las alcantarillas. Cada pasadizo puede marcar la diferencia entre el éxito y el fracaso. Y el único modo que tenéis de conocer hasta la última calle de Danubia es... ¡estudiarla! ¡Y grabarla a fuego en

vuestra memoria! Porque durante una de vuestras precipitadas fugas, perseguidos por mastines o por los Húsares, por los aduaneros o los señores a los que acabáis de robarles la cartera, vuestra memoria (y vuestros pulmones, por supuesto, y vuestras piernas, no digo que no, y tal vez alguna que otra trampa bien ideada, ¡cómo negarlo!), la memoria, sobre todo, será lo que os alejará del patíbulo de los condenados. ¡A-mén!

El profesor miró a su alrededor con aire satisfecho, desplegó el primer rollo que llevaba consigo y lo clavó en la pared con unos minúsculos alfileres de latón. Era un mapa de la ciudad de Danubia y Twelve nunca había visto nada tan magnífico. En la parte superior, a la derecha, había una enorme cenefa decorada con águilas y llena de inscripciones, y una rosa de los vientos para indicar la dirección. Al norte, el mapa mostraba las colinas, salpicadas de casitas y senderos solitarios, mientras que en el extremo sur se veía el mar, en donde el artista había dibujado goletas de guerra con las velas desplegadas y un barco de vapor que navegaba entre las olas.

En el centro, entre las colinas y el mar, estaba Danubia. Una maraña de calles, casas, edificios, parques y jardines, barrios atravesados por el río. Ahí estaba la Aduana, con su muralla iluminada por las antorchas de los vigilantes de la frontera, y ahí estaba el Palacio Real, con sus torres que parecían las ramas retorcidas de un inmenso roble.

Habían reproducido el río Duma con tal precisión que sus aguas parecían moverse entre los meandros y las amplias curvas, lamiendo los muros de contención a lo largo de los bulevares sembrados de árboles.

Twelve buscó con la mirada el lugar donde se encontraba el orfanato Moser, y luego aquel otro, en el corazón de la ciudad, donde destacaban el Cuartel de Húsares y la Academia de Servicio.

Ambas academias estaban una frente a la otra, a lados opuestos de la monumental plaza del Telégrafo, y allí era donde, hacía solo unos cuantos meses, fantaseaba encontrarse todos los fines de semana con Stephen y dejar que la tomara del brazo para ir a un salón de baile a beber un té con leche.

—Comenzaremos por los dieciocho puentes de la ciudad... —murmuró el padre Giacomo. Colocó sobre el mapa un saltamontes dorado que empezó a moverse ante la mirada sorprendida de los alumnos—. Dieciocho, como las academias. ¡A-mén! Como los dieciocho salones del trono del Palacio Real y las dieciocho espadas al servicio del rey. Bueno, ¿alguno de vosotros sabría decirme cómo se llaman los puentes, empezando por el que está más al norte?

Y el saltamontes, con un salto, se trasladó a ese lugar del mapa.

Twelve levantó la mano sin dudar.

—Muy bien, ¿quieres decírnoslos tú, palomita?

Y, sin darse cuenta siquiera, Twelve se descubrió recitando la antigua cancioncilla que Miss Kindheart le había enseñado en el Moser: «Puente de Quienes Van Para Allá, puente de los Pobres y puente Grigot, puente de las Luces y puente de los

Inventores, puente de la Luna y puente de Austerlitz».

Con cada nombre, el saltamontes saltaba sobre el mapa y Mathias, en el pupitre que había delante del suyo, empezó a silbar muy bajito la melodía de aquella inocente canción infantil.

—Puente de los Simples y puente Delagrava...

Exacto: el puente que había saltado por los aires, hundiendo la carroza en la que viajaba y matando a Hugo.

Lapo, al lado de Mathias, se unió al tarareo de la canción con un murmullo titubeante.

—Puente de las Magias Tristes y puente de la Reverencia del Rey, puente Nuevo, puente Tortuoso, puente de los Sueños Perdidos y puente Graf —continuó Twelve, percatándose con un escalofrío de que había más compañeros canturreando la canción. Quién sabe por qué, las lágrimas asomaron a sus ojos y, por un momento, se sintió un poco menos sola.

—Puente del Último Saludo, donde los caballeros besan a las damas, puente Viejo, que algún día se derrumbará. Y, para terminar, el puente del Oro, que siempre...

—... os saludará —terminó el padre Giacomo por ella—. Muy bien, muy bien, palomita. ¿Cómo te llamas?

—Twelve.

—Muy bien, Twelve.

El padre Giacomo miró el enorme mapa con un suspiro. El aula había vuelto a sumirse en el silencio.

Lapo y Mathias le daban la espalda y volvían a hacer como si no existiera.

—Y, ahora, pichoncitos, empezaremos a conocer mejor los barrios de nuestra ciudad —dijo el padre Giacomo—. Y, para comenzar...

Los días están hechos de costumbres. Pequeños gestos que se repiten siempre de la misma manera, con un orden concreto y reconfortante, que hace que, en los recuerdos, las semanas parezcan un único y eterno día. Si se respetan las costumbres, si uno confía en ellas y les otorga poder, puede conseguirse que el tiempo que acaba de transcurrir parezca mínimo. Y lo que está por venir deja de infundir temor.

Twelve y Ninon se mudaron a su nueva habitación, una estancia pequeña y húmeda en la que goteaba agua del techo cuando llovía. Colocaron ollas y cubos de hojalata, y con el tiempo, el carillón repiqueteante de las gotas se convirtió en una agradable rutina nocturna.

Twelve había perdido el sueño. Se levantaba temprano, antes incluso del amanecer, e inmediatamente subía a la sala común de la guarida, donde, en soledad, corría dando largas vueltas en el sentido de las agujas del reloj entre los muebles y los objetos amontonados. Cuando saltaba, las palomas apoyadas fuera de las claraboyas

se dispersaban volando con un aleteo. Las primeras mañanas corría despacio, porque seguía doliéndole el tobillo, pero como había predicho el doctor Mugaba, en un par de días se le curó. Las piernas, en cambio, le pesaban como si fueran de plomo, pero, insistiendo, poco a poco, ellas también se fueron aligerando y el cansancio desapareciendo. Cuando eso sucedía, en un momento concreto pero, aun así, impredecible, su cabeza volaba con las palomas, libre, sobre los tejados de la ciudad, sobre las calles y los barrios a los que, gracias a las clases del padre Giacomo, Twelve empezaba a dar un nombre.

A-mén.

Tras la carrera, llegaba el momento de las sentadillas y las dominadas: se agarraba a una barra de hierro y se impulsaba con la fuerza de sus brazos, luego se colgaba de ella con las piernas y ejercitaba los abdominales. Una, dos, diez veces.

Era como estar de nuevo en la Cuarentena. Sola otra vez. Pero sin la oscuridad.

Y sin Cara de Hierro.

Pensaba en ella a menudo. En Cara de Hierro, en su amigo Stephen. En el antídoto de Ninon, también en Lobo. En cómo le había escuchado estallar en cólera cuando le habían nombrado a Amaryllis.

Pensaba en ella, en aquel nombre sin identidad ninguna grabado dentro de un corazón en la pared del tejado. Luego se descubría pensando en Cressida, y en cómo podía —si es que podía— hacer las paces con ella.

Había hablado con Zefirotti para decirle que quería renunciar a su puesto en el equipo. Pero no se lo había permitido.

También se había acostumbrado a estar callada. Tras los ejercicios matutinos, evitaba al resto de Deshollinadores, se metía bajo el chorro de la ducha y luego volvía a su habitación con el cuaderno de apuntes o un libro y repasaba hasta la hora del desayuno.

Tenía la costumbre de jugar un poco con Ninon antes de bajar del tejado: admiraba los dibujos y los «deberes» que la niña se empeñaba en escribir en un cuaderno que se había hecho ella sola, uniendo decenas de hojas sueltas que había encontrado por el tejado.

Durante las clases, Twelve siempre estaba sola, levantaba la mano, respondía a las preguntas y se ofrecía voluntaria para todos los exámenes orales, para todas las peticiones, para cualquier experimento nuevo.

Era la primera en disparar en las clases de Akiko, en coger las ganzúas que le tendía el Gran Manny para las prácticas de Allanamiento, en rellenar las páginas del cuaderno con los códigos encriptados de Mister Cheng, el profesor de Lenguajes Secretos.

Cara de Hierro.

Stephen.

Lobo y Amaryllis.

Cressida.

Comía en una punta de la mesa, bajo el esqueleto de ballena que colgaba del techo. Los demás la miraban, le decían cosas, pero al final terminaron por perder aquella costumbre. La comida no duraba demasiado y solo se servía del contenido de la primera bandeja del banco para no tener que cruzarse con los demás.

Más clases por la tarde. Extenuantes entrenamientos de balón prisionero con Zefirotti. Su súplica de que la relevara del equipo.

La vuelta al tejado, a la guarida, jugar un poco con Ninon, más estudio y, luego, por fin, a la cama.

Donde los pensamientos volvían a encontrarla.

Cara de Hierro.

Stephen.

Lobo y Amaryllis.

Cressida.

A veces, Hugo.

La primera semana transcurrió sin que pasara nada.

Luego, de repente, el orden de sus pensamientos cambió.

Stephen.

Cressida.

Lobo y Amaryllis.

Cara de Hierro.

En ese momento, se detuvo como si hubiera tenido una premonición.

Amaryllis y Cara de Hierro.

Tal vez no fuera un pensamiento tan estúpido.

Pero necesitaba poder contárselo a alguien. Alguien que quisiera escucharla, que pudiera entender de lo que hablaba.

Fue a buscar a Mathias.

Llovía. Llovía con tristeza y sin tregua.

Y el chico, delgado y silencioso, estaba disfrutando de la lluvia encaramado a la única rama del cerezo del Patio de los Alumnos, un rectángulo de grava que se encontraba al otro lado del ala oeste de la escuela, entre un costado del edificio y el alto muro que lo rodeaba.

Por lo general, allí era donde se reunían a fumar los chicos de quinto, a veces acompañados de Mister Peele, que probablemente era quien les vendía los cigarrillos. Pero aquella tarde no había nadie más, aparte de ellos.

Mathias parecía un viejo búho mojado, con una pierna doblada sobre la rama y la otra colgando. Miraba las nubes, o quién sabe dónde, y de vez en cuando sacaba algo del bolsillo, tal vez una piedrecita, y la dejaba caer al suelo.

Entonces un gólem, uno de los sirvientes de arcilla de la Academia, cobraba vida con un pequeño zumbido, se tambaleaba sobre sus largas piernas, caminaba hasta el

cerezo, se inclinaba con un chirrido y la recogía. Entonces, con gesto contenido, la lanzaba entre las manos de Mathias, de modo que él pudiera cogerla al vuelo.

El muchacho se la metía en el bolsillo, esperaba un poco y el juego volvía a empezar.

—Eh —dijo Twelve, saliendo al patio bajo la lluvia—. ¿Estás jugando al tiro de piedra?

Mathias le sonrió, si es que la suya podía considerarse una sonrisa.

—Llueve —dijo él.

—Para ti también llueve. ¿Siempre la recoge? —preguntó ella, mirando al gólem.

—Ah. Sí. Creo que lo han puesto aquí para vigilar el patio. Ya sabes, para evitar que alguno intente escaparse, o algo así. Pero a este en concreto debe de faltarle alguna tuerca...

—No creo que los gólems tengan tuercas.

—Algo tienen que tener. —Dejó caer la piedra, y el gólem se la volvió a traer.

—¿También funciona si la lanzas más lejos? —preguntó Twelve.

La pregunta, por algún motivo, le molestó. Tal vez Mathias solo estuviera jugando para pasar el tiempo, o tal vez estuviera estudiando el comportamiento del gólem —al fin y al cabo, había sido él quien le había revelado a Twelve cómo engañar a las Rosas Guerreras—, pero no tenía intención de compartirlo con ella. Bajó la mirada desde su rama y le preguntó a Twelve:

—¿Qué quieres?

—Preguntarte una cosa.

El chico rio con malicia.

—Anda, mira. La mejor de la clase quiere hacerme una pregunta.

—La verdad es que no me siento la mejor de la clase.

—Por fin algo sincero.

Twelve se encogió de hombros. No tenía intención de discutir con Mathias.

—¿Tengo que subir yo, o bajas tú?

—Desde aquí te escucho perfectamente.

—Como quieras.

—A ver, dime: ¿qué puede hacer el viejo Mathias por ti?

—Escuchar una canción. Y te advierto que no te va a gustar.

De repente, Mathias se puso muy serio.

—Se la hice escuchar a Rebecca y salió por piernas.

—Esta conversación termina aquí —dijo Mathias en aquel momento, bajando de su rama de un salto y dejando atrás a Twelve para marcharse de allí.

Ella lo cogió por un brazo.

—Espera, por favor.

Él se detuvo.

—Sé que no es fácil —prosiguió Twelve—. Pero lo que pasó en la Cuarentena cuando Rebecca y tú...

—He dicho que no quiero hablar.

—Escuchasteis la melodía, ¿verdad? La flauta.

Mathias le dio un empujón. Por un instante, tuvo miedo de que se diese media vuelta para pegarle, pero aguantó.

—¿La escuchasteis o no? —le soltó.

—¿La escuchasteis?

Mathias asintió lentamente.

—Tal vez... —admitió. Luego la miró, con el pelo mojado pegado a la frente, y la ropa, empapada de lluvia, que parecía disolverse sobre sus hombros—. Estábamos siempre a oscuras, ¿entiendes? —murmuró—. A oscuras todo el tiempo, día y noche, y prácticamente nada de comer. De vez en cuando se abría la trampilla y bajaban una caja con pan duro, y luego...

—¿No había velas, en la caja?

—Sí, pero no había cerillas para encenderlas. Nos dejaron a oscuras. Yo tenía a Rebecca siempre encima. Y, además, estaba aquella melodía, y luego...

—Cálmate, Mathias. Aquella música no era nada que haya que temer. Era una chica la que la tocaba: una chica a la que tienen presa allí abajo, como a nosotros, con una máscara de hierro en la cara.

Mathias sacudió la cabeza con violencia.

—¿Y tú eso cómo lo sabes?

—La vi.

—Tuviste alucinaciones, como Rebecca. Como cuando... —tragó saliva—. Allí abajo, con nosotros, no había nadie.

Twelve asintió. Se llevó una mano al corazón y abrió la palma de la otra, murmurando:

—Te lo juro.

Y, entonces, bajo la lluvia torrencial del patio, le contó a Mathias cómo había conseguido que Cara de Hierro la escuchara, y cómo ella le había respondido. También cómo Twelve había excavado con la cuchara.

—¿Me estás tomando el pelo?

—Conseguí sacar dos ladrillos —respondió Twelve—. Justo por encima de donde la letrina conecta con la pared. Y la vi, a la chica con la Cara de Hierro.

Mathias no se decidía a creerla. El agua le goteaba por el cuerpo en finos riachuelos que se congregaban en torno a sus pies en un charco. Miraba a Twelve con una expresión distinta. Estupefacto.

—¿Por qué me lo has contado?

—Porque eres el único que lo puede entender.

—¿Entender el qué?

—Creo que sé quién es esa chica...

—¿Quién es? —murmuró Mathias con un hilo de voz.

—Necesito tu ayuda, Mathias... —respondió Twelve, acercándose un paso.

Él rio, nervioso.

—¿Mi ayuda? Nadie necesita mi ayuda.

—No es verdad y lo sabes. Yo necesito que me ayudes otra vez...

—¿Para qué?

—Para ir a buscarla.

En chirona

—¿C... hiquilla? Te estoy hablando a ti.
Twelve se giró, sorprendida, y se quedó embobada, con la bandeja del almuerzo entre las manos, hasta que la chica se le acercó.

Era Venia, de los Lords. Tenía la boca muy fina y, cada vez que hablaba, la punta de su lengua asomaba entre sus labios.

—Nos has gustado, ¿sabes? —le dijo.

—¿Qué dices? —contestó Twelve, confundida.

—Le hemos hablado de ti a Eve —continuó Venia, como si, estuviera todo clarísimo. Eve era el jefe de la hermandad de los Lords—. Estaba muy disgustado por no haber podido presenciar la escena.

En aquel momento, Twelve comprendió: se refería al asunto de Cressida, y lo más probable era que Venia le estuviera tomando el pelo. Hizo amago de girarse.

—Hablo en serio... —continuó, sin embargo, Venia—. Demostraste una valentía impresionante.

Twelve no dijo nada.

—Tu talento se malgasta en ese tejado... —siseó la Serpiente—. ¿No te lo ha dicho nadie?

—No.

—Pues déjame que te lo diga yo. Eve está de acuerdo y, si los profesores lo permitieran, te admitiríamos sin problemas.

—¿En los Lords?

—¿Dónde, si no? —sonrió ella, maligna—. Lo único que tendrías que hacer es pedirselo a tu ángel de la guarda. A Luther.

—No es mi ángel de la guarda.

—No es el ángel de la guarda de nadie, si nos ponemos así. Pero... él es quien puede tomar la decisión de cambiarte con nosotros.

Twelve sacudió la cabeza, herida.

—Creo que no quiero irme de donde estoy.

Venia se le acercó. Tenía la piel color leche y un perfume de aroma penetrante.

—No es muy común que los Lords ofrezcan esta posibilidad...

—Estoy segura, pero no creo que Eve y tú tengáis ninguna gana de tener bajo

vuestra responsabilidad a una niña de cinco años...

—¿Estás de broma? Nos vendría de maravilla. Le enseñaríamos a prepararnos los baños, y la ropa, también...

—Gracias de todas maneras —atajó Twelve, girándose bruscamente antes de que Venia terminara la frase.

Luego, sobreponiéndose al magnetismo de sus ojos, que la empujaban a darse la vuelta y pedir perdón, se alejó.

Volvió a la enfermería, en la planta baja, para una revisión con el doctor Mugaba.

Llamó a la puerta roja sin recibir respuesta y entró anunciándose con un par de preguntas.

—¿Doctor Mugaba? ¿Está usted aquí?

La única respuesta fue el monótono zumbido de los ventiladores.

Como ya había pasado en su primera visita, un hilo de tensión empezó a apretarle el cuello mientras pasaba frente a los cajones y las estanterías, el escritorio y el carrito de hierro rebosante de instrumentos.

Vio, en la silla, la máscara que le había parecido una careta de elefante, y que en realidad era una máscara antigases con filtros para purificar el aire en ambos extremos de la trompa.

—¿Doctor Mugaba?

Se asomó entre las hileras de camillas, bajo los arcos, y dio algunos pasos en aquella dirección.

En la primera camilla había un paciente tendido, con el cuerpo envuelto en vendajes bajo los cuales asomaban tubitos unidos a bolsas llenas de líquidos de distintos colores colgadas en alto. Una especie de fuelle, que se accionaba de manera automática, emitía una amenazadora respiración de fondo.

En cuanto Twelve se acercó para ver mejor, entre las vendas se abrió un ojo.

—¡San Estanislao! —exclamó ella, creyendo que le iba a dar un infarto del susto.

El fuelle aceleró su respiración y el líquido en las bolsas borboteó.

—Ay, perdona. Lo siento, lo siento mucho —dijo Twelve, recuperándose de la sorpresa—. Tú debes de ser... Hotis, ¿verdad?

El ojo se cerró y volvió a abrirse. El muchacho vendado intentó moverse en la camilla, pero unas cintas de cuero lo mantenían inmóvil.

—Yo soy Twelve —murmuró ella, intentando sonreírle—. La que...

Se interrumpió. La puerta de la enfermería emitió un chirrido y por ella se escucharon un par de voces. Una de ellas era la del doctor Mugaba, mientras que la segunda... parecía la voz de Hortensia, la rectora de la Academia.

Twelve, sin pensarlo siquiera, se escondió junto a la camilla de Hotis.

—¿Notas ese olor? —le estaba preguntando la rectora al médico, en la habitación contigua.

—¿Acetileno?

—No. Rebelión. Apesta a rebelión por todas partes, doctor. Y nosotros debemos hacer algo.

—Quizá después de ordenar mis estanterías, podría... —dijo Mugaba—. O de que me asignen un gólem para los medicamentos. De lo contrario, no conseguiré poner en funcionamiento este lugar.

—Lo tengo en cuenta, doctor: el profesor Luther está encargándose del asunto de los gólems. Y estará fuera de la ciudad durante dos días —respondió Hortensia—. ¿Puedo serte franca?

—La franqueza es un don muy sospechoso, para una mujer de tu posición... Pero puedes hablar, sí. Aquí solo está... —El doctor dudó unos instantes—. El muchacho desfigurado.

—Ah, ese —dijo Hortensia—. Rebelión ¿no lo ves?

—«Heridas lacerocontusas causadas por roce» quizá sea un término más adecuado para el caso.

—Lo que estoy intentándote decir, doctor, es que necesitamos algo que los calme un poco, que reduzca la tensión...

—¿Premiarles con una excursión, por ejemplo?

—Pero ¿alguna vez te tomas las cosas en serio?

—Si lo hiciera, difícilmente habría aceptado tu oferta, ¿no crees?

—Posees un excelente dominio de los medicamentos alquímicos. Y sabes con quién hablar en la ciudad.

—Luther también sabe hacer eso.

—Pero yo estaba pensando en una acción menos formal. Más... seductora, intangible. Una especie de perfume alquímico que se pueda expandir por el aire para que estén tranquilos.

—Haciendo eso se calmarían también los espíritus bulliciosos de los profesores —murmuró Mugaba—, y de la rectora... Eso sería una pena.

Hortensia rio.

—¿Debo tomar eso por un sí, Mugaba? —añadió, un rato después.

—Tómalo por lo que es: un no. Podría encontrar algo, por supuesto, y sabría dónde obtenerlo a buen precio, pero esta escuela necesita, sin duda, alumnos despiertos, ágiles, y no muñecos adormilados.

Hortensia suspiró sonoramente.

—No estoy pidiéndote asesoramiento, doctor. Lo que te estoy dando es una orden.

—¿De verdad? Entonces dimito.

—¿Tan pronto, doctor Mugaba? —susurró Hortensia.

A sus palabras le siguieron unos instantes de silencio, algunas palabras que Twelve no consiguió escuchar y, por último, un tanto inesperado, el chirrido de la puerta de acceso a la enfermería.

—¿Chiquilla? ¡Estoy hablando contigo! ¡Ya puedes salir! —exclamó el doctor

Mugaba antes de abrir el grifo del lavabo.

Twelve se asomó a la estancia.

—Lo siento, doctor. Yo no quería...

Él se frotó las manos con decisión y luego la inspeccionó con una mirada rápida.

—Yo diría que caminas perfectamente —dijo, tranquilo—. ¿Has tenido algún efecto no deseado?

Twelve negó sacudiendo la cabeza.

—Entonces coge esto y échame una mano mientras le cambio los vendajes a tu amigo. —Twelve se encontró entre las manos una bandeja de aluminio que contenía dos rollos de gasa—. No te conviene que te vea la rectora mientras sales de aquí —dijo el doctor.

—Doctor, de verdad que...

—No, no, no. No digas nada, y yo haré lo mismo. Sujétalo en alto, muy bien, así. Y no mires. No es un espectáculo agradable.

En cuanto el médico le quitó las vendas que le cubrían la cara, Hotis gritó.

El profesor Luther iba a estar fuera un par de días. Eso le había dicho la rectora Hortensia al doctor Mugaba.

Y Twelve no conseguía pensar en otra cosa. Con la idea de tener que aprovechar la ausencia de Luther, se concentró de manera obsesiva en su loco plan de volver allí abajo, a la Cuarentena, y descubrir el misterio de Cara de Hierro.

Actuó lo más rápido posible: se hizo con una cuerda que Mister Peele se dejó olvidada en una carretilla justo fuera del invernadero y con un largo clavo que sacó de las vigas del tejado.

Habría preferido hacerlo todo sola, pero no podía: para bajar a la Cuarentena —con Luther o sin Luther en la costa— necesitaba al menos una persona que hiciese guardia en el despacho del profesor. Y el único cómplice posible era Mathias.

Hizo todo lo posible por sentarse a su lado durante las clases. Y luego, a la hora del almuerzo, le preguntó con qué utensilios contaba y el muchacho respondió que Lapo y él habían conseguido un martillo que se podía envolver en un paño para usarlo sin hacer demasiado ruido.

—Entonces, bajamos —decidió.

—¿Cuándo? —le respondió él, tranquilo.

—Esta noche.

Con el profesor lejos de la Academia, podía ser su única oportunidad.

—Está bien —respondió él.

A la hora acordada, Twelve salió de su pequeña habitación, llevando consigo todo lo necesario. Se escondió en su refugio habitual justo debajo de las claraboyas y esperó

a que Mathias se reuniese con ella. La sala común parecía una colmena zumbante de chicos que roncaban, se giraban y susurraban en sueños.

—Chsst, ¿Twelve? Estoy aquí —la llamó Mathias en un momento dado. Daba vueltas entre sus manos a una pequeña lámpara apagada y estaba tan pálido que su piel parecía de cera.

Pero no venía solo.

Lo acompañaba Lapo.

En cuanto lo vio, Twelve sintió que la invadía una incontenible sensación de calor, y fue a su encuentro.

—No he hecho *laz pavez* contigo —declaró inmediatamente Lapo, haciendo una barrera con las manos.

—Se ha dado cuenta de que me levantaba de la cama —explicó Mathias, encogiéndose de hombros—, y me ha obligado a contárselo todo.

Lapo saltaba de un pie a otro, incómodo.

—*Vaiz* a hacer una tontería *gigantezca*, ¿lo *zabéiz*, verdad?

—Sí —respondió Twelve.

—Pero *zi* de verdad *vaiz* a entrar ahí dentro, *neceztaréiz* que alguien *oz fuerce laz puertaz*. Porque aunque *oz deiz muchoz airez*, no *ze oz* da nada bien forzar *puertaz*...

Twelve sonrió.

—Es verdad. Tú eres el mejor allanador de primero.

—A quién le importa *ezo*... —respondió Lapo—. *Zi oz* ayudo, *ez zolo* porque no quiero que *terminéiz loz doz* otra vez en la Cuarentena. Porque *dezde* que *zalizteiz*, no *habéiz* vuelto a *zer loz mizmoz*. Ni *ezte*, ni tú.

Twelve dudó, y luego susurró:

—Gracias.

Lapo la miró. Parecía nervioso.

—Aunque *antez* tengo que *haceroz* una pregunta —dijo.

—¿Cuál?

—¿*Ze oz* ha ocurrido que, *zi* la tienen ahí *dezde* hace tanto tiempo, debe de *zer* por alguna buena razón?

—No hay ningún buen motivo para estar ahí abajo —respondió Twelve.

Lapo miró a Mathias, buscando confirmación. Y su amigo, con su cara de cera, asintió.

—De acuerdo. Mi pregunta *ez ezta: pongamoz* que no *noz pillan y conzeguimoz zacarla* de ahí. ¿Qué *hacemoz*, una vez la *hayamoz* liberado?

—La traemos aquí —respondió Twelve con decisión.

—¿Aquí? ¿Y por qué *vamoz* a traerla aquí?

—Twelve tiene una teoría sobre quién es esa chica —respondió Mathias.

—¿Y quién *ze zupone* que *ez*? —preguntó Lapo.

—La novia de Lobo —murmuró Twelve, en voz bajísima.

—¿Qué *diceeez*? —se le escapó a Lapo—. ¡*Zí* que *oz habéiz* vuelto *locoz* de

verdad!

—Entonces, ¿no quieres venir con nosotros? —le preguntó Twelve.

—Por *zupuezto* que voy —respondió Lapo, práctico como siempre—. No he dicho *ezo*.

—Entonces tú eres el más loco de todos —comentó Mathias.

—*Zolo zoy* tu amigo —espetó Lapo—. Y el *zuyo* también. Pero ya no *ezpero* que *zeáiz capacez* de entenderlo.

Lapo se dirigió hacia la Moehringer. Y allí se detuvo un momento, dudoso. Quizá, intuyó Twelve, acababa de recordar que, periódicamente, los gólems de la Academia cambiaban la combinación de las trampas y las cerraduras de la escuela.

—*Necezito* hacer otra pregunta... —empezó a decir, efectivamente, Lapo.

—Sabemos cómo las cambian —se adelantó Mathias.

—Ah, ¿en *zerio*? ¿Y cómo *ez* que nunca me lo *habéiz* dicho ninguno de *loz doz*?

—Porque nunca nos lo has preguntado —respondió Twelve, abriendo la puerta.

De noche, la Academia era el reino de los gólems. Cuando todos dormían, aquellos autómatas de arcilla cobraban vida, recorrían los pasillos con sus pisadas de elefante y hendían las sombras con el resplandor de sus ojos luminosos. Los alumnos no sabían quién les daba órdenes, quién los había construido ni por qué. Lo único a lo que debían prestar atención era a que los gólems no los escucharan.

Una vez en las escaleras, Twelve repasó la ecuación matemática que regulaba el cambio de las trampas y luego les dijo a los otros dos:

—Haced lo mismo que yo.

Apoyó el pie en el segundo escalón y, entonces, lo retiró de repente, un segundo antes de que la alcanzara un minúsculo dardo puntiagudo.

—¡*Puez empezamos* bien! —comentó Lapo secamente.

Twelve tuvo un momento de perplejidad, que, sin embargo, Mathias resolvió de manera brillante.

—Tenemos que usar el patrón de ayer: claramente, los gólems todavía no han subido hasta nuestro piso.

Tenía sentido. Bajaron los escalones usando el patrón del día anterior (de dos en dos, hasta el primer piso) y, una vez allí, tomaron uno de los grandes pasillos que llevaba al comedor común y luego al despacho del profesor Luther.

—Quietos —susurró en cierto momento Twelve, pegando la espalda a la pared.

Se oían las pisadas acompasadas de una pareja de gólems que se introdujo poco después en uno de los pasillos transversales. Cuando retomaron la marcha, fueron aún más cuidadosos que antes. Twelve dictaba los pasos de la nueva combinación de trampas y, mientras tanto, intentaba orientarse fiándose fundamentalmente del oído, dado que no se veía casi nada. Dejaron atrás el gran patio y llegaron al comedor. Lo atravesaron con infinita cautela hasta una puerta de doble hoja que daba a un largo

pasillo que los tres recordaban a la perfección: habían pasado por allí la primera vez que entraron en la Academia.

La puerta del despacho de Luther estaba cerrada y en el aire se percibía un rastro de olor a tabaco.

—No nos encontraremos con Mister Peele ahí dentro, ¿verdad? —preguntó Twelve, dudosa.

Era como si hasta aquel preciso instante no se hubiera dado cuenta de la enormidad de lo que estaban haciendo.

Mathias apoyó la oreja contra la madera, concentradísimo, y contuvo la respiración unos largos segundos.

—Parece vacío —bisbiseó.

Le hizo un gesto a Lapo para que probara con las ganzúas y el chico prosiguió sin dudar.

—¡*Oztraz!* —rezongó—. *Ezta zí que ez difícil de verdad...*

—¡Pues tienes que darte prisa, Lapo!

—¡Me doy *priza*, *zí!* ¡Pero tú *mientraz* tanto *eztate* calladito...!

Un leve clic, un empujón, otro clic y estaban dentro.

El despacho de Luther, de noche, daba verdaderos escalofríos. Los instrumentos que había en las estanterías emitían siniestros resplandores y los libros, apilados, parecían estar a punto de caer de un momento a otro.

—*Preztad* atención, podría haber *trampaz...*

—Bueno, mientras tanto, cerremos la puerta —dijo Twelve, asomándose una última vez al pasillo.

Lapo se sacó del bolsillo su lámpara y la encendió con una cerilla. Una tenue luz color yema se difuminó a su alrededor.

—Mirad... —murmuró Twelve, moviéndose a la otra sala.

La alfombra que cubría la trampilla estaba recogida en una esquina y el tablón que la tapaba estaba movido a un lado para permitir que un tubo de goma se introdujera por debajo. El olor a tabaco era más penetrante allí, y los muchachos imaginaron que, aprovechando la ausencia del profesor Luther, Mister Peele debía de haber recibido el encargo de darle un buen lavado a la prisión subterránea.

Se acuclillaron alrededor de la abertura de la trampilla con gesto furtivo.

—Ayudadme a moverla —dijo Twelve.

—Espera, espera, ¿cómo lo hacemos? —le preguntó Mathias.

Twelve razonó a toda prisa.

—Tú y yo podemos bajar con la cuerda y tirar abajo la pared mientras Lapo se queda aquí haciendo guardia.

Mathias carraspeó. Tenía los ojos ribeteados de ojeras y la frente perlada de sudor. Era evidente que la perspectiva de volver a la Cuarentena lo aterrorizaba, pero estaba luchando consigo mismo para no demostrarlo.

Lapo también se dio cuenta, porque se mordisqueó el labio y murmuró:

—Zi he venido *hazta* aquí, no *ez* para hacer guardia. Zi quiere, puede hacerla *Mathiaz*. Yo tengo *demaziado* miedo para quedarme aquí *zolo*, con *todoz eztoz libroz*...

—Maldito cobarde... —balbuceó Mathias—. Bueno, vale, si no queda más remedio, ve tú. Yo me quedo. El pobre tonto de Mathias...

Twelve y Lapo evitaron mirarse, empujaron un poco más la tapa de la trampilla y contuvieron la respiración cuando percibieron el olor a cerrado que procedía del agujero. Se habían olvidado de la peste de la Cuarentena, que unos cuantos cubos de agua no eran capaces de erradicar.

Ataron la sogá a una de las poleas del tejado y la lanzaron por el hueco. Entonces, Twelve y Lapo descendieron, ella sujetando la lámpara entre los dientes y el muchacho con la mochila a hombros.

Una vez en el suelo, le hicieron un signo a Mathias para que volviera a colocar las cosas tal como las habían encontrado y se asomara más tarde para asegurarse de que todo había salido bien.

Mathias les hizo un gesto para darles a entender que había comprendido y volvió a colocar la puerta de la trampilla.

Aunque no estaban atrapados allí abajo, Twelve notó que el corazón le daba un vuelco.

Le gustase o no, volvía a estar prisionera.

—La verdad *ez* que *impreziona*, ¿eh? —comentó Lapo.

Twelve dijo que sí con la cabeza y le sonrió.

—Te has portado muy bien con Mathias. No creo que hubiera podido bajar.

—Ah, bueno, *ez* que lo conozco bien. *Mathiaz ez azí*... Pero yo *zoy* un cobardica de verdad, *azí* que me *guztaría* irme cuanto *antez*.

—A mí también, no te creas —murmuró Twelve.

El suelo de la Cuarentena estaba pegajoso y lleno de pequeños charcos del agua que goteaba del tubo que colgaba del techo. Twelve le enseñó a Lapo los dos ladrillos que había conseguido mover y, arrodillándose frente al retrete —del que surgía un olor nauseabundo—, los empujó al otro lado, reabriendo la ventanita que comunicaba con el pequeño zulo de Cara de Hierro.

Al otro lado estaba oscuro.

—No *ze* ve nada —comentó Lapo—. Y no *ze ezcucha* ninguna flauta...

—Ya se escuchará. Pásame el martillo.

Lapo hizo lo que le pedía, sin dudar.

Twelve clavó entre dos ladrillos el grueso clavo que llevaba consigo, lo golpeó con el martillo y picó ligeramente. Le dio la sensación de que el ruido no era demasiado aparatoso, al menos, no fuera de la Cuarentena.

Prosiguió a buen ritmo, concentrada en el golpeteo amortiguado contra la

argamasa de los ladrillos. Con aquel método, sacar el resto resultó un juego de niños y, en pocos minutos, ya habían extraído una decena, haciendo un hueco suficientemente grande como para que les cupiera la cabeza y un hombro.

—Así vale —decidió Twelve.

—¿No ez un poco *eztrecho*?

—A mí me vale, y a ella también le valdrá: no abulta nada. Y así será más fácil volver a meterlos en su sitio. Voy al otro lado.

Se desentumeció los hombros y, a continuación, con mucho cuidado, introdujo un brazo en la abertura, palpando el suelo al otro lado. Introdujo la cabeza por el hueco y pensó que Lapo tenía razón: la abertura era muy muy estrecha. Los ladrillos le desgarraban la camiseta.

—¿*Puedez*?

—Creo... que... sí —balbució Twelve, demasiado concentrada como para contestarle otra cosa. Girándose para meter el brazo que había quedado al otro lado se encontró, por un segundo, completamente bloqueada, con la mitad del cuerpo en un lado y la otra mitad en el otro. Notó que la invadía el pánico, acompañado de un torbellino de pensamientos que le cerraron la garganta.

La carroza.

Ahogarse.

La ventanilla demasiado estrecha para salir.

Demasiado estrecha para atravesarla y para...

Expulsó todo el aire que tenía en los pulmones y aquel movimiento fue suficiente para liberarse. La mano pasó, el hombro giró y ella pudo impulsarse fuera del hueco, tosiendo a causa del polvo.

—¿*Eztáz* bien?

—Sí, pero..., cof..., tenías razón tú. Intenta sacar algún otro ladrillo mientras yo..., cof, intento entender una cosa.

—¿*Quierez* que te *paze* la lámpara?

—¿Y tú cómo ves, entonces?

—*Puez* con la luz que llegue *dezde* tu lado. *Vamoz*, toma... que tú la *neceзитaz* *máz*.

Lapo estiró el brazo con la lámpara por la abertura y Twelve recorrió la estancia que había entrevisto cuando estaba prisionera con el círculo de luz. Era más alta de lo que se había imaginado, pero allí seguían todas las cosas que había observado en el reflejo del papel de plata.

Por cierto...

Movió rápidamente la luz en torno a sí, pero la cuchara no se veía por ninguna parte. Así que volvió a mirar a su alrededor.

Cañerías que goteaban agua, telarañas gruesas como tejidos de brocado, ganchos de metal colgados por todas partes como una especie de altar votivo, y un camastro improvisado en una esquina.

Por la alcantarilla que se abría en el suelo se veía una escalera de tubos de metal.

—¡Eh! ¡Cara de Hierro! —la llamó Twelve en voz baja—. ¡Soy yo! ¡He venido a por ti!

Cuando se giró, se sobresaltó. Por la pared asomaba la cabeza de Lapo, que la estaba mirando.

—¡Lo *ziento*! —se justificó el muchacho—. ¿Te ha *conteztado*?

—No. —Twelve señaló la alcantarilla a sus pies y le explicó—: Entra y sale por ahí.

—Pero tú, ahora, *deberíaz*...

—Solo quiero echar un vistazo. Intento llamarla otra vez, y luego...

—Twelve...

—Te lo digo en serio. Te dejo la lámpara.

—¿Y *entoncez* tú cómo *vaz* a ver?

—Encontraré luz ahí abajo... —Twelve se acordaba perfectamente de que Cara de Hierro tenía luces. Y, en aquel momento, se moría de ganas de descender por la escalerilla para ver adónde llevaba.

Se introdujo en la alcantarilla, con las manos fuertemente aferradas a la escalera metálica, y descendió. Al hacerlo, rozó un tubo de metal, tan grueso como su brazo, que la quemó. Había un segundo tubo que no dejaba de gorgotear.

Cañerías de agua, pensó mientras seguía bajando. Parece un conducto de mantenimiento o algo así.

Escuchó la voz de Lapo llamándola y le respondió que iba todo bien. Su voz reverberó contra las superficies de metal.

El descenso fue mucho más largo de lo que se había imaginado.

En el fondo había una luz mortecina, y se escuchaba un sonido rítmico, aspirado, como la respiración de un gigante. Twelve siguió bajando, escalón a escalón, hasta que llegó al final y se encontró en una estancia estrecha, sofocante, donde apenas conseguía ponerse en pie.

La luz que había visto al bajar procedía de detrás de una de las paredes, que en realidad era una sólida reja de hierro.

Se acercó e introdujo los dedos entre los cuadrados de la reja para mirar al otro lado.

El reino de los Harapientos

Al otro lado de la reja se extendía una inmensa sala subterránea con unas paredes excavadas en roca viva de al menos treinta metros de altura, recorridas por una tupida telaraña de tuberías y conductos de todas las formas y tamaños que formaban puentes suspendidos en el vacío.

La reja desde la que Twelve estaba mirando se encontraba casi a media altura de aquella enorme cámara subterránea y le permitía abarcar con la mirada la maraña de tubos, escalerillas, pasarelas, conductos, sogas y cadenas de metal que asomaban por todas partes. El suelo de la sala, muy por debajo de ella, estaba embaldosado de cerámica blanca y azul, y había unas gigantescas bañeras con los bordes metálicos llenas de un burbujeante líquido oscuro.

La luz procedía de unas maquinarias misteriosas, que eran las que producían también aquel siniestro ruido que Twelve había escuchado mientras descendía, iiih-fiuuu, iiih-fiuuu, un siseo, al que respondían chorros de vapor que manaban de otras escotillas.

Tardó mucho en darse cuenta de que la sala no estaba desierta, sino poblada por unas criaturas vestidas con harapos, con la cara oculta por turbantes de colores y los hombros envueltos en capas hechas jirones. Caminaban velozmente por las pasarelas y las escalerillas, aparentemente atareados en alguna ocupación clandestina. Se encaramaban con elegancia a las cañerías para después deslizarse al suelo por las cadenas, emitiendo tintineos cristalinos.

—Los Harapientos —bisbiseó Twelve en voz bajísima, observándolos mientras giraban manivelas y presionaban interruptores, medían los flujos del agua y accionaban las palancas oxidadas de las máquinas.

Algunos de ellos llevaban bolsas de cuero colgadas de la cadera que parecían llenas de herramientas; otros cargaban, en cambio, con enormes sacos que tenían pinta de ser muy pesados.

Mientras Twelve seguía observándolos, uno de ellos se empezó a balancear cabeza abajo en la estancia, suspendido a veinte metros del suelo, empuñando un largo cuerno de latón. Se lo llevó a los labios y sopló, emitiendo una nota chirriante que Twelve reconoció de inmediato: era la primera nota de la melodía de la soledad.

Twelve se agarró aún con más fuerza a la reja y vio que aquellas criaturas se

apresuraban a terminar lo que estaban haciendo para luego desaparecer, una a una, en las hendiduras de las paredes de piedra de la sala.

—Es una señal... —murmuró, pensando en las sirenas que indicaban el final de la jornada de trabajo en las fábricas que, de vez en cuando, escuchaba cuando aún estaba en la Institución Moser.

Oyó un ruido a sus espaldas y tuvo intención de darse la vuelta, pero no le dio tiempo.

Algo se acercó a ella por la espalda y la golpeó con fuerza en una sien.

Después Twelve cayó al suelo.

—¿Twelve? ¿Twelve, me *ezcuchaz*?

La voz procedía de muy lejos. Y no era la voz de Stephen.

Ni la de Miss Kindheart.

Era la voz de Lapo.

—¡Ay, cielo *zanto*! ¡*Menoz* mal! ¡Tenía miedo de que te *hubieraz* matado! —dijo Lapo. Sostenía sobre ella la luz amarilla de la lámpara.

Twelve entrecerró los ojos: la cabeza le seguía doliendo mucho.

—¿Qué ha pasado? —preguntó.

—¡Y yo qué *zé*! —respondió Lapo—. Ya no me *respondíaz*. *Mathiaz* ze ha *azomado doz vevez*, preocupado, *azí* que... ¡he venido a ver qué *pazaba*!

—Los Harapientos... —murmuró Twelve, acordándose de repente. Se incorporó, masajeándose la cabeza—. ¿Viste eso, Lapo?

—¡Ya me *gustaría*! —respondió el muchacho—. Pero aquí no ze ve nada de nada, *zolo unaz cuantaz piedraz*.

Twelve intentó ponerse en pie, aún aturdida. ¿Dónde estaba? ¿Era la misma sala estrecha a la que había descendido por la escalerilla? Sí. Reconoció las tuberías que, ahora, iluminadas por la lámpara, revelaban estar recorridas por unas inscripciones que discurrían en todas direcciones, como páginas cubiertas de una profusa escritura secreta.

Eran cosas antiguas, observó Lapo. Pero a Twelve, en cambio, le dieron escalofríos, porque aquellas marcas se le antojaron cientos de arañazos que alguien hubiera grabado con sus propias uñas.

Se acercó a la rejilla, de la que procedía una lejana respiración de máquinas y un goteo constante. Todas las luces habían desaparecido y lo único que se veía, como había dicho Lapo, eran unas cuantas piedras junto a ellos.

¡Si Lapo hubiera podido ver lo que había presenciado ella, pensó Twelve, a él que tanto le gustaban las máquinas! Intentó describírselo, pero su amigo le recordó que no podían quedarse allí abajo mucho más tiempo.

—¿*Haz conzeguido* encontrar a tu amiga? —le preguntó.

—No —admitió ella.

—Entonces creo que *deberíamos* dejarla aquí...

Twelve protestó y dijo que acababan de llegar, pero Lapo fue inflexible. La obligó a subir por la escalerilla y a volver arriba, luego a arrastrarse de nuevo hasta la Cuarentena.

—¡Malditos seáis! —exclamó Mathias desde arriba en cuanto los vio asomar—. ¡Estaba a punto de largarme! ¿Se puede saber qué ha pasado? ¿La habéis encontrado?

—Cierra *eza* boca... y ven a *echarnoz* una mano. Twelve *ze* ha dado un *zeñor* golpe en la cabeza... —le respondió Lapo, agachándose para volver a colocar los ladrillos en su sitio.

A Twelve todavía le costaba razonar. Se dejó atar la cuerda a la cintura y que Mathias la subiera hasta el despacho de Luther. Una vez tumbada en el suelo, por fin al aire fresco dijo:

—Yo no me he dado un golpe en la cabeza... ¡Me lo ha dado otra persona!

—*Zea* como *zea*... —rezongó Lapo, saliendo justo detrás de ella—, ahora *mizmo noz largamoz* de aquí.

Mathias asintió. Recogió la cuerda apresuradamente y ayudó a Lapo a colocarlo todo en su sitio. Limpiaron con un trapo las huellas de sus pies mojados en el suelo y volvieron rápidamente sobre sus pasos.

—He visto una ciudad ahí abajo, Mathias... —murmuró Twelve mientras, de vuelta a la guarida, cruzaban el comedor.

El muchacho la miró sin hacerle preguntas.

Ya era noche cerrada, y hasta los gólems se habían retirado a sus nichos de arcilla para descansar. El trío subió las escaleras hasta la puerta de la guarida, que Lapo abrió sin hacer el más mínimo ruido. No podían creerse que nadie se hubiera percatado de su fuga.

Cuando llegaron a las puertas de sus respectivas habitaciones, se despidieron con un gesto veloz.

—¿Twelve? —le preguntó Ninon, frotándose los ojos cuando se dejó caer en la cama.

—No soy yo.

—¿Y entonces quién eres?

—Soy Bu.

Y, a continuación, se deslizó hacia un sueño profundísimo, plagado de máquinas subterráneas, accionadas por un pueblo de criaturas sin nombre, con la cabeza cubierta por turbantes y capas de colores y el rostro oculto por máscaras de hierro que solo dejaban entrever una mirada suplicante y una enigmática sonrisa.

Bu.

Mister Cheng, el profesor de Lenguajes Secretos, era un hombre no demasiado alto que siempre llevaba un ridículo par de gafas con las lentes moradas. Donde debía

haber estado su oreja izquierda, que se decía que había perdido en un curioso accidente, tenía un mecanismo aún más ridículo que las gafas compuesto de membranas y pequeñas hélices de latón del que era difícil apartar los ojos. Siempre vestía de blanco, tenía el rostro surcado por una densísima red de arrugas y el cabello negro recogido en una larguísima trenza que llevaba enroscada alrededor del cuello como si fuese una bufanda.

Aquella mañana dibujó en la pizarra un círculo abierto por debajo junto con una X, una vía de tren, tres barras, un pez y un rombo.

Mientras dibujaba a toda velocidad, Twelve intentó disimular un bostezo colosal. No recordaba haber tenido tanto sueño en su vida. Lapo y Mathias no estaban mucho mejor que ella. Aquella mañana apenas habían intercambiado una vaga mirada y una sombra de sonrisa, indecisos aún sobre si debían considerar su expedición de la noche anterior un éxito o un fracaso.

—Bien —dijo Mister Chang cuando terminó su trabajo—. ¿Quién de vosotros ha visto estos dibujos antes? —Nadie levantó la mano—. ¿Quién quiere venir a descifrarlos?

Hasta el día anterior, Twelve se habría ofrecido voluntaria, pero aquella mañana estaba todavía demasiado embotada por la expedición nocturna como para intentarlo. Fingió que se ataba los cordones de los zapatos y escuchó que el profesor Cheng preguntaba:

—¿Tú? ¿Quieres venir tú?

Miró de reojo desde debajo del pupitre, temiendo que Mister Cheng se hubiera percatado de su maniobra disuasoria y la estuviera llamando justo a ella. Pero el profesor estaba hablando con Mathias.

El muchacho se puso de pie con esfuerzo y arrastró los pies hasta la pizarra, donde se dedicó a escrutar la secuencia.

El profesor le entregó la tiza con gesto solemne y, a continuación, empezó a acribillarlo con una ráfaga infinita de preguntas: si, según Mathias, la inscripción de la pizarra representaba un sistema logográfico, silábico o alfabético; si había escuchado alguna vez antes aquellas palabras; si era capaz de resolver o al menos adivinar el código secreto que usaba Mister Cheng, que, el profesor garantizaba, era facilísimo de resolver.

Mathias, más dormido que nunca, apenas se tenía en pie y se dedicaba a cambiar el peso del cuerpo de una pierna a la otra sin conseguir responder. A medida que Cheng le bombardeaba con nuevas preguntas, apretaba la tiza con mayor fuerza y su boca se sellaba aún más si cabe.

Twelve sintió un poco de lástima por él y, si hubiera tenido la más mínima idea de cómo podía descifrarse ese código, se habría ofrecido voluntaria para librarlo de la vergüenza. Pero aquellas figuras le resultaban completamente incomprensibles.

Tras algunos minutos de aquella lenta tortura, Mister Cheng suspiró escandalosamente y le preguntó a Mathias:

—Entonces, ¿te rindes?

El muchacho, que no esperaba obtener un resultado mejor, respondió de inmediato que sí.

—Devuélveme la tiza —exclamó Cheng. Entonces cogió la mano de Mathias, se la abrió y la giró de manera que la palma quedara de cara al resto de la clase. Los alumnos, Twelve incluida, empezaron a reír, porque en la palma de la mano de Mathias se leía «borrico».

Mister Cheng hizo una pequeña reverencia.

—La cosa es, alumnos, que un mensaje secreto no siempre se encontrará donde vosotros esperéis que esté. Mirabais el dibujo en la pizarra y el mensaje, en cambio, estaba escrito en la tiza, con un esmalte transferible que lo ha grabado en la mano de vuestro amigo.

Mathias se miró la mano y resopló, un poco molesto de que le hubieran tomado el pelo, o quizá simplemente demasiado cansado para protestar.

—Este arte —prosiguió Cheng— se llama esteganografía o, también, «escritura oculta», aunque lo cierto es que de oculto lo único que tiene es la intención. Volvamos ahora a los dibujos de la pizarra y estudiémoslos de manera individual, porque juntos no tienen ningún significado.

Twelve escribió un apunte en su cuaderno azul: «Esconder el mensaje fingiendo que el mensaje es otro». Luego, volvió a copiar los dibujos.



—Lo que acabo de dibujar son los códigos con los que los Ladrones se transmiten información directamente en las paredes de las casas... —estaba explicando el profesor Cheng—. Simples garabatos para quien no sabe leerlos... Pero informaciones valiosísimas para todos los demás.

El círculo con la X indicaba una casa amiga. Las vías de tren, un perro con el que tener cuidado. Las tres barras verticales venían a decir que aquella casa acababa de ser visitada. El pez indicaba la vivienda de un Húsar; el rombo, la de un Embajador.

—¿Sí, Twelve? —se interrumpió el profesor Cheng, viendo que tenía la mano levantada.

—Nos ha dicho que el pez indica la presencia de un Húsar y el rombo la de un Embajador. ¿Cada Academia tiene un símbolo, profesor? ¿Cuál es el símbolo de los Ladrones, entonces?

El profesor rio, divertido. Apuntó con la tiza en dirección a ella y, con expresión astuta, preguntó:

—¿Ladrones? ¿Qué Ladrones? ¡No existe ninguna Academia de Ladrones!

—Ahora vamos a empezar a hacer las cosas en serio —rugió el profesor Zefirotti con su vozarrón, que retumbaba bajo la bóveda del gimnasio—. ¡Es decir, que vamos a jugar un verdadero partido de balón prisionero! ¡Novatos, adelante!

El equipo de primero se colocó en formación en la mitad del campo: Twelve, Miriam y Lapo delante, dado que eran los más ágiles. En segunda fila, los lanzadores, es decir, Karl, Hoon e Igor. Y por último Rebecca, en el centro ligeramente desplazada hacia la derecha, su mano buena, en la posición de líbero.

Zefirotti les había pedido que se pusieran su uniforme, camiseta y pantalones cortos negros, y las protecciones en los codos y las rodillas, así como el «escudo», una especie de cáscara acolchada y forrada de piel que cubría el brazo izquierdo de los jugadores desde el hombro hasta la muñeca. Lo habían barnizado con mucho cuidado antes de la clase, untándolo con una crema grasienta y pegajosa destinada a ayudarles a atrapar balones.

Así equipados parecían siete marionetas y todos los demás los miraban de reojo, con una mezcla de diversión y envidia. Todos menos Cressida, que parecía incapaz de apartar la vista de Twelve y que vestía, por lo menos, el uniforme rojo de los suplentes.

Zefirotti colocó en la otra mitad a otros siete jugadores en formación y comprobó las posiciones en el campo. Luego resumió rápidamente el reglamento y les recordó la regla especial de la Academia, es decir, que uno de los tres balones del juego, y al principio no se sabía cuál, había sido tratado con gorgónica, una sustancia que transformaba en piedra a quien resultara golpeado por él.

—¿Quién sabe decirme a qué hay que prestar atención cuando se juega con un balón gorgónico? ¿Sí, Antara?

—Hay que tener cuidado de no tener heridas abiertas: deben cubrirse con una tirita, de lo contrario se corre el riesgo de que la petrificación resulte más profunda.

—Y en ese caso, de una visita a la enfermería no os salva nadie, ¡ja, ja, ja! —comentó Zefirotti. Luego colocó los tres balones de juego en la línea que marcaba el centro del campo, en la llamada «zona muerta», y pitó con su silbato el comienzo del partido.

Twelve dio un salto adelante, cogió un balón y lo lanzó hacia atrás, a Karl, que lo atrapó al vuelo.

Este preparó el tiro y el balón se dirigió como un proyectil al otro lado del campo, golpeando a Antara en una pantorrilla. La chica hizo una mueca de dolor, pero no se convirtió en piedra.

—¡Antara! ¡A la prisión, detrás de los novatos! —gritó el profesor.

Lapo lanzó contra Igor, pero falló, mientras que el tercer balón lo cogió Sammy, del equipo contrario, que lo lanzó sin mucha fuerza contra Miriam.

La novata cogió el balón al vuelo, se lo pasó a Karl y este último lanzó un nuevo tiro, dirigido a Malcom.

El muchacho abrió la boca, pero de ella no surgió ningún sonido. Tenía todo el

cuerpo inmovilizado.

—¡Es la tres! —gritó Twelve para indicar a todos que no perdieran de vista el balón petrificante.

El partido terminó en cuestión de cinco minutos. Malcom, Owen y Sammy terminaron petrificados; Antara, Coleridge y Katja en prisión, sin ninguna posibilidad de ser salvados. El profesor Zefirotti, según mandaba el reglamento, preguntó al último jugador que quedaba, J.J.T., qué quería hacer.

—Quiero rendirme —balbució el joven Deshollinador—. Seguro, por supuesto.

—¡Victoria para los novatos! —se alegró Zefirotti—. Vosotros, llevaos de aquí a las estatuillas y colocadlas contra la pared hasta que vuelvan a la normalidad. Vamos, ¡adelante con el otro equipo! El segundo partido empieza ya.

Cressida se colocó justo delante de Twelve y le dedicó una sonrisa incisiva.

El profesor volvió a colocar los balones en sus lugares. Aunque los había revuelto detrás de su espalda, Twelve estaba segura de saber cuál era el petrificante: el balón que se encontraba entre Cressida y ella.

—¡A la de tres! —gritó Zefirotti—. Uno, dos y...

Twelve saltó a la zona muerta, pero Cressida fue más rápida. Cogió el balón y se echó hacia atrás con una voltereta, saliendo del área en la que no se podían lanzar balones. Al mismo tiempo, descargó el balón contra Twelve, golpeándola en toda la cara.

Era un movimiento que ninguno había hecho nunca y los pilló a todos desprevenidos.

—¡Esa ha sido buena! —gritó Zefirotti, contento.

Twelve también gritó, pero a causa del susto. Luego notó cómo la boca se le llenaba de arena y se le congelaban los brazos.

Y eso fue todo...

—¿Twelve? Chiquilla, ¿puedes oírme? —le preguntó la voz relajante del doctor Mugaba.

Le habría gustado responderle que sí, que le escuchaba perfectamente, pero no era capaz, porque seguía teniendo la lengua petrificada y no podía moverse. Los ojos tampoco le funcionaban correctamente: tenía la sensación de estar sumergida en un lago opaco y translúcido, con suaves sombras que flotaban frente a ella.

—¿Twelve? Voy a intentar hacer una cosa... Vas a notar un pinchazo, pero no te preocupes.

Notó una extraña picazón en el brazo izquierdo y una sensación de calor que se difundió por los dedos de su mano.

—¿Consigues moverlos, aunque solo sea un poco? Eso es, así, muy bien... El color va mejorando, y diría que...

Algo le pinchó un dedo.

—Ay —reaccionó Twelve.

—Aquí estás, muy bien.

Lentamente, recuperó la capacidad de enfocar la vista y Twelve reconoció la luz amarillenta de los focos de la enfermería. Cuando intentó mover el cuello, notó cómo le crujían todos los huesos.

—No me siento el cuerpo... —dijo.

—No hables. No digas nada. Y quédate tumbada.

¿Tumbada? ¿Estaba tumbada?, se preguntó Twelve, sorprendida. Estaba segura de estar de pie. Se miró las manos y los pies y se dio cuenta de que estaba atada a una camilla.

—¿No te alegras por la ciencia, chiquilla mía? —le preguntó el doctor—. Acabamos de descubrir una interacción de la gorgónica con el Artiflex que te inyecté.

Le dio un pequeño cachete en una mejilla, luego en la otra.

—Dime dónde sientes el cachete... y dónde no.

—Lo siento... —respondió Twelve, y lo repitió todas las veces que volvió a sentirlo.

—En las piernas nada, entonces... —observó el médico—. Pero es cuestión de tiempo. —Volvió a levantarse—. Esta noche intenta comerte una sopa y beber mucho. Y no hagas ejercicio durante un par de días.

Twelve le dedicó una mirada inquisitiva.

—Por la musculatura que tienes, se ve que te entrenas. Bien hecho. Pero sin pasarte, ¿de acuerdo?

Twelve asintió, lentamente, y notó como si en su cabeza se acabara de volcar una pila de platos.

—¡Ay! —gimió, volviendo a apoyarse en la camilla.

—Te va a seguir doliendo un poco, pero, en general, no estás demasiado mal... —dijo Mugaba, dándole la espalda—. Puedo decirle a tus amigos que volverás a ser la de antes.

—¿A mis amigos? —preguntó Twelve.

Antes de que el profesor pudiera contestar, por el ambulatorio asomaron las caras de Karl y Cressida.

Twelve contrajo todos los músculos que fue capaz de mover, como un gatito asustado. Pero no estaban allí para hacerle daño.

—¡Eh! —dijo inmediatamente Karl—. Nos has dado un buen susto...

Twelve esbozó una sonrisa, sin decir nada.

Cressida, detrás de Karl, parecía más avergonzada que ella.

—Lo siento por el tiro —dijo, en voz baja.

—¿Estás de broma? —respondió Twelve—. ¡Ha sido una auténtica bomba! ¿Quién te ha enseñado ese movimiento?

Cressida sonrió.

—Nadie, creo. Pero lamento que...

—¿Qué me ha pasado?

—Ah, digamos que, antes de quedarte petrificada... Bueno, has tardado lo tuyo. Creo que los demás todavía están limpiando el gimnasio —bromeó Karl.

—Ay, por Estanislao santísimo, qué vergüenza —se sonrojó Twelve.

Sintió cómo la mano de Cressida se apoyaba en la suya.

—Pensaba que te había matado. Pero Karl te ha cogido inmediatamente y te ha cargado sobre su hombro y... Bueno, aquí estamos.

Twelve movió muy levemente los dedos para rozar los de Cressida.

—Y yo también lo siento, Cressida —dijo—. Me arrepiento todos los días. Y todas las noches. Y no sé qué hacer.

—La próxima vez, entonces —respondió ella, sin rastro de tensión en la voz—, esquivala.

—Venganza consumada y tan amigas —comentó el doctor Mugaba—. Y, ahora, fuera de aquí, ¡id a contárselo a los demás! ¡Aquí hay gente que necesita tranquilidad! ¡Arreando!

Karl le propinó un pequeño cachete, antes de marcharse, y a Twelve le afloraron unas lágrimas impertinentes que no consiguió esconder, atada como estaba a la camilla.

Y pensó que todo era un error. Que incluso las cosas buenas, allí dentro, terminaban haciéndose mal.

Pensó que ya no entendía nada y que quizá le convenía más estar así, petrificada, sin poder cometer ninguna equivocación, sin ver nada, simplemente escuchando el sonido del mundo que giraba a su alrededor y que podía imaginar a su antojo.

Un poco como era su vida antes de salir del orfanato.

A Hotis había que cambiarle las vendas de la cara tres veces al día y, cuando Twelve se recuperó lo suficiente como para que le dieran el alta de la enfermería, se ofreció a ayudar a Mugaba a hacerlo.

—Buena chica —le agradeció el médico, tendiéndole la bandeja con las vendas limpias. Las sucias se llevaban, en un contenedor especial, a la lavandería, donde las lavaban y las esterilizaban con vapor caliente mediante un procedimiento que Mugaba pretendía perfeccionar.

Le gustaba mucho hablar del cuerpo humano, de las diminutas criaturas que albergaban en su interior, de las enfermedades y de las medicinas: los secretos de los Alquimistas. Twelve era una excelente oyente, que nunca le interrumpía y que, si tenía preguntas, sabía esperar al momento adecuado para hacerlas.

El médico le enseñó a cambiarle las vendas a Hotis sin hacerle demasiado daño, a aplicar las cataplasmas sobre las heridas —espantosos cortes oscuros, bordeados de blanco, ante los que Twelve tenía que obligarse a resistir cada vez que los miraba—, y, por último, a colocar las nuevas vendas. Tras comprobar que sabía hacerlo bien,

Mugaba le permitió cambiárselas ella sola.

El muchacho herido, como siempre, dormía. Lo ataban a la camilla una serie de cintas de aspecto amenazador que, sin embargo, según el doctor Mugaba, eran indispensables para que no se arrancase las vías con las medicinas mientras dormía.

—¿Estás un poco mejor, Hotis? —le preguntó Twelve, que no sabía muy bien qué otra cosa decir.

Su ojo la inspeccionó largo rato, sin dar señales de haberla escuchado. Pero luego, mientras ella empezaba a cambiarle los vendajes, de sus labios cortados por las cicatrices surgieron unas débiles palabras.

—Quiero irme —murmuró.

—¿Y quién no quiere? —le respondió Twelve, tranquila—. Pero ya verás cómo, dentro de unas semanas, si haces lo que el doctor te dice, saldrás de aquí por tu propio pie.

—Quiero dejarlo todo... ¡Quiero irme!

Twelve, para no responderle inmediatamente, silbó alegre.

—Antes o después, a todos se nos pasa por la cabeza —dijo, liberando sus pensamientos—. Y quizá hasta pensamos que es buena idea. Pero... tal vez no lo sea.

Hotis se la quedó mirando.

—Yo me marché, lo sabes...

Hotis asintió, lentamente.

—Y, ahora, sin embargo, he vuelto. Dicen que me han atrapado, pero en realidad... —Se mordió la punta de la lengua, antes de continuar—: En realidad fui yo la que eligió volver.

—¿Por qué?

—No sé quién eras antes de venir aquí, Hotis...

Él susurró una palabra: «Aduana».

—Claro, precisamente. No creo que en la Aduana lo pasaras mucho mejor que aquí dentro. ¿Tenías un lugar donde dormir y algo que llevarte a la boca todos los días? ¿Y alguien que te enseñara una profesión? Lo sé. Olvídate de lo que nos enseñan aquí dentro. Pero al menos es algo. Es algo, ¿no? Yo, por ejemplo, estoy aprendiendo a cambiar vendajes. Antes no sabía hacerlo. Y quizá nadie me habría enseñado... —Twelve puso una mueca—. Vale, tal vez todavía no sepa hacerlo bien del todo, pero... es algo, Hotis. El hecho de que haya alguien curándote es algo. Quiere decir que, para ellos, tú también existes. Que cuentas. Tienes un valor. Todo el mundo se ha enterado de lo que te ha pasado, ¿sabes? Con las rosas. La noticia ha corrido rápido... como corren las noticias aquí dentro. Hay quien dice que has combatido durante horas, armado con un sable de oro que le robaste a los Húsares... Y que las rosas también quedaron heridas de muerte.

Increíblemente, Hotis sonrió, con una mueca que parecía una máscara horripilante.

—No fue así... —susurró.

Y Twelve, complaciente, sonrió con él.

—¿Qué más da cómo fuera? Ahora estás aquí y te estamos curando. Así que... — Dio una serie de giros con las vendas, pasándole la última por detrás de la nuca—. Ahora sé valiente y aguanta. Y luego hablamos los dos de esa idea de irte, ¿te parece?

—Los dos... —murmuró él, al que el esfuerzo de permanecer despierto durante toda aquella conversación le estaba empezando a resultar excesivo.

—¿Me prometes que aguantarás, Hotis? ¿Lo harás por mí? ¿Puedes hacerlo? —le preguntó una vez más Twelve, antes de dejarlo solo.

—Lo pro... meto —asintió él, y luego se durmió, exhausto.

Twelve dejó escapar un largo suspiro. Recogió las vendas y las llevó al contenedor que el médico le había indicado.

Él, Mugaba, estaba inclinado sobre el escritorio, ocupado haciendo cuentas y comprobando dos enormes diagramas.

—Eres muy valiente y concienzuda —le dijo, sin levantar la vista. Entonces, la alzó y añadió—: Si no hubiera solicitado ya unos cuantos gólems para que sean mis asistentes, pediría que me asignaran a alguien como tú.

Twelve disfrutó de aquel halago encogiéndose levemente de hombros, preguntándose cuánto tiempo hacía que nadie le dedicaba uno. Dejó caer las vendas en el contenedor y aclaró la bandeja en la pila, luego la depositó al lado de una fila de botecitos alquímicos de vidrio en los que se leían los nombres de los compuestos, escritos en un alfabeto que le resultaba desconocido.

—Pero quiero decirte una cosa: yo no me fiaría demasiado de tu amiga, si me aceptas el consejo... —murmuró el médico—. Estaba asustada. Pero el miedo luego se pasa.

—Gracias, doctor.

—Y... ten cuidado si tienes que plantarle cara a alguien.

—¿Perdón?

—El corte de la cabeza... —dijo Mugaba—. No sé cómo te lo has hecho, pero... quien sea que te haya golpeado sabía exactamente cómo hacerlo.

Twelve se llevó la mano al chichón, oculto bajo el pelo, que le propinaron cuando se asomó a la ciudad de los Harapientos.

—Tendré cuidado, doctor —murmuró—. Gracias.

Mugaba se estiró en su silla y Twelve consiguió ver por fin los folios en los que estaba trabajando. Era una larga lista de la compra. En lo alto, escrito con una floritura caligráfica, se leía:

HERMANOS ZORBA - ALQUIMISTAS Y FARMACÓLOGOS
Calle Estrecha - Barrio Tabán - Primera Circunscripción

Un tren sumergido

Han convocado a Lobo —le dijo Mathias a Twelve, durante el desayuno, aquel viernes—. No se sabe por qué.

—¿A qué te refieres con que lo han convocado?

—*Loz* han llamado a *loz trez*: a él, a Eve y al jefe de *loz Acróbataz* —intervino Lapo, que ya había escuchado comentar algo más al resto de sus compañeros.

Avanzaron en la fila junto con el resto de los alumnos, esperando su turno frente al cuenco de yogur. Había un gran alboroto, sobre todo entre los de primero.

—Intenta enterarte de qué ha pasado, Lapo —le sugirió Twelve a su amigo.

Pero no hizo falta.

—Arthur me ha dicho que alguien ha pintarrajeado insultos en la puerta de los Lords —les reveló Karl, que estaba unos pasos por delante de ellos.

—¿Qué tipo de insultos?

—«Asquerosos cobardes acojonados. Moriréis todos» —susurró Karl.

Twelve enarcó una ceja, divertida.

—En el verdadero sentido de la palabra, diría yo...

Fue una alumna de tercero quien se dio cuenta cuando salió a desayunar. Twelve no sabía qué aspecto tenía la guarida de los Lords y se limitó a imaginar una enorme puerta negra llena de pintadas.

Casi, casi, se dijo, sonriendo con malicia, me dan ganas de sentarme al lado de Rebecca. Pero era perfectamente consciente de que no habría sido una buena idea, así que se dirigió a su sitio de siempre al final de la mesa, donde se sentó a observar con satisfacción los susurros que pasaban de boca en boca.

Muchos se preguntaban quién habría tenido el valor de hacer una cosa así, moviéndose de noche sin que nadie se diera cuenta. Otros, que sostenían que era imposible, deducían que tenía que haber sido uno de los Lords.

Si hubieran podido siquiera imaginar lo que habían conseguido hacer Twelve, Mathias y Lapo, pensaron los tres, intercambiando una rapidísima mirada...

Por cierto: ¿había vuelto Luther? Sí: había gente que lo había visto el día anterior. Entonces, ¿Mister Peele y él no se habían dado cuenta de nada y su incursión había pasado desapercibida? ¿O bien...?

Se pasaron el desayuno entero con los oídos bien abiertos para luego dirigirse a las clases del viernes: el padre Giacomo, luego Mister Cheng, Madame Truffaut y Mugaba. Por último, Zefirotti, por la tarde, para preparar el torneo del domingo.

Entraron todos en el aula de Conocimiento de la Ciudad, de cuya pared colgaba el mapa de Danubia, y no tuvieron que esperar mucho.

—Que la paz sea con vosotros, muchachos —empezó a decir el padre Giacomo, que entró en el aula justo después que Rebecca y Zella, a quienes, por algún motivo, les parecía particularmente interesante ser siempre las últimas en entrar—. Sentaos, por favor, sentaos. —Vestía un inverosímil traje a rayas moradas y exhibía una resplandeciente sonrisa—. Hoy tengo una sorpresa para vosotros —dijo, apoyándose en la arista de la mesa.

Tras él, entraron otros dos profesores.

En cuanto los vio, Twelve notó de inmediato una sensación de alarma. Primero, los jefes de las hermandades convocados por la rectora, ahora tres profesores para una sola asignatura. ¿Qué estaba pasando?

Se esforzó por parecer tranquila, precisamente porque estaba sentada en la primera fila y uno de los tres profesores presentes era la mismísima Madame Truffaut, la profesora de Espionaje. Entró en la clase con paso lento, apoyándose en su bastón de hueso de ballena, el cual, al igual que su espalda, daba la sensación de estar a punto de partirse en cualquier momento. Era una mujercilla anciana que parecía hecha de polvo y del peso de los años. Llevaba unas gafas de gruesos cristales en la punta de la nariz y un chal de lana enrollado alrededor del cuello. El primer día de clase les dijo a los alumnos que estaba un poco sorda, pero Twelve nunca había conocido a nadie con un oído tan fino.

—Vaya, hoy tenemos el circo al completo... —se le escapó a Malcom, que estaba tres filas por detrás de ella, y se ganó una mirada que lo clavó en la pared como el alfiler de un entomólogo.

Pero Malcom tenía razón, porque cerrando el trío estaba el Gran Manny, el profesor de Allanamiento: un enano con una melena engominada que le llegaba hasta los hombros, excepcionalmente musculosos, y unos bigotes largos y finos.

—Hoy nos espera una clase muy especial —anunció el padre Giacomo, acallando el murmullo que la aparición de los tres profesores había desencadenado. Los ojos de Twelve se entrecerraron en una fina rendijita. El profesor de Allanamiento, el de Conocimiento de la Ciudad y la profesora de Espionaje. ¿Qué tendrían en mente?

—Tenemos una noticia buena y otra mala, angelitos —prosiguió el padre Giacomo, con voz de tenor—. La mala es que hoy terminaremos la clase tarde. Lo siento por las parejitas que tenían planes para el viernes por la noche...

Las miradas de todos los presentes se clavaron en Owen y Gloria, cuyos rostros quedaron presos del rubor.

A los profesores no se les escapa una, pensó Twelve, resentida. Ni siquiera que Owen y Gloria se habían puesto de acuerdo con sus compañeros de habitación para

precisamente aquel viernes poder cambiarse de hamacas en la guarida de los Acróbatas y dormir juntos.

—Mientras que la buena noticia —continuó el padre Giacomo— es que hoy tendréis vuestra primera clase fuera de la Academia.

Con la experiencia de un actor de teatro, el padre Giacomo hizo una pausa estudiada, disfrutando del intercambio de miradas entre los alumnos —y terminó dándose cuenta de que Twelve, en cambio, seguía con los ojos clavados en él—; entonces retomó la palabra.

—Exacto, sí. Estamos a punto de ir a Danubia. Ya os habrán dicho, o quizá no, aunque la verdad es que la cosa no cambia demasiado, que los exámenes finales del cuatrimestre incluyen una evaluación práctica que se realizará en la ciudad. Y ha llegado el momento. A-mén. Tendréis que trabajar en equipo: se os dividirá en tres grupos. —Un murmullo se extendió entre los alumnos—. Es del todo inútil que os pongáis a hablar entre vosotros —los acalló el padre Giacomo—, porque ya hemos decidido la composición de los grupos. ¿No es así, Loredane?

Loredane, anotó mentalmente Twelve. Madame Truffaut se subió las gafas por el puente de la nariz y asintió con vehemencia. Cuando habló, con una vocecilla débil y agudísima, dijo tan solo:

—Lo has explicado todo perfectamente, Giacomo. Hoy iremos a la ciudad para realizar las inspecciones. No es una excursión de placer, aunque os lo parecerá. Cada grupo irá acompañado por uno de nosotros y podrá visitar los tres lugares elegidos para lo que tú has denominado con tanta gracia... trabajo de grupo.

El Gran Manny ensanchó la sonrisa.

—Llevad con vosotros cuaderno y pluma: podría resultar decisivo dibujar un mapa de los lugares, empezar a pensar una posible estrategia, identificar los obstáculos y las contramedidas. Cuantos más detalles seáis capaces de recordar, más precisa será vuestra elección. Tendréis hasta la hora de la cena para decidir dónde queréis hacer el examen. Luego podréis realizar una segunda inspección, lo que se suele llamar el pase técnico. Y finalmente...

—Finalmente intentaréis robar algo, ¡qué demonios! —intervino entonces el profesor Manolo—. ¡Porque en eso consiste el trabajo en grupo!

—¡Zí! —se alegró Lapo, que era su mejor alumno.

El padre Giacomo y Madame Truffaut miraron a su alrededor con aire complacido. Entonces, la profesora tomó la palabra.

—Ahora os diremos cómo están compuestos los grupos...

Twelve se enderezó en su silla, esperando estar en el mismo equipo que Lapo y Mathias. Tamborileó los dedos de una mano sobre una pierna con gesto nervioso, sabiendo que, en cualquier caso, le iba a costar adaptarse. Desde luego, no era la chica más popular de primero.

—Primer grupo —dijo el padre Giacomo—. Félix, Coleridge, Miriam, Sammy, Henna, Gloria, Katja.

—¿Cómo? —protestó Coleridge, desde el fondo de la clase—. ¿Con cinco chicas?

Sammy le tiró un lápiz con la precisión de un lanzador de jabalina.

—Tú, calla —le regañó—. ¡Eres demasiado tonto como para darte cuenta de la suerte que has tenido!

—Segundo grupo —continuó, impasible, el padre Giacomo—. Mathias, Lapo, J.J.T, Igor, Hoon, Antara, Malcom.

Ay, no, pensó Twelve, repasando mentalmente los nombres de quienes aún faltaban por nombrar. Aquello significaba que formaba equipo con...

—Tercer grupo. Twelve, Cressida, Rebecca, Zella, Arthur, Karl y Owen.

La lista le cayó encima como un puñetazo. Un solo Deshollinador, con quien, por fortuna, acababa de empezar a hacer las paces, y luego tres Lords, pero qué tres Lords... Daba la sensación de que la hubieran puesto en el equipo con quienes más la odiaban.

¿Por qué?, se preguntó. ¿Habrían hecho los profesores sus propias apuestas sobre quién sería el primero en apuñalarla?

Se giró para intercambiar una mirada con sus nuevos compañeros.

—¡Qué suerte! —exclamó Rebecca, devolviéndole la mirada por encima del hombro de Zella, a la que estaba abrazada—. ¡Estamos juntas!

Cressida miraba al suelo. Karl y Arthur no se movían. Owen le susurraba algo a Gloria, de quien lo habían separado.

—Y, ahora, los jefes de equipo —continuó el padre Giacomo—. En el primer grupo, la jefa de equipo será Sammy.

—¡Muy bien, Sammy! —la aplaudió su amiga Miriam.

—En el segundo, el jefe de equipo es Lapo.

—¿Quééé? —preguntó Mathias.

—¿Por qué te *rezulta* tan raro, eh? ¿*Ez que pienzaz* que no puedo *zer* un buen jefe de equipo?

—¿Yo? Mira a los demás... —rio Mathias con malicia.

—Y, en el tercer grupo, la jefa de equipo será... Twelve.

Ya está, pensó ella. Ahora sí que la iban a apuñalar de verdad.

En aquel momento, ni siquiera los manotazos que el padre Giacomo le propinaba a la mesa podían devolver la calma. El aula vibraba con las charlas, las protestas y los comentarios de los alumnos. La única que parecía haberse quedado muda era Twelve.

No pasa nada, seguía repitiéndose. Sea como sea, no pasa nada.

Pero, en el fondo de su corazón, sentía que era demasiado. No solo no se creía preparada para volver a salir de la Academia y adentrarse en Danubia a cometer un robo, sino que además tenía que hacerlo capitaneando un equipo completamente hostil, con sus enemigos acérrimos, Cressida y...

Se aferró al nombre de Karl. El bueno y estable Karl, que siempre había salido en su defensa. Y que, a pesar de todo, la había llevado en brazos a la enfermería.

—Saca los anillos —le dijo Madame Truffaut al padre Giacomo, interrumpiendo el barullo de los alumnos.

El padre Giacomo se palpó el traje buscando algo que parecía haber perdido.

—¡No los tengo! —exclamó.

—¡Porque están aquí! —rio el Gran Manny—. ¡Muchachos! —exclamó. Luego, haciendo restallar su capa, mostró una cajita de madera cerrada con un pestillo: la abrió con la uña y mostró un cojincito de terciopelo en el que había incrustados veintiún anillos.

Su gesto de prestidigitador, o quizá la visión de aquellas joyas, trajo de nuevo la calma al aula. Con una rápida mirada a las manos de cada uno, el Gran Manny los distribuyó entre los alumnos, invitándolos a ponérselos. Twelve, que había recibido uno demasiado grande, en el que le habrían cabido tres dedos juntos, le dio vueltas entre las manos, admirando las sutiles inscripciones en alfabeto alquímico grabadas en la cara interior.

—Ooohhh —comentó Katja, desde el último pupitre—. ¡Qué maravilla! ¡Ay! Eh, ¡esta cosa me está apretando el dedo!

—Bien —dijo el Gran Manny—. Así es como debería funcionar.

—¡Pero ya no sale!

—¡El mío tampoco! —dijo Igor—. Se ha quedado atascado.

—Así es —asintió el Gran Manny—. Es un contraanillo de los hermanos Zorba, y una vez puesto, es imposible quitárselo hasta que finalice el examen. Supongo que no os querréis perder a vuestro antojo por las calles de Danubia, ¿no?

Perfecto, así que esta es nuestra correa, se dijo Twelve, y recordó el apunte que había visto en la lista de Mugaba: ella sabía quiénes eran los hermanos Zorba.

—Póntelo —le ordenó el Gran Manny mientras pasaba frente a su pupitre.

Twelve asintió, sin replicar. Introdujo el pulgar izquierdo en el anillo y este se deslizó como una serpiente viva, enroscándose alrededor de su dedo. De repente, se puso muy caliente y, como habían dicho sus compañeros, daba la sensación de que era imposible quitárselo.

—Muy bien, muy bien —comentó Madame Truffaut, subiéndose las gafas—. Yo diría que podemos proceder. Si sois tan amables de seguirme...

La mujer salió del aula, acompañada del paso rítmico de su bastón de hueso de ballena, y los alumnos se colocaron tras ella en una horda emocionada, asustada y ruidosa.

Twelve dejó que la empujaran, esperando ver pasar a su lado a Lapo y Mathias.

—¿Habéiz vizto? —exclamó Lapo, radiante—. ¡Zoy el jefe!

—¿Y sabes qué implica eso? —le preguntó Twelve.

—¡Zí! —respondió él. Luego se lo pensó un momento y se corrigió—: Bueno, ¡no! Ez la primera vez que zoy el jefe. ¿Tú zabez qué ez lo que hay que hacer?

—Ni idea —respondió Twelve.

Luego siguió caminando entre ellos, sin añadir nada más. En aquel momento, se conformaba con un poco de compañía por su parte.

Los profesores guiaron a los veintiún alumnos de primero por los pasillos de la Academia, dejando atrás los ventanales que daban al patio, la verja de la entrada y el invernadero. A Twelve le pareció ver a la rectora, armada con un largo rastrillo y una regadera, inclinada sobre sus adoradas flores. Se preguntó cómo habría ido la charla con Lobo.

—¡Vamos, muchachos! —exclamó el Gran Manny, trotando frente a todos—. ¡Mantened el paso! ¡Por este lado! ¡Por aquí!

Se detuvieron frente a lo que parecía un imponente armario, cerrado con tres candados que el profesor Manolo abrió con la misma facilidad con la que se gira un pomo.

No era un armario.

Al otro lado había una habitación estrecha, sin ventanas ni más aberturas.

—Venga, ánimo, todos dentro. Sí, entramos, no os preocupéis —los invitó—. Por si acaso, intentad pegaros a quien más os guste.

El padre Giacomo le dio un cachete, susurrándole:

—¡Aléjate de mí, pequeño rufián!

—¡Ánimo, ánimo! —rugió Manny, haciéndolos entrar a gran velocidad.

Luego cerró la puerta y el padre Giacomo descolgó de la pared lo que parecía el auricular de un antiguo teléfono de baquelita negra, a la vez que decía:

—Novatos del primer año. Bajamos.

El suelo de la habitación empezó a caer en picado. Twelve chilló, porque no había visto un ascensor en su vida, mientras los demás se carcajaban, divertidos.

—¡Guaaaauuu! —gritaba Lapo, feliz, mientras aquella enorme caja chirriaba de una manera perturbadora. Cuando se detuvo, con un violento crujido, Twelve tuvo la sensación de que llevaban horas cayendo al vacío.

—¿Por qué hemos bajado, profesor?

—¿No se suponía que íbamos a salir a la ciudad?

—No doy crédito con vosotros —los regañó el padre Giacomo con voz aterciopelada—. ¿Cuál es el principal medio de transporte de la ciudad?

—Los tranvías —respondió alguien.

—Las carrozas —dijo algún otro.

—¿Y para desplazarse aún más rápido a lo largo del río?

—Los barcos de vapor.

—El tren neumático —respondió Mathias.

El padre Giacomo asintió mientras el Gran Manny se abría paso entre los alumnos para abrir por segunda vez la puerta de madera.

El tren neumático, pensó Twelve, con los ojos clavados en la espalda de sus compañeros. Mientras Ninon dormía, a la luz de la lámpara de petróleo, ella había estudiado una y otra vez los mapas del padre Giacomo y conocía a la perfección el recorrido circular de la línea subterránea de Danubia, que partía del barrio del Palacio Real y llegaba hasta el puerto siguiendo la orilla de levante, luego atravesaba el río y subía por el lado opuesto, la orilla de poniente.

Y dado que la Academia se encontraba en una isla en medio del río...

Fue entonces cuando Cressida gritó.

Fuera del montacargas se extendía un pasillo excavado en la roca e iluminado por grandes antorchas. Y, en medio del pasillo, frente a ellos, había una silueta encorvada, con el rostro oculto por un gran turbante.

Un Harapiento.

Los largos brazos esqueléticos, grises como las patas de un insecto. Las piernas arqueadas, las pantorrillas curtidas como el cuero. Twelve, al observarlo, tampoco fue capaz de contener un instintivo sentimiento de repulsión.

—Con retraso llegan —recriminó en cambio el Harapiento al Gran Manny—. La estela precisa cabalgar deben o que detenerse tendrán...

El Gran Manny lo cogió por el antebrazo, obligándolo a girarse, y exclamó:

—Ya sé que llegamos tarde, pero verás cómo lo cogemos. Si no, podemos esperar a la próxima carga, ¿no? ¿Cada cuánto pasa el tren?

—Cada media hora, pasa —respondió el Harapiento.

—Entonces no, media hora es demasiado. Vamos, muchachos, seguidme, deprisa: ¡no tenemos tiempo que perder!

El Harapiento empezó a correr a gran velocidad por el pasillo, apoyando las manos en el suelo como un animal. El Gran Manny le seguía corriendo, y tras él, los alumnos, riendo y empujándose entre ellos.

Madame Truffaut también corría, con el bastón en una mano, el dobladillo de la falda en la otra y una misteriosa sonrisa en el rostro.

—¡El tren! —exclamó Lapo, jadeando—. ¡Nunca *jamáz* he *zubido* a un tren!

—Y esta vez tampoco vas a subir, me parece a mí —dijo Mathias, resollando.

—¿Y por qué *pienzaz ezo*?

Twelve los flanqueó, hablando y corriendo sin esfuerzo alguno.

—Porque hemos estudiado todas las vías del tren neumático de Danubia... y no me parece que haya ninguna parada que se llame «Academia de los Ladrones».

—¡*Oztraz!* —exclamó Lapo—. *Tenéiz* razón. ¿Y *entoncez*?

—¡Entonces, corre! —le azuzó el padre Giacomo, detrás de él.

Esto era lo que Twelve sabía sobre el tren neumático: que lo componían vagones con

forma de proyectil, herméticamente sellados, que se propulsaban por grandes tubos de vidrio gracias a un sistema de bombas. Funcionaba por acción del vacío: una máquina aspiraba el aire de un tramo del tubo y el proyectil salía disparado en esa dirección hasta la parada más cercana, donde se inyectaba aire nuevamente en el sistema para detenerlo.

En aquel momento, la comitiva de alumnos también se detuvo: estaban encima de una rejilla de metal, suspendida sobre una gran cavidad subterránea atravesada por un enorme tubo de vidrio cuyos tramos se engarzaban unos con otros gracias a anillos de metal macizo.

La criatura —Twelve no conseguía convencerse de que fuera humana del todo— levantó a pulso uno de los paneles de la rejilla y sacó de los harapos que vestía un garfio atado a una cuerda que introdujo por la abertura, haciéndolo descender hacia el enorme tubo de vidrio.

Con una habilidad asombrosa, ante el silencio estupefacto de los alumnos, el Harapiento enganchó con el garfio una trampilla casi invisible del tubo y dijo:

—De pasar a punto de estar debe.

—¡Preparémonos! —respondió el Gran Manny.

De algún lugar se sacó un par de gafas de aviador y un gorrito de cuero que se ató bajo la barbilla. Luego se puso un grueso cinturón de piel del que colgaba un gran número de mosquetones de latón y la misma cantidad de cabos de cuerda.

Por último, el Harapiento le tendió con solemnidad una especie de arpón ballenero. El padre Giacomo y Madame Truffaut, mientras tanto, repartieron entre los alumnos cinturones más pequeños, cada uno con un ojal en el centro, y ellos mismos también se pusieron uno.

—¡Ahora, muchachos! —exclamó el profesor Manolo, alzando la voz sobre el estruendo incesante de aquella cavidad subterránea—. ¿Alguno de vosotros ha viajado alguna vez sobre la estela de un tren? ¿No? Funciona así: coged una de las cuerdas de mi cinturón y atadla a los vuestros. Es una medida de seguridad, ¿entendido? En cuanto el tren pase por debajo de nosotros, nuestro amigo Harapiento abrirá la portezuela del tubo neumático y nosotros saltaremos dentro, uno detrás de otro. En ese momento, entraremos en la estela que deja el tren en movimiento y lo seguiremos sin problemas hasta nuestro destino.

La pequeña Sammy, de los Lords, abrió la boca de par en par, y toda la suficiencia con la que había regañado a Coleridge poco antes pareció desaparecer por completo.

—¿Nos está diciendo que... tenemos que saltar ahí dentro?

—Exacto, y además, de prisa —respondió Manolo—. La estela dura pocos minutos y la abertura que practicamos en el tubo hace perder presión al sistema. Así que, si no somos lo suficientemente rápidos, nos encontraremos atrapados en medio del tubo. Lo mismo sucede si uno de vosotros tiene la brillante idea de descolgarse de la cuerda de seguridad.

—Mejor evitarlo, supongo...

La rejilla bajo sus pies vibró, anunciando la aproximación del tren.

El Gran Manny respondió con una sonrisa.

—Depende de los gustos, espantapájaros. Con el siguiente tren, al volver a hacerse el vacío en el tubo, os encontraríais sin aire, preparados para que ese próximo convoy os espachurrara.

—Estoy listo —dijo Karl, flexionando los dos brazos—. Para esto sirven los Acróbatas.

—Ezo, muy bien, *puez* ve tú el primero —comentó Lapo.

El Harapiento hizo un gesto brusco.

—De charlar basta, llegando el tren está... —anunció.

La vibración de la rejilla se intensificó hasta tal punto que Twelve tuvo miedo de perder el equilibrio.

—Preparados estén... —advirtió el Harapiento.

El Gran Manny dobló las rodillas y extendió las manos frente al cuerpo, como un acróbata de circo. Aferraba con fuerza el arpón, y las cuerdas a las que estaban atados los chicos se estiraban de su cinturón como las colas de un cometa.

—Poco falta... —dijo el Harapiento.

El ruido aumentó aún más, luego se produjo un estruendo parecido al de un disparo y las luces de las antorchas titilaron.

—¡Pasado el tren ha, rápido! ¡Ábrase!

El Harapiento se apresuró a tirar de la cuerda y abrió una minúscula portezuela cuadrada.

Twelve se fijó en que era pequeña, demasiado pequeña para todos ellos. ¡No podían saltar ahí dentro!

Pero el Gran Manny, probablemente, no era de la misma opinión. A pleno pulmón, gritó:

—¡SANTIAGOOO! —Y con aquel extraño grito de guerra, el arpón en una mano y las gafas incrustadas en el rostro, se lanzó hacia ella de un brinco. Y, tras dos metros de salto, desapareció por el tubo.

—Lo ha conseguido de verdad —susurró Arthur.

—Está como una cabra —le hizo eco Malcom.

Entonces, las cuerdas a las que estaban atados empezaron a tensarse, una tras otra, y los alumnos se lanzaron de cabeza hacia la trampilla en un remolino de gritos.

En persecución de un tren disparado en el vacío.

La primera inspección

No hubo ningún impacto. Los alumnos, sencillamente, fueron aspirados por una poderosa corriente de aire en la que dieron vueltas sobre sí mismos, como molinillos de viento colgados del cinturón del Gran Manny.

—¡Uuuuhhh! —gritó Twelve con una pirueta, y esta vez no a causa del miedo, sino de emoción pura—. ¡Yujuuu!

—¡Zantiagooo! —gritaba Lapo junto a ella, intentando imitar los movimientos del Gran Manny, que había clavado el arpón en la cola color latón del vagón y los arrastraba a todos consigo, cabalgando la estela de aquel maravilloso tornado subterráneo.

Sin embargo, no todos exhibían la misma seguridad que el profesor Manolo: Karl avanzaba con una serie de torpes volteretas; Coleridge se había hecho una bola y un par de chicas chillaban, presas del pánico, saliéndose constantemente de la trayectoria. Madame Truffaut, en cambio, había abierto un pequeño parasol que usaba para controlar la estela y dejarse transportar con una compostura perfecta.

Twelve no se imaginaba que volar pudiese producir aquel tipo de sensaciones, el corazón latiéndole tan fuerte, el esfuerzo de respirar dentro de aquel remolino de aire y la ebriedad que producía el vértigo. Giró sobre sí misma y, en ese preciso instante, el tubo neumático pasó del cristal al hierro y del hierro nuevamente al cristal. Y, a través del cristal, Twelve se dio cuenta de que estaban sumergidos bajo el agua. Veía la superficie pálida del Duma chispeando bajo el sol, algunos metros por encima de ellos, y el rastro de espuma de un ferri que justo en aquel instante cortaba las olas en dos.

Twelve sintió que las emociones la sobrepasaban y, durante un momento, vaciló, atrapada entre el rapto estático de aquella imagen y el recuerdo de la última vez que había estado allí abajo.

—Hugo... —murmuró. Y si hubiera sido capaz de recordar cómo se rezaba, lo habría hecho.

Fue cosa de un segundo. Luego Malcom, con su larga melena ondeando al viento como una bandera, le ofreció una mano, casi como para tranquilizarla, y Twelve recuperó el ánimo.

—Va todo bien —dijo, o tal vez se lo imaginó, porque en el remolino del tren no era posible escuchar otra cosa que no fueran los gritos de sus compañeros.

—¡Bajamooos! —gritó el Gran Manny cuando el conducto por el que viajaban disparados volvió a ser de hierro.

La velocidad comenzó a descender perceptiblemente y los alumnos perdieron altura. Twelve vio que la carroza estaba cada vez más cerca y sintió que perdía el equilibrio, como si de repente echara de menos el suelo bajo sus pies.

—¡Tened cuidado de no caer! —gritó el Gran Manny. Aferrado a su arpón, se apoyó sobre la parte trasera del tren como una araña y luego se giró hacia ellos y dijo —: ¡En cuanto toquéis tierra, empezad a correr y desatad las cuerdas! ¡VAMOS!

Twelve intentó planear suavemente hacia el suelo, pero el resultado fue una serie de bruscos tirones y, cuando puso un pie en tierra y soltó su cuerda, rodó de espaldas como si estuviera en una competición de volteretas. La parte inferior del conducto era resbaladiza y estaba pringosa de la grasa de la máquina.

A la cuarta voltereta consiguió levantarse de nuevo, patinar unos cuantos metros más y, por último, frenar. Cuando por fin se detuvieron todos, intercambiaron una serie de miradas, jadeando, con los rostros ruborizados y los ojos eufóricos. Aquel vuelo sobre la estela del tren era lo más sensacional que habían hecho en sus vidas y, por primera vez desde que estaban en la Academia, todos habían sido, por un momento, completamente felices.

—¡Mar-chan-do! —rio el Gran Manny, arrancando el arpón de la cola del tren y haciéndolo girar como si fuera un malabarista. Ahora que el conducto había vuelto a quedar en silencio, se podía escuchar la cháchara de la gente que subía y bajaba del vagón y el graznido de un altavoz que anunciaba el nombre de la estación.

—¡Malastrana, descenso de pasajeros! ¡Parada de Malastrana!

—¡Seguidme! —dijo el Gran Manny. Se detuvo frente a una compuerta idéntica a la que el Harapiento había enganchado el garfio, en la que aún se leía la inscripción: «Mantenimiento». El Gran Manny la abrió de par en par con el arpón y el padre Giacomo le ayudó a mantenerla abierta, haciendo que los alumnos la atravesaran de uno en uno.

—¡Vamos, vamos! ¡Moveos, que el tren vuelve a partir!

Los dos profesores cerraron la compuerta un segundo antes de que el vagón se pusiera en movimiento con un portentoso estruendo, parecido a un trueno.

—¡A-mén! ¡Hemos estado perfectos! —comentó el padre Giacomo, ajustándose la corbata—. Recordad, chicos: nunca os quedéis detrás del tren cuando salga de una estación. Os reventarán los tímpanos. A no ser que llevéis un gorrito de arponero, por supuesto —añadió, mirando de reojo el extraño gorrito del Gran Manny. Aquel debía de ser el gorrito de arponero, reflexionó Twelve.

—Es la primera vez que usáis el tren subterráneo, así que hemos decidido exponeros a un viaje breve —continuó el padre Giacomo—. De ahora en adelante, proseguiremos con medios más tradicionales, queridos niños.

Twelve siguió a los demás por el conducto de mantenimiento y, desde allí, por un andén de la estación. Pronto se encontraron inmersos en un caótico flujo de personas, protegidos por el anonimato de su confuso griterío. Twelve miraba a su alrededor, admirando las baldosas relucientes del techo abovedado y los grandes carteles colgados de las paredes, que retrataban a hombres y mujeres guapísimos en poses evocadoras, rodeados de estrellas. Eran los carteles de los espectáculos del Gran Teatro de la ciudad: *Un billete a cualquier parte*, *El fabuloso catálogo Walker & Dawn*, *Rebeldes a la fuga*, rezaban los títulos, acompañados de frases que prometían maravillas. Twelve se habría detenido frente a cada uno de ellos si no hubiera tenido que seguir a los demás por las escaleras hasta las verjas de hierro forjado que daban al exterior.

Mientras ella fantaseaba entre carteles publicitarios, Arthur le robó la cartera a un burgués, levantando acto seguido la billetera para mostrársela a los demás, que rieron a carcajadas.

—Enhorabuena por la técnica, Arthur —le increpó Madame Truffaut—. Pero ahora, ve con tu grupo, si no te importa, y evita volver a hacerlo. Hemos venido aquí para una inspección, y eso significa que tenemos que ser completamente invisibles.

Los alumnos se dividieron rápidamente en tres grupos: el de Sammy y Coleridge acompañó a Madame Truffaut, el de Lapo al Gran Manny, mientras que el equipo de Twelve se marchó con el padre Giacomo.

Vista desde fuera, la estación de Malastrana parecía una pequeña bombonera entre austeros edificios de tejado negro.

Daba a una enorme plaza sembrada de árboles, llena de gente y de quioscos en los que vendían fruta caramelizada, dispersando por el aire un aroma que hacía rugir las tripas. A un lado estaban aparcadas las carrozas, cuyos cocheros jugaban al ajedrez en improvisados tableros, y al otro había unas extrañas torres de madera, con un sillón en lo alto, en la que los señores podían sentarse para que les abrillantaran los zapatos o para que les remendaran el dobladillo de los pantalones.

El aire tenía aquel particular color pálido de las mañanas en las que es evidente que, antes o después, lloverá.

Las dimensiones de la plaza y el sistema radial de calles que partían de ella aturdieron profundamente a los alumnos, que hacía bastante tiempo que no salían de la Academia. Twelve tuvo, durante un segundo eterno, deseos de lanzarse de cabeza contra las palomas para espantarlas. Se acarició el anillo que llevaba en el pulgar y alzó la vista a los rectángulos de cielo revuelto sobre ellos.

El padre Giacomo llegó a un acuerdo con un cochero y les hizo un gesto a los alumnos para que subieran: cuatro en un asiento y tres en el otro.

—Aquí están mis preciosos sobrinos... —dijo el padre Giacomo, divertido, subiendo en último lugar.

El cochero silbó y los cuatro caballos trotaron sobre el empedrado. Los alumnos se asomaban por las ventanillas para mirar afuera.

—Bien... —explicó mientras tanto el padre Giacomo—, hoy visitaremos tres lugares: dos en esta orilla del río y uno en la otra. Inspeccionadlos con atención. Vuestra tarea es volver a la escuela teniendo bien claro en cuál de los tres podéis entrar para dar vuestro primer golpe de verdad.

—¿Y cuál es el primer lugar al que estamos yendo? —preguntó Arthur.

—Una casa de empeños, cerca de la Aduana —respondió el padre Giacomo.

El muchacho asintió, pensativo, sin apartar la mirada de la calle. De allí era de donde Arthur procedía: de la vasta periferia que se extendía al otro lado de la gigantesca muralla iluminada por antorchas y vigilada por guardias día y noche.

—No será por casualidad la casa de Orestes, ¿verdad? —preguntó.

El profesor asintió con una sonrisilla de lince.

—Veo que le conoces.

—En la Aduana, todo el mundo conoce a Orestes —respondió Arthur. Parecía que estuviera a punto de añadir algo más, pero no lo hizo.

—Debéis saber, angelitos míos —explicó mientras tanto el padre Giacomo—, que la mayor parte de las casas de empeño de la ciudad son... Digamos que son nuestras amigas. Orestes no: él siempre ha preferido mantener la independencia de su negocio que, además, con los años, ha llegado a ser cada vez más próspero.

—No me extraña —intervino Arthur—. Es el único sitio en el que los habitantes de la periferia pueden vender sus mercancías. Orestes compra joyas y las paga con mendrugos de pan.

—¿Y tú le odias? —preguntó el padre Giacomo.

—Le odio.

—Entonces, podrías convencer a tu grupo para que dé el golpe precisamente allí... ¡Ja, ja, ja!

Twelve miraba por la ventanilla la infinita hilera de edificios, casas, iglesias, jardincillos... A medida que la carroza se dirigía hacia el este, los edificios se volvían cada vez más bajos y maltrechos mientras que la muralla de la Aduana resultaba cada vez más alta e imponente, tan grande y maciza que daba la sensación de querer tocar el cielo.

A un silbido del padre Giacomo, la carroza se detuvo en una calle secundaria.

—Espérenos aquí —le pidió el profesor al cochero.

—Váyase olvidando.

El padre Giacomo le lanzó una moneda de plata.

—Si nos espera, recibirá otra por las molestias. Tardaremos una hora.

Los alumnos siguieron al profesor por un laberinto de callejuelas secundarias. Era un barrio de casuchas mal construidas, sin puertas ni ventanas, con las paredes combadas y visillos mugrientos. De vez en cuando, en los portales oscuros de las casas, Twelve entreveía mujeres descalzas que amamantaban a niños esqueléticos,

ancianos que jugaban a las cartas, hombrecillos con los ojos hinchados por el vino.

—Bonito sitio —bromeó Karl—. ¿Tu casa es igual de acogedora, Arthur?

El joven Lord fulminó a su compañero con la mirada.

—No te rías —le regañó Owen—. Yo estuve una vez más allá de la Aduana. Y, en comparación, esto es un barrio de lujo.

A Twelve no le molestaba la miseria que se veía por todas partes, pero no conseguía acostumbrarse a la oprimente presencia de la muralla, y tenía la sensación de que los guardias de las fortificaciones tenían los ojos clavados precisamente en ella.

El padre Giacomo los condujo hasta una especie de almacén, el único edificio de ladrillo de los alrededores (con excepción, por supuesto, de la Aduana).

No había cartel en la puerta, es más, ni siquiera había puerta, solo una cortina de cuentas que se movía lentamente mecida por el viento. Fuera había dos hombres grandes como carneros, con una armadura de planchas metálicas y pesadas ballestas mecánicas.

—Esos son los gorilas de Orestes —les explicó el padre Giacomo—. Si decidís robarle a él, serán vuestros primeros adversarios.

—Y, si no recuerdo mal, hay dos más esperando dentro —añadió Arthur.

El profesor asintió.

Durante la siguiente hora, los alumnos pasaron de uno en uno, yendo y viniendo, rodearon el almacén, treparon al tejado de una casa cercana, se sentaron en el suelo fingiendo que jugaban a las canicas. Mientras tanto, observaban, dibujaban mapas, tomaban apuntes. Nadie habló con Twelve en ningún momento, ni una sola vez siquiera.

Ese tal Orestes debía de ser una buena pieza. Durante el transcurso de aquella hora, entraron en el almacén pobres gentes de todo tipo y salieron de allí aún más pobres que antes. No habría estado mal que alguien se la jugara, y seguro que ese era el modo de actuar sin que los atraparan los guardias ni los soldados del rey que vigilaban la Aduana.

—Bien —dijo el padre Giacomo en un momento dado—. Por ahora, ya es suficiente, se nos está haciendo tarde y nos esperan dos inspecciones más.

Volvieron a la carroza donde el cochero, a pesar de todo, se había quedado a esperarlos.

—¿Adónde vamos? —preguntó.

—A Roca Verde —dijo el profesor.

El cochero hizo restallar el látigo.

—Menos mal: por fin un lugar decente.

Roca Verde, en realidad, era un lugar mucho más que decente. Estaba en los barrios orientales, una zona de colinas, olivos y los árboles frutales construida sobre

elegantes terrazas de piedra.

Allí había edificios rematados con cúpulas retorcidas como conchas que dominaban la ciudad desde lo alto, haciendas rodeadas de bosquecillos y verjas con pinchos tras las que discurrían senderos empedrados y pérgolas de madera en las que las damas tomaban el té.

El padre Giacomo volvió a pedir al cochero que detuviera la carroza y, a continuación, acompañó al grupito hasta una casa un tanto aislada que se elevaba en la cima de un saliente de roca.

La casa no era demasiado grande, pero sí alta y elegante, gracias a ese toque refinado que le otorgaban las ventanas con las cornisas pintadas al fresco y las estatuas de mármol que decoraban el jardín.

—¿Ese es nuestro objetivo? —preguntó Cressida, estirando uno de sus afilados dedos—. Pero ¡robar esa casucha es cosa de críos!

—La impulsividad arrastra a las almas jóvenes a las llamas de la perdición —respondió el padre Giacomo—. ¿Veis esas marquesinas bajas de madera alineadas frente a la fachada? Son las casetas de los perros guardianes, y os aseguro que son muy feroces. La única manera de evitarlos es escalar la roca y entrar en la casa por la parte trasera, pero...

—¿Pero? —increduló Cressida.

—Pero esa, muchachos míos, es la Villa Moehringer.

—¿Se refiere al de la caja fuerte Moehringer?

El padre Giacomo rompió a reír con una carcajada.

—Si allí viviese el viejo Moehringer, desvalijarla sería un examen difícil incluso para los alumnos de quinto... No, no, el habitante de esa villa no es más que su nieto. Pero la casa está, de todos modos, dotada de cajas fuertes sólidas y robustas, y para abrirlas se requiere cierto talento.

Twelve resopló: si hubiese tenido a Lapo en su equipo, estaba segura de que no le habría supuesto mayor problema. Pero, entre sus compañeros, no le parecía que ninguno tuviera dotes de allanador.

Se desentendió completamente de la inspección y esperó a que llegara el momento de volver a la carroza, con la que regresaron al centro de la ciudad. Llegaron al Duma y dejaron atrás un puente (quizá el séptimo o el octavo) y entonces comenzaron a trotar hacia la otra orilla, adentrándose entre edificios de mármol y plazas monumentales desde donde las calles partían en radios, como los brazos de una estrella marina.

—El Palacio Real no estará por aquí, ¿verdad? —preguntó Karl.

—Cerca —masculló Cressida.

Twelve se asomó a la ventanilla y vio cómo un tranvía eléctrico rechinaba frente a ella al frenar y cómo sus pasajeros hacían equilibrios agarrados a las barras y se aferraban a los mangos como chimpancés.

Cuando la carroza se detuvo por tercera vez, los alumnos descendieron uno a uno.

Alguien empujó a Twelve, y ella perdió el equilibrio y estuvo a punto de caerse. Se dio media vuelta repentinamente, con la cara roja, convencida de que la habían empujado adrede. En cambio, vio a Rebecca, que la miraba con los ojos abiertos de par en par y, por una vez, no parecía haberla tomado con ella: estaba sorprendida de verdad.

—Oye —balbució—, ¿no reconoces... este sitio?

—Nunca he estado en esta orilla del río —respondió Twelve.

—Pero lo hemos visto en fotografías, cuando estábamos en el Moser. ¿No te acuerdas? Esta es la plaza del Telégrafo.

Entonces, Twelve se percató del extraño monumento de bronce que había en el centro de la plaza: un pilar altísimo envuelto en una maraña de palancas y engranajes estáticos. Plaza del Telégrafo. Cuántas veces, en el orfanato, había soñado que estaba precisamente allí, paseando con...

Twelve vio el edificio de su izquierda, con su fachada color limón y sus delgadas columnas, y se dio cuenta de que aquella era la Academia de Servicio: la escuela de Camareras a la que tanto Rebecca como ella deberían haber asistido de no haber terminado en la de los Ladrones.

Y si aquel edificio serio y sobrio era la Academia de Servicio... el edificio que había en el lado opuesto de la plaza, con su fachada oscura y sus ventanucos ocultos tras rejas, debía de ser el Cuartel de los Húsares de Danubia. El lugar donde, desde hacía meses, vivía y estudiaba su mejor amigo, Seventy Stephen.

—Todo habría sido distinto si hubiéramos venido a estudiar aquí, ¿no? —preguntó Rebecca en voz baja. Twelve no dijo nada. Todo habría sido distinto, sin duda. Pero ¿habría sido mejor? Le hubiera gustado conocer la respuesta, pero no la tenía.

Un grupo de alumnas de Servicio salieron trotando de su escuela, con sus elegantes uniformes color gris ceniza y el delantal bordado de encaje. Llevaban el pelo limpio y una ligera capa de maquillaje y reían mientras esperaban que una carroza viniera a buscarlas para llevarlas al trabajo o (como a Twelve le gustaba pensar) a una fiesta.

Era esa hora en la que la tarde empieza a transformarse en noche, y la plaza estaba a rebosar de gente que entraba en las tiendas de resplandecientes escaparates para comprar algo de cenar, o bien se detenía para charlar por última vez con un compañero de trabajo antes de marcharse. Por todas partes se veían periódicos bajo el brazo, paquetes envueltos en papel de estraza y cerrados con lazos que prometían galletas, o quizá un buen filete. Se veían carpetitas de documentos con el escudo real en manos de hombres con sombrero y engalanadas señoras preparadas para ir al teatro o a tomar un aperitivo.

—¿Adónde tenemos que ir? —le preguntó Arthur al padre Giacomo.

Era la primera vez que hablaba desde que se habían alejado de la Aduana y de la casa de empeños de Orestes, y en la frente tenía una arruga pronunciada como el

terraplén de un río.

—El último objetivo está aquí cerca, joven amigo —respondió el profesor—. Seguidme.

Entonces, alguien tocó una trompeta, y los cuatro soldados de guardia que había frente al Cuartel de los Húsares se cuadraron, sacaron los sables y los colocaron frente a sus rostros en posición vertical.

—¿Qué pasa?

—El cambio de guardia —explicó el padre Giacomo—. Pero os invito a que no miréis a los Húsares de esa manera. Entre nosotros y ellos, bueno... Podríamos decir que nuestras profesiones tienden a ponernos a menudo en contraposición.

Pero ¿cómo podían evitar, aquellos jóvenes Ladrones que desde hacía meses vivían prácticamente en reclusión, quedar fascinados frente al solemne desfile que se desarrollaba frente a sus ojos?

Las puertas del Cuartel se abrieron de par en par y dos filas de cadetes salieron desfilando por ellas. Vestían brillantes botas de cuero, un uniforme con botones dorados y charreteras decoradas con blasones y cordoncillos. Y todos llevaban el sable a un costado.

Los jóvenes Húsares caminaban a paso marcial con una sincronización tan perfecta que se podía espiar a través de las piernas de todo el pelotón, en fila india, mientras la trompeta tocaba un ritmo solemne.

Twelve buscaba entre aquellos rostros a su amigo Stephen, pero no lo encontraba por ninguna parte, y con cada segundo que pasaba aumentaba su miedo de que el padre Giacomo se la llevase de allí. Era tarde, le diría, y los Húsares eran el enemigo.

Los Húsares, tal vez; pero Stephen desde luego que no.

Cuando cien cadetes formaron filas en la plaza bajo la mirada curiosa de los transeúntes, un joven oficial desenfundó el sable y gritó con voz potente:

—¡Húsares, presenten armas!

Y los cien muchachos a sus órdenes desenvainaron los sables y se los llevaron al rostro, igual que habían hecho los guardias de la puerta.

—¡Húsares, caaambio!

Los cuatro soldaditos que tenían que empezar su turno de guardia se separaron de la fila y ambos grupos se cruzaron y mantuvieron el saludo militar hasta que el comandante gritó:

—¡Húsares, flanco izquierdo!

Todos se giraron al unísono y, entonces, Twelve lo vio: uno de los chicos de la tercera fila, con el rostro casi invisible bajo una boina con una borla dorada, los pómulos altos y afilados, el mentón recto, la sombra oscura de un bigote que empezaba a asomar en el labio superior. Ese chico... Era él, sin duda. Seventy Stephen.

—Stephen... —murmuró, y Rebecca dijo:

—¿Está aquí? ¿Dónde?

Las piernas de Twelve se movieron instintivamente, preparadas para lanzarse a una carrera desesperada, y era una locura, pero en aquel momento no era capaz de pensar en otra cosa que no fuera ir al encuentro de su amigo.

Solo le dio tiempo a dar dos pasos: entonces, el anillo que llevaba en el pulgar se transformó en fuego y le arrancó un agudo grito de dolor.

El padre Giacomo la agarró por el hombro antes de que cayese al suelo.

—Una pésima idea, querida mía —le susurró—. El contraanillo impide que los alumnos traicionen nuestra honorable Academia... Y correr al encuentro de los Húsares se considera, probablemente, una infracción de ese estilo. Recuerda siempre el undécimo mandamiento, querida mía.

—¿El undécimo... mandamiento? ¿Y cuál es?

—No dejes que te atrapen —respondió el profesor con sencillez.

Twelve asintió con la cabeza mientras el contraanillo se enfriaba y el dolor le permitía respirar de nuevo.

El padre Giacomo tenía razón.

Stephen pensaba que estaba muerta. Eso era lo que creían sus antiguos compañeros, gracias a la mentira que Miss Kindheart había difundido por el orfanato. Twelve, Rebecca, Ninon y Hugo habían muerto en la explosión del puente Delagrava, incluso se habían celebrado funerales en su honor y, como la propia Miss Kindheart había revelado, Seventy Stephen no lloró. Fue fuerte, el más fuerte de todos, consoló a los demás y ocultó su dolor.

—Muy bien, cielito mío —dijo el padre Giacomo—. La disciplina conduce a la salvación. Ahora, vamos.

Twelve asintió. Se mordió el labio y se obligó a no llorar, se conformó con observar un último momento a su amigo, que ya se perdía entre las filas de los Húsares.

Entonces suspiró y siguió al padre Giacomo hacia las profundidades del barrio Tabán.

La elección del jefe

Volvieron a la Academia algo pasadas las nueve de la noche. Los alumnos tenían las mejillas enrojecidas por el aire fresco y los ojos iluminados, chispeantes con todo lo que habían visto durante la tarde. Sus pensamientos eran una mezcla de recuerdos y expectativas: Twelve acababa de ver a Stephen; Arthur, un fragmento de su vida en la Aduana; Rebecca, la Academia de Servicio, y Karl había escuchado tocar a un hombre en la calle que le había recordado su arpa de mil cuerdas y su sueño de convertirse en Músico cuando aún asistía a la prestigiosa Escuela Preparatoria Ostenshof.

La primera salida fuera de la escuela los dejó tan conmocionados que casi se olvidaron de sus conflictos internos y los convirtió, si bien no en un verdadero equipo, al menos en un grupo de cómplices que compartían algo. No eran amigos, y probablemente nunca llegarían a serlo, pero fuera de la Academia no podían permitirse el lujo de considerarse enemigos, porque sus verdaderos enemigos eran todos los demás.

Llegaron al comedor cuando la cena estaba casi terminando, pero los cocineros habían guardado algo caliente para ellos. Cuando entraron en el gran comedor, los alumnos de otros cursos los miraron con una mezcla de envidia y compasión. También ellos, hacía años, habían vivido su primera salida. Y ellos también habían vuelto a aquella sala con el rostro velado por las emociones.

Les hicieron sentarse a todos en la misma mesa, preparada para la ocasión, y Madame Truffaut les dejó tiempo para atiborrarse de estofado y patatas antes de acercarse a darles las últimas instrucciones:

—Antes de volver a vuestras habitaciones, muchachos, tenéis que realizar una última tarea. Habéis visitado los tres lugares en los que podréis realizar vuestro examen. Ahora tenéis que decidir en cuál de los tres queréis dar vuestro golpe. ¿En la casa de empeños de Orestes? ¿En la Villa Moehringer? ¿O en la tienda de Juan Xavier, el armero de Toledo, detrás de la plaza del Telégrafo?

—Orestes es para nosotros: poco botín, pero seguro —exclamó Arthur, golpeando violentamente la cuchara contra la mesa.

Madame Truffaut le sonrió.

—Me parece muy bien que tengas las ideas claras, Arthur, pero vuestra decisión no se tomará así. Una vez que hayáis consultado entre vosotros, será vuestro capitán quien la comunique. Volveremos cuando termine la cena.

—Profesora —le preguntó Sammy—, ¿qué pasa si dos grupos eligen dar el mismo golpe?

—Lo echaremos a suertes —respondió Madame Truffaut.

La profesora todavía no se había alejado de la mesa cuando Twelve se encontró rodeada por sus compañeros de equipo.

—Tenemos que robar a Orestes —afirmó Arthur, sin medias tintas—. Es la mejor decisión. Hay gorilas, pero Karl, Owen y yo podemos deshacernos de ellos en un momento.

—Y tú tienes cuentas pendientes con Orestes, por lo que veo —comentó Zella.

—Es posible, sí —admitió Arthur, aunque no añadió nada más.

—Yo, en cambio, digo que deberíamos dar el golpe en Villa Moehringer —murmuró Karl—. Los perros no me preocupan, porque puedo trepar por la roca y tirar una escalerilla de cuerda desde lo alto para que podáis subir los demás.

—Pero a ninguno se nos da demasiado bien forzar cerraduras —intervino Owen.

—Habla por ti —protestó Cressida.

—¿A ninguno le gustaría intentarlo con el armero? —preguntó tímidamente Twelve.

La boca de Rebecca se contrajo en una mueca.

—Ni hablar —respondió Cressida.

—¿Y por qué no? —preguntó Owen.

—Pero ¿tú has visto lo cerca que está ese sitio del Cuartel? —exclamó Karl—. Al mínimo ruido se nos echarán encima todos los Húsares de Danubia.

—Tal vez sea eso precisamente lo que quiere Twelve... —rio con sarcasmo Rebecca.

—Hasta el padre Giacomo ha reconocido que probablemente sea el golpe más delicado... —añadió Zella.

—Pero ¿no se supone que vosotros sois los mejores de la escuela? —replicó Twelve en tono cortante.

—Yo opino que debemos robar a Orestes —insistió Arthur.

La discusión se prolongó un poco, y el debate no tardó en mezclarse con el de los demás grupos. Twelve prácticamente dejó de escuchar. Arthur se comportó como si él fuera el jefe, y ella se lo permitió.

Su predilección por el armero de Toledo, más que a la cercanía al Cuartel de los Húsares, se debía a otro detalle: la tienda de Xavier estaba en el mismo barrio que la de los hermanos Zorba, los Alquimistas a los que el doctor Mugaba les compraba productos. ¿Qué pasaría si conseguía ponerse en contacto con ellos, tal vez durante la segunda inspección?

La idea empezó a rondar por su cabeza, fastidiosa y cautivadora, y permaneció

allí hasta el final de la cena, cuando Madame Truffaut volvió con ellos.

—Y bien, muchachos, ¿habéis decidido? —preguntó, abarcando la mesa entera con su penetrante mirada.

—Orestes —susurró Arthur al oído de Twelve, con una sonrisa triunfal—. Estamos todos de acuerdo.

—¿Sammy? —preguntó Madame Truffaut—. ¿Qué habéis decidido?

—Villa Moehringer —respondió ella, poniéndose de pie.

—¡No *ez juzto!* —saltó Lapo—. ¡La villa era *nueztra!*

—Calma, calma... —dijo Madame Truffaut—. Lo echaremos a suertes. ¿Y vuestro grupo, Twelve?

Twelve se puso de pie muy, muy despacio.

—El armero del barrio Tabán —respondió.

—Pero ¿qué dices? —gritó Arthur, dejando caer el plato al suelo.

—Profesora —intervino Rebecca—. No es cierto: nuestro grupo ha decidido robar la casa de empeños de Orestes, es Twelve que... que...

Madame Truffaut levantó su barbilla afilada, pensativa, y contempló a Twelve con una expresión indescifrable.

—Twelve es la jefa de vuestro equipo —dijo por fin—. Y la jefa del equipo decide. Así que el armero para vosotros.

Twelve se sentó en su sitio con los ojos clavados en el plato vacío.

—¿Te crees la más lista? —le espetó Arthur—. Esta me la pagarás, ¿sabes?

Por única respuesta, Twelve cogió un mendrugo de pan y rebañó con él, esmerándose bien, lo que quedaba de salsa. Entonces lo engulló y dijo, dirigiéndose a Arthur:

—Está bueno, ¿verdad?

Karl bajó la mirada y Cressida lo imitó. Pero Twelve se habría apostado lo que fuera a que ambos ocultaban una sonrisa.

La profesora Akiko vestía una túnica de seda color rojo fuego, ceñida a la cintura por un delgado lazo de cuero y un par de sandalias negras, anudadas a las pantorrillas.

Estaban en una larga estancia dividida a la mitad por una pared de un metro de altura, que delimitaba el área en la que podían moverse los alumnos separándola de donde estaban los maniqués, varios objetos que se movían solos colgados a diversas alturas y muchos otros blancos.

A un lado estaban las armas, divididas por categorías: armas blancas —espadas y espadines, catanas orientales, sables turcos, puñales y una gran colección de cuchillos, estiletos y keris malasios—, mazas y clavas, luceros del alba, bastones y manguales, nunchakus. Armas de lanzamiento y de tiro. Un par de ballestas, tres arcos largos, arcos deportivos y arcos curvos. Las armas de fuego estaban protegidas tras una reja de metal, con una cerradura de combinación que ni siquiera Lapo había

conseguido abrir: allí había pistolas pequeñas y largos fusiles, arcabuces y hasta una colosal ametralladora de rotación que, según la leyenda, pertenecía al Gran Manny. Los explosivos, los cartuchos de dinamita y las bombas molotov estaban en una estancia aparte, sobre cuya puerta el padre Giacomo había colgado, hacía años, un retrato de santa Bárbara, protectora de la pólvora y los explosivos.

A Twelve le gustaba Akiko, pero no le agradaba aquella sala. Olía a pólvora y a aceite para uncir las hojas. Apestaba con el penetrante olor que emitían las piedras rodantes con las que se les sacaba filo a las armas. Y allí dentro además revoloteaba otro olor, que no era sudor, sino el de los humores que las personas liberan cuando se les permite dar rienda suelta a su propia violencia.

Akiko, sin embargo, parecía completamente impermeable a aquellos humores, como si su corazón también estuviera hecho de seda.

—La clase de hoy, muchachos... —empezó a decir—, trata sobre el camuflaje: el arte de esconder las armas. —Abrió los brazos, con un frufrú de su túnica, y preguntó—: ¿Cuántas armas pensáis que llevo encima?

—Trez —respondió Lapo sin pensárselo.

Akiko lo miró.

—*Zeguramente* lleva una *piztola* —murmuró el chico, un poco intimidado—. Y, al *menoz*, un cuchillo, diría yo.

—Mmm... —respondió Akiko—. ¿Alguno tiene una opinión distinta de la de vuestro amigo? —Nadie respondió—. Acércate —le pidió Akiko a Lapo.

Lapo se le acercó, titubeante. Y, entonces, dado que la profesora se mantenía inmóvil frente a él, le preguntó:

—¿Qué *ze zupone* que tengo que hacer?

—Busca —respondió ella.

Lapo tragó saliva.

—¿*Eztá* diciendo que tengo que...?

—Buscar mis armas. Cuando te encuentres frente a tu enemigo, es muy importante deducir de inmediato cómo puede atacarte.

Lapo la miró sin saber bien qué hacer.

—Lapo —sugirió ella—. ¡El cinturón!

Algunas chicas rieron con malicia mientras Lapo intentaba desatar la hebilla del cinturón de Akiko sin rozarle el vestido. Cuando lo consiguió y lo dejó caer al suelo, estaba empapado en sudor.

—Y, ahora, los broches —continuó ella, imperturbable.

Lapo se colocó tras ella, de puntillas, y abrió los dos broches que sostenían la túnica de la profesora, que también se deslizó hacia el suelo.

Akiko tenía un cuerpo ágil y musculoso. Debajo de aquella túnica llevaba dos bandas elásticas negras que mantenían un par de pequeñas pistolas sujetas a sus costados. Un largo cuchillo, colocado en vertical, con la empuñadura hacia abajo y la punta justo entre los omoplatos, le recorría la espalda.

—¡Zon trez! —exclamó Lapo, aliviado.

—¿Eso es todo? —preguntó Akiko—. ¿Alguien tiene algo que añadir?

—El cinturón —intervino Mathias en aquel momento.

Akiko se giró hacia él.

—¿El cinturón?

Mathias se separó del grupo y recogió del suelo el cinturón de piel: era una tira de cuero normal, pero, en cuanto Mathias la giró, dejó a la vista un pequeño compartimento, más o menos a la mitad de su longitud.

—Es una honda —dijo Mathias, enseñándosela a Akiko.

Ella se mostró muy contenta.

—Un perigallo, más concretamente —corrigió. Recogió del suelo la túnica de seda y se la puso con un movimiento fluido—. O, lo que es lo mismo, un arma antiquísima: muy sencilla, pero capaz de golpear un blanco con precisión hasta una distancia de cuatrocientos metros. Y que, como veis, podéis llevar siempre encima sin que nadie se percate. —Recuperó el cinturón de las manos de Mathias y preguntó—: Entonces, ¿cuántas armas llevaba encima?

—Muchas más de las que imaginábamos, profesora —le respondió Mathias, sin dejar de sostenerle la mirada.

Los labios de Akiko se estiraron imperceptiblemente, el único signo que, tratándose de ella, revelaba una sonrisa.

—La honda es un arma bastante complicada de usar —explicó—. ¿Malcom? ¿Puedes sacar del expositor veintiún hondas para tus compañeros y para ti? —añadió, desplazándose hacia los objetivos.

Durante la siguiente media hora, los alumnos intentaron colocar el proyectil en el compartimento de cuero, empuñar ambos extremos de la honda y hacerla girar en paralelo al cuerpo, cada vez más deprisa para, finalmente, soltar uno de los lazos (solo uno) cuando el proyectil quedaba justo a la altura de la cabeza, y así otorgarle la trayectoria y el efecto justos.

Akiko tenía razón: dominar aquel instrumento llevaba mucho tiempo. O, tal vez, mucha más concentración de la que Twelve conseguía tener aquel día: entre tiro y tiro, pensaba cuándo harían la segunda inspección, en los Húsares, en la armería y en la tienda de los Alquimistas.

La noche anterior fue la primera que había dormido sin soñar, y eso casi la había asustado. Ya no tenía recuerdos de la Cuarentena. Y, tras el fracaso de su incursión nocturna, casi había dejado de pensar en Cara de Hierro.

—¡Aaah! —gritó, dándose un latigazo en una pierna con el lazo de cuero.

Ten la cabeza donde la tienes que tener, Twelve, se dijo. Tenla aquí.

En sus varios intentos, lanzó contra una pared, rozó a uno de sus compañeros, y una sola vez consiguió tirar en la dirección adecuada.

Cargó y lanzó una vez más, y el proyectil salió disparado en vertical sobre sus cabezas.

—¡Cuidado! —gritó a los demás para que se apartaran.

—Ya basta —intervino Akiko—. Está claro que hoy no consigues concentrarte.

—Sí, efectivamente, ya basta —se escuchó en aquel momento otra voz, que retumbó repentinamente en la armería—. Disculpa la interrupción —dijo el profesor Luther, dirigiéndose a Akiko—. Pero necesitaría hablar un momento con una de las alumnas. Twelve, si eres tan amable de acompañarme...

Ya está, pensó Twelve. Pero ¿qué es lo que ya está?

Se dirigió hacia el profesor con una sensación de impotencia, sintiéndose culpable, aunque solo fuera de sus propios pensamientos.

El profesor le dedicó una sonrisa a Akiko, hizo un gesto a los demás para que retomaran el entrenamiento y luego salió de la armería.

—¿Adónde estamos yendo? —murmuró ella, siguiéndole por el pasillo.

—Al despacho de la rectora —le respondió Luther.

—O sea, al invernadero.

—Al invernadero —confirmó el profesor.

—¿Qué he hecho esta vez? —preguntó ella cuando salieron al jardín. Vio a Mister Peele con una gran bomba de agua y se dio cuenta de que algo no iba bien. Así que corrigió su pregunta—: ¿Qué ha pasado?

—Hotis —respondió Luther.

—¿Qué pasa con Hotis?

—¿De verdad no lo sabes? —le preguntó Luther.

Twelve no tenía la más mínima idea de a qué se refería el profesor. Vio una enorme sábana, extendida en el suelo a lo largo del muro donde crecían las Rosas Guerreras...

—¿Qué le ha pasado a Hotis? —preguntó, deteniéndose y notando que de repente le faltaba el aliento.

El profesor la empujó al invernadero con un empujón.

—¡Tú y yo habíamos hecho un pacto! —gruñó—. ¡Y esperaba que lo respetases!

—No sé de qué está hablando —replicó Twelve. Entonces, de repente, lo comprendió. Cuando salieron al jardín, los tallos de las rosas no se dirigieron hacia ellos como solían hacerlo. El profesor Luther tendría que haber dejado que lo reconocieran para evitar que los atacaran y poder llegar a la entrada del invernadero.

—¿Han matado a las rosas? —preguntó Twelve, dándose media vuelta—. Hotis ha...

—Pero antes las rosas han reaccionado a su ataque —respondió Luther secamente.

Twelve sintió que se desmayaba. Se llevó una mano a la boca y contuvo un grito aterrorizado.

—Y tú no sabes nada de todo esto, ¿verdad? —añadió Luther.

—No, profesor —murmuró Twelve—. De verdad que yo no...
—Camina —le ordenó Luther.

Los sin cara

En el invernadero, la humedad era opresiva. Los árboles y las plantas tropicales crecían a ambos lados de un pasillo central de tierra batida, entre el zumbido difuso de los insectos y el del sistema de riego. Grandes hojas verdes destilaban gotas de agua y orquídeas multicolores ondeaban en las ramas alrededor de las cuales se habían enroscado.

A Twelve le costaba pensar. Y entender. ¿Qué le había pasado a Hotis? Lo había dejado tendido en su camilla, incapaz de moverse, hacía apenas unos días. Y ahora... Ahora ¿qué? Quería pedirle al profesor Luther que le contara algo más, pero no le dio tiempo a hacerlo.

La rectora los esperaba sentada en una silla de acampada plegable, frente a una mesa de madera sostenida por dos borriquetas sobre la que se alineaba un pequeño bosque de bonsáis que Hortensia podaba cuidadosamente con unas tijeritas. Llevaba un enorme sombrero de paja que escondía parcialmente la máscara de porcelana blanca que le ocultaba el rostro.

De pie junto a ella, imponente y silencioso, estaba el gólem Odo, con su librea de mayordomo, su fajín y su chaqueta de cola. Siempre estaba presente cuando sucedía algo importante, como si fuera el depositario del reglamento completo de la Academia.

—¡Ah, qué bien! ¡Habéis llegado! —exclamó la rectora en cuanto los vio, soltando las tijeritas y quitándose los guantes de jardinería.

Odo se movió silenciosamente tras ella para recogerlos y metérselos en el bolsillo del frac.

—Qué alegría verte, Twelve. Hace mucho que no tenemos oportunidad de charlar un poco nosotras dos.

—Lo cierto es que no creo que hayamos charlado nunca —respondió ella, a la defensiva.

—Ah, sí, sí, es verdad. Bueno, siempre hay una primera vez para todo, aunque esta no sea una de las mejores... ¿Qué le has contado, Luther? —preguntó la rectora en un tono alegre, evidentemente artificial.

—Casi nada.

—Bien —retomó ella—. ¿Cómo están yendo las clases, Twelve? Tus profesores

me han dicho que están muy contentos contigo. Sé que te aplicas mucho, y Zefirotti me ha contado que incluso has entrado en el equipo.

Twelve no respondió.

¿Qué estaba pasando?

—Aunque supongo que tendrás problemas, tal vez con tus compañeros... Pero eso es normal, ¿no? Si uno quiere ser el mejor... Es ley de vida. Y, por cierto... —La rectora la sopesó con la mirada—. A ver, pequeña, permíteme que te cuente un secreto. Anoche, esta mañana, se ha producido un hecho bastante desagradable. Pero tal vez ya sepas a qué me refiero.

—Me temo que no —respondió Twelve en voz baja.

Odo se movió para poder verle la cara. ¿Tendría aquel gólem la capacidad de leer el pensamiento y descubrir si estaba mintiendo?, se preguntó Twelve.

Bueno, pues léeme la mente entonces, monstruo: no tengo nada que esconder.

—Lamento comunicarte que Hotis, uno de tus compañeros de segundo, ha muerto.

—¿Muerto? —boqueó Twelve.

—De una manera horrible, debo añadir... —prosiguió la rectora—. Ha vuelto a intentar fugarse, atravesando el patio. Ya lo había intentado la semana pasada, creo que estabas al tanto de esto. Solo que esta vez Hotis estaba armado...

La rectora miró a Luther, que añadió:

—Con una bomba molotov de alcohol desinfectante que fabricó en la enfermería.

—Oh, no... —murmuró Twelve, horrorizada.

—Exactamente, niña mía: algo espantoso. Se ha lanzado literalmente contra las rosas, y ellas, esta vez, no han tenido piedad.

—No puede ser... ¡Hotis! Me había jurado... —se le escapó.

—¿Qué te había jurado? —le preguntó inmediatamente la rectora.

—Que no se escaparía —respondió Twelve.

—Cielo, creo que entonces te ha mentado... O quizá, no sé cómo decirlo... El doctor Mugaba me ha confesado que estos últimos días has estado cuidando de él.

—Sí, es verdad, pero... —balbució Twelve.

Se giró hacia el profesor Luther, que parecía petrificado. ¿Qué querían saber? Parecía que estuvieran esperando que Twelve dijera algo o reaccionase de una manera concreta, pero ella seguía dando palos de ciego.

—Escucha, Twelve, para ser claros... Esta noticia sigue siendo secreta, se la contaremos al resto de alumnos mañana, cuando nos hayamos hecho una composición de lugar más clara sobre la situación. El problema aquí es que todos sabemos lo que tú hiciste. Y sabemos también lo que ha intentado hacer Hotis. Ahora, ¿no te parece raro que, después de hablar contigo, él haya decidido volver a intentarlo?

—¡Yo le dije que debía quedarse aquí! —protestó Twelve.

—¿Y cómo quieres que te creamos? —le preguntó Luther.

—¡Porque es verdad! ¡Yo no tengo ni idea de... cócteles molotov! Yo..., yo quería que Hotis se recuperara.

—¿Y esto, entonces? ¿No te suena de nada?

Con un gesto de prestidigitador, el profesor Luther se sacó de un bolsillo la cuchara envuelta en papel de plata con la que Twelve había extraído los ladrillos de la Cuarentena y se la colocó frente a los ojos.

Twelve gimió, pero como estaba conmocionada por todo lo que le había pasado a Hotis, nadie pareció darse cuenta.

—¿Qué es eso? —preguntó, apretando los dientes.

—Sabes perfectamente lo que es —contestó Luther en voz baja.

Sí que lo sabía. Pero ¿cómo podía tenerla el profesor Luther? Había salido rodando fuera de la Cuarentena cuando volvió a colocar los ladrillos en su sitio. Y ya no estaba cuando Lapo y ella volvieron a buscar a Cara de Hierro.

Piensa, Twelve, piensa.

—Nos gustaría saber por qué la tenía Hotis consigo —dijo la rectora.

¿Hotis la tenía consigo? ¿Hotis? ¿Cómo podía ser? Entonces, ¿no la habían encontrado los profesores? ¿Luther no había bajado a la Cuarentena, no había descubierto que habían movido los ladrillos, no era él quien había recogido la cuchara del otro lado? ¿O sí había hecho todo eso, y ahora le estaba tendiendo una nueva trampa?

—Yo... —murmuró Twelve, sin aliento, mientras los pensamientos se separaban unos de otros, daban vueltas en su cabeza y volvían a recomponerse, conformando una nueva historia, más verosímil—. Yo... Si es lo que creo que es..., se la había regalado como... amuleto.

—¿Como amuleto?

A Twelve le pareció percibir en el rostro de Luther un destello de satisfacción. Y estaba sorprendida consigo misma. ¿Sería aquella la dirección correcta?

¿O ya la habían pillado?

—La saqué de la Cuarentena —admitió—. Y le dije que si había conseguido salvarme a mí... Tal vez... podía salvarle también a él.

El invernadero y las miradas de los profesores se cernían sobre ella, dejándola sin vía de escape.

Hortensia esperó una cantidad de tiempo que a ella se le antojó infinita, antes de contestar.

—Esta Academia es una maquinaria muy complicada, que precisa de la contribución de todos sus miembros para funcionar...

Twelve agachó la cabeza para intentar apaciguar los latidos de su corazón. ¿Cómo podía haberle llegado aquella cuchara a Hotis? ¿Cómo era posible? Y, entonces, ¿lo que le había dicho Luther era verdad? ¿O solo era una mentira más? Pero ¿con qué fin le mentía?

¿Había descubierto el pasadizo de la Cuarentena? O bien...

Con un destello, Twelve vio a Cara de Hierro recogiendo la cuchara y luego esperando en su pequeño zulo...

¿Habría conseguido escapar?

La idea la dejó completamente muda y casi le hizo olvidar en presencia de quién se encontraba. Y lo que había pasado. En su cabeza se agolpaban nuevos pensamientos.

Incluso suponiendo que aquella cuchara hubiera salido de la Cuarentena de mano de Cara de Hierro, era incapaz de vincularla de ninguna manera con Hotis. Daba palos de ciego y se sentía asediada.

—¿Twelve? —le preguntó la rectora.

—¿Qué? —respondió ella bruscamente.

—He dicho que debes elegir qué hacer, muchacha. Has sido la última en bajar a la Cuarentena y, por tanto...

—¿Qué tiene que ver la Cuarentena con todo esto? —preguntó ella, dándose cuenta de que, por seguir el hilo de sus propios pensamientos, se había perdido una parte de la conversación.

—He dicho que nosotros seguiremos investigando, querida niña... —explicó la rectora—, y si por casualidad descubriéramos que al pobre Hotis le hubieran, de alguna manera..., convencido para hacer lo que hizo...

¿Convencido?, se preguntó Twelve. ¿Por qué habría tenido que convencer alguien a Hotis de que hiciera algo así? Pero, entonces, llegó ella sola a la conclusión.

—Las ha matado... —murmuró.

—¿Qué dices, niña?

—Hotis ha matado a las Rosas Guerreras... —repitió Twelve en voz alta.

Luther no le dejó añadir una sola palabra más. La cogió por los hombros, haciéndola gritar del susto.

—¡Ya basta de jueguecitos, Twelve! ¡BASTA! —le gritó a la cara—. ¡No eres la primera que ha intentado desafiarnos! Y no serás la última. Querías vengarte, ¿no es eso lo que querías? ¿Y por eso has sacrificado a Hotis? ¿Y las pintadas en la puerta de los Lords? Porque has sido tú, ¿verdad? ¡Confiesa! ¡CONFIESA!

Luther no dejaba de zarandearla como si fuera una muñeca de trapo y Twelve pensó que iba a perder el sentido, antes de que Odo interviniese. El gólem apoyó una mano en el hombro de Luther y dijo con su voz arenosa:

—Ya basta, profesor.

Mantuvo allí la mano —una mano grande, enorme— hasta que Luther soltó a Twelve y se tranquilizó, disculpándose.

Twelve dedicó a la criatura de piedra una mirada llena de gratitud y se recolocó el jersey, confusa.

Nada de lo que le habían gritado tenía sentido. Por una vez, realmente no tenía nada que ver con todas aquellas acusaciones.

La rectora parecía avergonzada por el comportamiento de Luther.

—Puedes marcharte —le dijo a Twelve sin inflexiones de voz.

Twelve cerró los puños y notó cómo la invadía por dentro una rabia infinita. ¿Qué derecho tenían aquellas personas a hacer con ella todo lo que se les pasaba por la cabeza? Le habría gustado tirar al suelo aquellos preciosos bonsáis y pisotearlos hasta hacerlos pedazos. Pero ¿qué culpa tenían ellos? No eran más que plantas en miniatura, condenadas a un continuo trajín de tijeras que les impedían crecer.

No se movió. No era capaz.

—¿Y bien? —le preguntó la rectora.

—Yo no sé nada sobre esta historia. Nada de nada. Pero aun así, hay algo que sí os puedo decir. —Luther recogió la cuchara del suelo—. Espero que no atrapéis nunca a los culpables.

Aquella noche, le costó mucho jugar con Ninon. Cada vez que sonreía, que decía algo, que la niña saltaba en la habitación, a ella le venía a la mente la imagen de Hotis. Su ojo, el único lugar libre de vendas. Su rostro atormentado por el dolor.

Ninon estaba contenta y avispada como solo puede estarlo una niña de cinco años. Tenía ganas de correr y de saltar, de repetir la lección con Twelve. De que le contara otra vez cómo habían cabalgado la estela del tren subterráneo. Se dieron una larga ducha juntas, con Ninon abrazada a sus piernas, mientras Twelve contemplaba la caída irregular del agua, hipnotizada.

Se despidió de las otras chicas:

—Buenas noches, Cressida; buenas noches, Henna. —Y cuando escuchó que le respondían, disfrutó de la peligrosa sensación que le producía el que, después de haber estado a punto de matarla con el balón petrificante, las cosas, de alguna manera, hubieran tomado finalmente la dirección adecuada.

En su habitación, mientras le secaba el pelo a Ninon, la niña le preguntó:

—¿Quién es Cara de Hierro?

Twelve bajó la toalla de repente.

—¿Dónde has escuchado ese nombre? —le preguntó, alarmada.

La niña se dio la vuelta entre sus brazos y, cuando Twelve volvió a frotarle el pelo, respondió:

—Me lo has dicho tú.

—¿Cuándo?

—En sueños, mientras dormías.

—Entonces será alguien con quien estaba soñando... —murmuró Twelve, esperando que aquella explicación fuera suficiente—. ¿Y he dicho algún otro nombre, además de ese?

—Hugo —respondió inmediatamente Ninon—. Y Stephen. Pero sobre todo Hugo.

Vaya, pensó Twelve para sí. ¿Qué pasaba, que aquella niña no dormía nunca?

—Cara de Hierro era una niña muy buena —le contó Twelve— que un día se enamoró de un príncipe muy malo...

—¿Y qué más?

—Entonces el príncipe malvado la encerró en una habitación, completamente sola, y le puso una máscara para que nadie pudiera verla nunca más...

—¿Y por qué hizo eso el príncipe?

—Porque era malo... —sonrió Twelve—. Pero Cara de Hierro, afortunadamente, era muy inteligente y... —Le acarició el cabello a Ninon, preguntándose qué habría podido hacer, llegada a aquel punto, una niña tan inteligente en el cuento que se acababa de inventar, aparte de matar al príncipe y escaparse—. Consiguió escapar de la habitación, se quitó la máscara y, en aquel momento, con una poción de los hermanos Zorba, los Alquimistas más famosos del reino..., convirtió al príncipe en un balón... y se dedicó a darle patadas por todo el patio.

—¡Eh, pero eso es cruel! —protestó Ninon.

—Es verdad —admitió Twelve—. Es cruel. Pero la vida muchas veces lo es.

—¿Y termina así? —preguntó Ninon.

—Y termina así..., termina así... —la regañó Twelve con aire bonachón—. ¿Cuántas preguntas más quiere hacer usted, señorita, antes de irse a dormir?

Ninon no protestó, se colocó en su sitio en el colchón y, en cuestión de pocos minutos, ya estaba dormida, aparentemente como una bendita.

Twelve, en cambio, tenía los ojos como platos por la tensión, y no solo por el asunto de Hotis: al día siguiente debían realizar la segunda inspección.

Con cuidado de no hacer el más mínimo ruido, salió de la habitación.

—¿Lapo? —se preguntó cuando escuchó un ruido de pasos en el pasillo oscuro—. ¿Mathias?

Pero como ninguno de sus dos amigos le respondió, llegó a la escalera y trepó por ella hasta la sala común.

Estaba desierta.

Rebuscó entre las miles de pintadas que tapizaban el tejado hasta encontrar el famoso corazón en el que, consumidos por el tiempo y asediados por otras mil palabras, aún consiguió leer los nombres de Amaryllis y Lobo.

Se mordió la punta de la lengua, pensando en el fracaso de la expedición con Mathias y Lapo. Después de tanto pensar en ella, la vida de la Academia le había hecho olvidar a Cara de Hierro. Y ni tan siquiera había hablado nunca con Lobo de ella.

Twelve se quedó observando la escalerilla de cuerda que subía a la habitación del jefe de la manada. La rozó con una mano. Había trepado por ella alguna vez para contemplar la ciudad desde el tejado, y aquella noche tenía unas ganas inmensas de volver a hacerlo.

Escuchar a Ninon hablar de Cara de Hierro había hecho que la invadiera un nerviosismo inexplicable, que unido al arrebató de Luther y a lo que le había pasado a

Hotis, le hacía sentirse como un ratón encerrado en una jaula. Tenía calor, le daba la sensación de que se ahogaba.

Así que, en vez de bajar, subió. Y, una vez allí, trepó entre las vigas hasta la claraboya, abriéndola con cuidado. De un salto, se encontró sobre las tejas y respiró a pleno pulmón. Las estrellas eran frescas. La luna, tranquilizadora. Gateó, como habría hecho uno de los Harapientos, hasta la chimenea más cercana.

—Ver un poco Danubia quiere, antes de a dormir ir... —murmuró, imitando la manera de hablar de aquellas criaturas. Quién sabe quiénes eran y a qué se dedicaban allí abajo.

Ahora que estaba arriba, Twelve se sintió extrañamente ligera. Y solo podía experimentar aquella ligereza si se permitía ser puramente egoísta. Al fin y al cabo, lo que había pasado en la Academia no era en realidad culpa suya... Así intentó alejar de su mente los pensamientos que la angustiaban. La cuchara, que había acabado inexplicablemente en las manos de Luther. La idea de dar el golpe en la tienda del armero Xavier para poder llegar hasta los Alquimistas. El Cuartel...

Volvía a estar presa de aquel nerviosismo voluble que no la llevaba a ninguna parte.

—Solo hay una cosa más terrible que no entenderse... —susurró en aquel momento una voz, no muy distante de donde estaba Twelve. Una voz que daba escalofríos, de lo lejana y familiar que parecía al mismo tiempo—. Entenderse completamente.

Una sombra se movió entre las chimeneas, rodando junto a ella.

Lobo.

Apeataba a tabaco.

—Te ordené que no volvieras a subir aquí nunca más.

Twelve no tenía miedo de él. A pesar de todo, nunca había temido realmente a Lobo.

—Me dijiste que nunca volviera a subir a tu habitación... —dijo—. Y, efectivamente, como ves, he subido más arriba.

Lobo le mostró los dientes.

—Por eso digo que es terrible. Porque ya sabía que me ibas a responder eso.

—¿Y qué piensas hacer ahora?

—Eres insolente, Twelve —respondió él, aunque no parecía enfadado—. Y no inspiras confianza por cómo has traicionado a la manada.

—¿Y de verdad no hay ninguna manera de perdonar una traición?

—Supongo que la habrá —respondió Lobo—. Siempre hay una manera.

Permanecieron callados, indecisos, el uno junto a la otra. Ambos perdidos en sus propios pensamientos.

—Debería mandarte abajo, Twelve. Y de malas maneras —dijo Lobo, pasado un rato—. Este es mi territorio. Y tú has vuelto a desobedecerme.

—Pero no lo vas a hacer.

—No, no lo voy a hacer.

—¿Y por qué?

—¿Quién sabe? —se preguntó el chico—. Será cosa de la luna.

—¿O igual es que te gusta hablar conmigo? —dejó caer Twelve.

—¿Y de qué podríamos hablar nosotros dos, chiquilla? —rio con malicia el jefe de la manada. Pero no se negó.

—De quién ha pintarrajeado la puerta de los Lords, tal vez... —dejó caer Twelve.

—¿Fuiste tú?

—Ah, no —respondió inmediatamente ella—. Pero me habría gustado.

—Sí —admitió Lobo—. A mí también me habría gustado. Es una pena que ni siquiera nos haya dado tiempo a tomarles el pelo como se merecen... Pobre Hotis.

—Sí.

—Gobert, el jefe de su hermandad, dice que estaba loco. Que siempre había estado loco.

—Me han dicho que fabricó un cóctel molotov...

—¿Y tú has escuchado alguna explosión? —replicó Lobo, escéptico—. ¿Has visto algún incendio?

—No, pero... sea como sea, lo ha conseguido: las rosas están muertas.

—Eso parece —murmuró Lobo.

En el largo momento de silencio que vino a continuación, algo hizo clic en la cabeza de Twelve, y la chica reunió valor.

—Oye, Lobo, hay una cosa que quiero contarte... —Él no contestó, pero Twelve comprendió que se había puesto en guardia—. Si quieres lo dejo —añadió.

—Yo no he dicho nada.

Twelve lo miró, pero no vio más que la sombra de su perfil. Le vio rebuscar algo que tenía en el bolsillo, entonces avistó un mechero, el cigarrillo retorcido que se introducía entre los labios y un resplandor naranja.

—¿Quieres una calada? —le preguntó Lobo.

Twelve no había fumado nunca. Y lo habría probado, pero no quería quedar mal justo en aquel momento.

—La próxima vez —respondió.

Dejó que Lobo encendiese el cigarrillo con un par de caladas y, entonces, continuó:

—Cuando estaba en la Cuarentena, vi a una persona.

Lobo sostuvo el cigarrillo entre los dedos. Luego volvió a metérselo en la boca.

—Una chica —murmuró Twelve—. Con una máscara de hierro ocultándole el rostro.

Él se giró.

—Creo que era Amaryllis —añadió entonces Twelve.

Vio cómo el cigarrillo se reducía a cenizas y el rostro de Lobo se encendía en llamas.

—Te equivocas —respondió.

—La he visto de verdad, Lobo. Moví..., moví algunos ladrillos y..., ella..., ella estaba...

—Twelve: no es asunto tuyo.

—Pero sí que lo es. Ella y tú erais...

—Lo que fuéramos ella y yo era asunto nuestro. No tuyo.

—Eres el jefe de mi manada —insistió Twelve.

—Y ese debería ser un buen motivo para que hagas lo que te digo. Ya es cosa del pasado.

—Pero la otra noche escuché a Cadmo y Annabelle...

—Y deja de espiarme —prosiguió Lobo.

Apagó el cigarrillo. Expulsó el humo que aún le quedaba.

—La he visto de verdad, Lobo. Créeme. No estoy de broma —murmuró Twelve cuando vio que se levantaba.

—Yo tampoco, Twelve. Y te creo. Pero créeme tú a mí: quien sea que hayas visto no era Amaryllis.

La segunda inspección

En el pupitre se leía: «Twelve es una...». Y luego aquella palabra, arañada con cuidado con un cortaplumas, letra a letra.

Twelve se sonrojó hasta la punta de las orejas y, al no saber muy bien qué hacer, se sentó y cubrió el pupitre con el cuaderno.

Entonces tuvo el impulso de echar un nuevo vistazo a la pintada, diciéndose que igual se la había imaginado, pero sabía que la encontraría allí, un insulto sólido y llameante grabado en la madera.

Quién sabe cuántas personas habrían tenido tiempo de leerlo. Quién sabe qué habrían pensado.

—Eso es culpa tuya —le susurró Arthur, colocándose en el pupitre que había detrás del suyo.

Twelve enarboló su pluma azul como si fuera un cuchillo. Akiko le había enseñado que cualquier cosa podía convertirse en un arma.

—Eh, eh, que no puedes demostrar que yo tenga algo que ver con eso —rio con malicia Arthur—. Solo digo que te lo has buscado.

El chico rubio sonreía enseñando todos los dientes, y Twelve tuvo ganas de coger la pluma y hacérsela comer.

—¿Por qué? ¿Acaso tenía que haber hecho lo que tú querías? ¿Aceptar la misión en la Aduana para que pudieras vengarte?

—¿Y si no? También era la misión más fácil. Tú has elegido la misión en el centro de la ciudad solo porque esperas volver a ver a ese tipo, el Húsar. O, al menos, eso es lo que dice Rebecca —Arthur rio maliciosamente—. Quizá lo que quieres es que te atrape, ¿no es eso? ¿No es eso?

Twelve se obligó a respirar hondo y a tranquilizarse, contrayendo las manos en puños. Enfrentándose a Arthur en aquel momento solo conseguiría complicar las cosas. Ella debía mirar a largo plazo, pensar en Ninon y en su plan. Ninguna otra cosa tenía importancia.

El padre Giacomo entró en el aula levantando un gran estruendo con las tachuelas de sus zapatos. En lugar de sus delicadas ropas de dandi, vestía un gabán de piel que le llegaba a las pantorrillas y unos pantalones llenos de bolsas y saquitos colgados de anillas de latón.

Twelve se fijó inmediatamente en el cinturón lleno de cuerdas enroscadas y en la punta afilada del arpón que asomaba bajo el gabán. Aquel día sería el padre Giacomo quien cabalgara el tren neumático que les llevaría a la ciudad.

—¡Buenos días, angelitos míos! —exclamó—. Hoy espero de vosotros la máxima colaboración y disciplina, porque seré el único profesor que os acompañe a la ciudad. Ha llegado la hora de la última inspección, muchachos. El examen final será dentro de apenas tres días... Tranquilos, tranquilos. Tres días son tiempo más que suficiente, y la inspección debe hacerse siempre próxima a la fecha del golpe, de lo contrario, en el momento decisivo podríais encontraros frente a una situación completamente distinta. Y eso sí que sería un problema. —El padre Giacomo asintió con gravedad—. Por tanto, como os iba diciendo, hoy solo os acompañaré yo. Escoltaré a cada grupo a las tres sedes del examen y os permitiré permanecer allí hasta la puesta de sol. Solos. —El profesor levantó una mano para acallar el murmullo—. Que nos se os ocurran ideas raras. Los contraanillos os impedirán caer en la tentación y hacer tonterías de las que podríais arrepentiros.

Twelve frotó con los dedos el redondelito metálico que llevaba en el pulgar. Por lo general no le molestaba y se olvidaba de que lo llevaba puesto, pero, ahora, de repente, había recordado el dolor ardiente que aquel chisme había descargado sobre ella.

—Al mismo tiempo, sin embargo, estaréis solos, y solos tendréis que apañáoslas —continuó el padre Giacomo—. Sed prudentes, y sabed cuándo debéis ser osados. Usad la cabeza. Aprovechad lo que habéis aprendido. Y, si las cosas pintan feas, huid.

Rebecca levantó la mano.

—¿Sí, querida?

—Disculpe, profesor. El otro día, bueno... Twelve decidió la misión por todos, aunque el resto no estaba de acuerdo. He hablado con el resto de mis compañeros y, en fin, resumiendo... Si fuera posible, nos gustaría cambiarnos de equipo.

Twelve se sonrojó y se mordió el labio, hundiendo la cabeza entre los hombros.

—Ajá —masculló el padre Giacomo—. Entiendo.

Se acercó al primer pupitre, el pupitre de Twelve, y apoyó una de sus regordetas manos sobre su cuaderno. Ella empezó a temblar. Un solo movimiento y el profesor descubriría la inscripción, aquella inscripción arañada en la madera, y tal vez la leería en voz alta para que la escuchara toda la clase.

Era más de lo que podía soportar.

—Dejadme que os explique una cosa —dijo el profesor—. En esta Academia, tendréis que prepararos para realizar muchos exámenes. Algunos se desarrollarán en el aula, otros en la ciudad. Algunos serán individuales y otros en grupo. Algunos os gustarán. Y otros no.

El padre Giacomo no apartaba la mano del cuaderno, y Twelve tuvo ganas de cogérsela y arrancársela de allí. Sin embargo, permaneció inmóvil.

—Pero lo que debéis grabaros a fuego en la cabeza es que todos los exámenes son

muy, muy importantes. Si asistierais a la Academia de Servicio y os equivocaraís preparando un pastel, lo peor que os podría pasar es que os encontraríais con una tarta quemada entre las manos. Pero si asistís a la Decimonovena Academia y falláis un examen, podríais terminar en la cárcel. O peor: podríais terminar en la plaza de los Inocentes.

—¿Por qué? —preguntó Lapo—. ¿Qué *paza* en la plaza de *loz Inocentez*?

—Es el lugar donde se ejecutan las penas de muerte —explicó el padre Giacomo con una sonrisa—. Por eso os aconsejo a todos que dejéis aparte las rivalidades, porque la única manera de aprobar con éxito este examen es trabajar en grupo. Intentad no repetir el error de Jonás, de segundo.

—No sabemos quién es —rezongó Mathias.

Y el padre Giacomo, fulminándole con la mirada, solo respondió:

—A-mén.

La carrera del tren fue igual de electrizante que la primera vez y, por un segundo, Twelve se olvidó de todo lo demás y disfrutó de dar vueltas en el aire, intentando controlar la trayectoria del vuelo con leves movimientos de los brazos y las piernas.

Se detuvieron en la primera estación, Malastrana, y, desde allí, el padre Giacomo los guio a cielo abierto, donde los recibió una tarde fría y nubosa que apestaba a carbón quemado.

El profesor montó a cada uno de los tres grupos en una carroza distinta y susurró algunas palabras a los conductores.

—Bien, criaturitas del Señor —comentó entonces con cierta alegría—. Vendré a recogeros más tarde, digamos que hacia la puesta de sol. De ahora en adelante, queda todo en vuestras manos. Por favor, no hagáis tonterías y no corráis riesgos inútiles. Recordad que la de esta tarde será vuestra única inspección antes del golpe, no tendréis más posibilidades, así que aprovechadla bien: dividíos las tareas, estudiad el entorno, explorad los alrededores y elaborad un plan de escape. Y que el cielo os guarde siempre de cualquier mal y de la guillotina.

Con aquellas palabras, las carrozas partieron al trote ligero y, por un momento, Twelve entrevió el rostro anguloso de Lapo que discutía animadamente con Mathias mientras su cochero partía veloz en dirección a Roca Verde.

A ellos, en cambio, les tocaba dirigirse al barrio Tabán: la plaza del Telégrafo y el impenetrable taller del armero Xavier.

La tienda estaba detrás de la Academia de los Húsares, separada de la muralla del Cuartel por una amplia avenida oscura, una acera estrechísima y una hilera de árboles oportunamente podados con aire militar.

La muralla del Cuartel también tenía aire militar, rodeada como estaba por púas y garitas de madera y piedras en los machones de cada esquina. Una de aquellas garitas quedaba justo encima de la tienda de Xavier, y parecía puesta allí a propósito para

montar guardia.

—Démosle de nuevo las gracias a Twelve por haber elegido este examen imposible —rezongó Arthur—. Tienes suerte de que no tenga un cuchillo a mano.

Twelve intentó darle una contestación a tono y señaló la puerta de la tienda.

—Ahí dentro encontrarás cuchillos a montones. Solo tienes que robar uno... sin que te vea nuestro amigo el Húsar. —Con la punta de la barbilla señaló la garita en la que montaba guardia un joven soldado ataviado con un casco de cuero que se cerraba bajo su garganta con un lazo dorado. En una mano apretaba un cuerno de latón para dar la alarma en caso de peligro, y en la otra un largo arcabuz con el extremo abocardado.

—Ja, ja, ja —bufó Arthur con alegría fingida—. Si terminamos todos en la cárcel, sabré cómo darte las gracias.

—Bueno, ya basta —interrumpió Cressida—. Si nos quedamos aquí hablando de robos en medio de la calle, lo único que vamos a conseguir es llamar la atención. Y, como ha dicho el padre Giacomo, tenemos mucho trabajo que hacer y muy poco tiempo.

—Gracias —murmuró Twelve.

—No me des las gracias. La capitana eres tú, has tenido la brillante idea de traernos aquí y llevas un tiempo intentando convertirte en la preferida de todos los profesores. Así que, ahora, demuestra que de verdad eres tan buena como dicen. ¿Qué hacemos?

—Entrar en la tienda para echar un vistazo —dijo Twelve.

—Cómo no, esa sí que es buena —espetó Arthur—. Cinco chavales mal vestidos entrando en una tienda de lujo como esa... Si el armero no se da cuenta de que somos Ladrones es porque es tonto de remate.

Twelve reflexionó un poco al respecto.

—Rebecca no va tan mal vestida —comentó, finalmente— y es la mejor alumna de Travestismo del colegio. Estoy segura de que no va a tardar nada en arreglarse el pelo e interpretar el papel correcto. Se hará pasar por una damita de clase alta que quiere comprar un gracioso puñal de bolsillo, o quizá regalarle un sable a su novio, o algo así. Y Karl podría hacerse pasar por su guardaespaldas.

Rebecca arrugó la nariz, pero era evidente que aquella tarea no le molestaba lo más mínimo. Se retiró junto con Karl al portal de un edificio y, cuando salieron, diez minutos más tarde, parecían realmente una joven dama y su sirvienta. Twelve no tenía la más mínima idea de cómo podían haber obrado una transformación de ese calibre en tan poco tiempo. Rebecca se había drapeado el vestido gris de rejilla como si fuera un vestido de gala, y un extremo le ocultaba el cabello corto y colgaba frente a su rostro como el velo de una dama que no quiere que la reconozcan.

—¡Guau! —exclamó su amiga Zella—. ¡Es... extraordinario!

—Es extraordinariamente forzado, más bien —murmuró Rebecca, hablando con una voz ronca que le hacía parecer más adulta y adoptando un acento noble—.

Ninguna dama que se precie usaría unos zapatos como estos, y ni siquiera tengo un poco de esmalte para las uñas.

—De momento, está perfecto —atajó Twelve—. Y, para la noche del golpe, si fuera necesario, estoy segura de que podrás conseguir algo mejor.

—Bueno, ¿vamos? —preguntó Karl, incómodo, en su papel de sirviente.

—Sí, id —confirmó Twelve.

Los dos cruzaron la calle y se dirigieron hacia la tienda. El padre Giacomo les había contado que Xavier era el mejor fabricante de espadas y cuchillos de Danubia. La Casa Real, los comerciantes más pudientes y los altos oficiales Húsares se aprovisionaban en su taller. Vista desde fuera, sin embargo, su tienda no tenía nada de especial: ni siquiera contaba con un escaparate, solo una puerta de madera sin adornos y un cartel con las iniciales JX, Juan Xavier, escritas en elegantes caracteres dorados, y el escudo de la Academia de los Orfebres.

Rebecca y Karl dedicaron a sus amigos una sonrisilla nerviosa y, entonces, ante la mirada de sus compañeros, desaparecieron al otro lado de la puerta como si se los hubiera tragado un pez del río.

Cuando, la noche anterior, Twelve se había quedado pensando una y otra vez en su plan secreto, estaba convencida de que ninguno de sus compañeros de equipo quería pasar mucho tiempo a solas con ella. Zella y Cressida no se fiaban de Twelve, Arthur la detestaba y Owen era un chico extraño que no daba confianza a nadie. La única excepción podía ser Karl, si tenía el día bueno y, por eso, lo había mandado a la expedición de reconocimiento junto a Rebecca.

Twelve no podía pedir más. Asignó a cada uno una tarea muy concreta (Arthur y Owen tenían que explorar las calles al norte de la tienda, Zella y Cressida las que quedaban al sur) y ella se alejó hacia el oeste.

Solo en ese momento se dio cuenta de que se encontraba en las calles de Danubia, sola. Aquel pensamiento le produjo una burbujeante oleada de entusiasmo. Veía las anchas avenidas arboladas y las atractivas callejuelas, edificios de piedra que albergaban notarías y oficinas gubernamentales. Casi todos los transeúntes exhibían un sombrero con una banda de seda y un grueso par de bigotes, mientras que las señoras llevaban sombreros, velos y guantes de raso que hacían que sus manos parecieran flexibles ramitas en flor.

Twelve se descubrió riendo a carcajadas mientras corría, de su garganta brotó una carcajada sincera y se sintió feliz por primera vez en mucho, muchísimo tiempo.

Pensó en lo bonito que sería cuando Ninon y ella estuvieran fuera de la Academia. Podrían recorrer Danubia a lo largo y a lo ancho, y quizá incluso ir más allá, montar en uno de los grandes barcos a vapor que todos los días zarpaban del puerto hacia las tierras que estaban al otro lado del Gran Azul.

Twelve había pasado los primeros doce años de su vida encerrada entre las cuatro

paredes de la Institución para Niños Especiales G. Estanislao Moser, y ahora estaba en la Decimonovena Academia. Se moría de ganas de escapar fuera de todo tipo de control, preparada para disfrutar del sol y sonreír a la lluvia.

Aminoró el paso y empezó a inspeccionar las brillantes baldosas que indicaban los nombres de las calles en los edificios que hacían esquina. No tardó en encontrar la que buscaba: calle Estrecha. Una callejuela tan angosta que por ella ni siquiera entraba una carroza y en la que el sol no debía de haber posado nunca sus rayos.

En el pasadizo se abrían algunos portones de casas sencillas, pero ninguna tienda. Sin saber qué hacer, Twelve revisó los nombres escritos sobre una placa de latón junto a cada puerta, y en el tercer edificio, encontró lo que buscaba.

HERMANOS ZORBA

ÚLTIMO PISO

Debajo había un dibujo hecho con una tiza rosa que representaba un círculo marcado con una X, y Twelve recordó la lección de Mister Cheng: aquel símbolo significaba «casa amiga». Al menos así el contraanillo no tendría nada que objetar. Desde luego, no era una traición a la Academia. O, al menos, no estrictamente. Aún no.

Twelve empujó la puerta de entrada al edificio y descubrió que estaba cerrada, pero no era un gran problema: la cerradura era de un modelo tan simple que, como habría dicho el Gran Manny, era como si directamente no la hubiera.

Sacó sus ganzúas del bolsillo trasero de los pantalones y forzó el mecanismo.

En un segundo, Twelve había desaparecido. Corría derecha hacia la guarida de los Alquimistas.

La guarida de los Alquimistas

Había muchas cosas de las que Twelve no sabía mucho y otras de las que, en realidad, no sabía casi nada. Precisamente por eso no le resultaba fácil descubrir los mil secretos de Danubia tras haber estado aislada durante años en una Institución para Niños Especiales, donde «especiales» venía a significar «que lo mejor para ellos es que conozcan lo menos posible del mundo».

Entre todos los misterios de los que Twelve no sabía absolutamente nada, el de los Alquimistas era, sin duda, uno de los más insondables. Le habían contado que eran ricos, no tanto como los Banqueros, pero casi. Y le habían contado que eran poderosos, no tanto como los Embajadores, pero casi. Twelve sabía que para que te admitieran en su Academia había que ser tan inteligente como los Escribas y tan devoto como los Monjes, pero también valiente como los Viajantes y astuto como los Mercaderes.

En cuanto a lo que hacían... Bueno, en Danubia no había prácticamente nada que no funcionase sin su intervención. Daban vida a los gólems y a otros prodigios mecánicos, hechizaban plantas y objetos, preparaban licores y medicamentos. Y venenos. Y antídotos.

Mientras subía la estrecha escalera de mármol que llevaba a los pisos superiores del edificio, Twelve no sabía qué esperarse. Sin duda, un despacho elegante, tal vez una secretaria con una falda hasta la rodilla y un enorme libro de registro frente a su nariz puntiaguda. ¿Le permitiría pasar? Twelve no lo sabía y, en realidad, tampoco sabía siquiera qué hacer una vez estuviera dentro.

Su espléndido plan llegaba hasta allí: entrar en la tienda de los hermanos Zorba para buscar el antídoto de un veneno que ni siquiera sabía cómo se llamaba.

A medida que iba subiendo las escaleras, la barandilla cada vez estaba menos pulida, los escalones parecían húmedos y quebrados y, a saber por qué, había menos ventanas y menos luz, tanto que, en un momento dado, Twelve tuvo la sensación de estar bajando a un subterráneo en lugar de subiendo hasta el tejado.

La escalera terminaba en un rellano tan oscuro que tuvo que avanzar a tientas para descubrir si había una puerta por alguna parte. Y la había. En cuanto la rozó con los dedos, se abrió frente a ella, revelando un pasillo sin ventanas en el que

resplandecía una espectral luz verde.

—Adelante, joven Ladrona —dijo una voz.

Twelve se sobresaltó.

—¿Cómo saben que soy una Ladrona? —preguntó, sintiéndose un poco tonta.

—Llevas puesto un contraanillo y has forzado la puerta de entrada. Eso nos lleva a pensar que eres una alumna de la Decimonovena Academia. ¿No es así? Pasa adentro.

Twelve avanzó por el pasillo. Estaba flanqueado en toda su longitud por cajoneras de madera que le llegaban a la cintura, y la luz procedía de ellas, o más bien, de unos extraños frascos de cristal cubiertos de polvo.

Twelve cogió uno entre las manos, curiosa, y pasó un dedo sobre la capa de suciedad. El frasco zumbó: dentro había dos insectos de la longitud de un dedo, con alas irisadas que emitían destellos con cada batir. No eran luciérnagas, eran... otra cosa que Twelve desconocía.

—No es de buena educación tocar las cosas que no te pertenecen. Aunque, en realidad, no se le puede pedir a una Ladrona que se comporte de otra manera.

Twelve se sonrojó y soltó el frasco, y luego recorrió apresuradamente el pasillo sin detenerse a observar los extraños objetos que asomaban de las estanterías.

Al final del pasillo había una pesada cortina de tela, tras la cual se encontraba una sala de techo altísimo. Las paredes de la sala estaban completamente cubiertas por estanterías de madera maciza en las que unas escalerillas de aspecto endeble permitían llegar a lo alto. Los diferentes niveles se curvaban bajo una cantidad ingente de frascos, jarros, jarrones de todas las formas y tamaños que contenían polvos de colores, líquidos y otras cosas que Twelve no habría sabido definir y que, en algunos casos, parecían vivas.

En los estantes también había lugar para libros, cráneos amarillentos, relojes de arena antiguos y una buena dosis de telarañas, tan densas y relucientes que parecían formar parte de la decoración.

—¿Ya has terminado de inspeccionar? —preguntó la voz de antes.

Parecía la voz de un viejo, pero entonces Twelve se dio cuenta de que procedía de un niño.

Sentados en el suelo sobre una espesa alfombra bordada, con las piernas cruzadas, había dos niños que parecían tener la edad de Ninon, o poco más, con la cabeza completamente calva y los ojos color fango.

—Siéntate con nosotros —dijo uno, y el otro asintió.

Twelve, sin saber muy bien qué hacer, decidió obedecer. La alfombra cedió bajo su cuerpo como un mullido sillón.

—¿Vosotros sois los hermanos Zorba? —preguntó—. Me esperaba... a alguien mayor.

—Las cosas no siempre son lo que parecen —respondió el niño que había hablado antes—. La alquimia puede otorgar apariencia de juventud, pero en realidad

nosotros tenemos... ¿Cuántos años tenemos, Shalosh?

Shalosh miró a su hermano sin decir nada y este sonrió:

—Ah, sí, es verdad. Cumpliremos noventa y un años la próxima primavera. Tú, sin embargo, ¿cuántos años tienes?

—Doce —respondió Twelve.

Aquella conversación estaba tomando un cariz realmente inesperado.

—¿Y cómo te llamas?

—Twelve —respondió, y se mordió el labio porque, tal vez, debería haberse inventado un nombre falso.

El niño le sonrió.

—Así que, antes de ser Ladrona, eras una huérfana de la Institución Moser. Curioso, porque mi hermano y yo también lo fuimos. Hace mucho tiempo. Mi hermano se llama Shalosh, que significa «tres», y yo soy Arba, que significa «cuatro».

—Encantada de conoceros, Shalosh y Arba —murmuró Twelve.

El niño volvió a sonreír. Tenía manos largas, de adulto, y las orejas ligeramente puntiagudas, como los elfos. Twelve se preguntó si aquellos dos personajes realmente tendrían noventa años como le habían dicho. Quizá le estuvieran tomando el pelo.

—No te estamos tomando el pelo, joven Ladrona. Sabemos que tienes poco tiempo, así que nos gustaría saber a qué has venido aquí.

—Es por una amiga mía —murmuró ella—. La han envenenado, y ahora tiene que tomar un antídoto todos los días, o morirá.

—Ah... Hace tiempo proporcionamos al profesor Luther una onza de destilado de mandrágora. Y poco después la escuela contrató a un nuevo médico...

—Mugaba —dijo Twelve.

—El doctor Mugaba creo que se llama así, sí. Él ha encargado entre otras cosas cierta cantidad de poción antinómica. Que, como es bien sabido, es un buen antídoto para el destilado de mandrágora.

Twelve se dio cuenta de que tenía los brazos y las manos bañados en un sudor gélido.

—¿Vosotros podríais proporcionarme esta poción?

—Por supuesto —respondió el niño—. Nosotros siempre proporcionamos a nuestros clientes lo que nos piden. Pero ¿tú cómo piensas pagarnos por nuestros servicios?

Twelve se encogió de hombros.

—Yo no tengo nada.

—Incluso quien no tiene nada puede tener muchas cosas. Y tú, por ejemplo, tienes valor, arrojo y una habilidad fuera de lo común.

—¿Cómo lo sabéis?

—De lo contrario, no habrías conseguido venir hasta aquí. ¿Te has fugado de la Academia?

Twelve sacudió la cabeza y, sin saber siquiera por qué, empezó a hablarles sobre el examen y el golpe en la tienda de Xavier.

—Robar al armero Xavier es un objetivo ambicioso —observó Arba—. No será fácil, sobre todo para alumnos de primero. ¿Qué dices, Shalosh?

Shalosh permaneció en silencio, pero de nuevo Arba dio la sensación de estar escuchándolo con atención.

—Mi hermano dice que, de todos modos, podríais conseguir vuestro objetivo. Y eso podría interesarnos.

—¿Qué significa eso? —preguntó Twelve.

—En el almacén de Xavier hay un enorme baúl donde el armero esconde sus piezas más valiosas. Dentro, entre otras cosas, encontrarás un fardo de terciopelo color carmesí.

—¿Qué contiene? —preguntó Twelve.

—Eso no te interesa. Pero, si nos lo traes, te daremos lo que deseas.

—¿Es una promesa? —preguntó Twelve.

—Es un trato —respondió Arba.

Y un trato era lo único que Twelve necesitaba.

Rebecca y los demás se habían sentado en las mesitas de un pequeño café al aire libre, en donde bebían vasos helados de espuma de almendras.

—¿Dónde has estado? —le preguntaron—. ¿Por qué has tardado tanto?

—He encontrado problemas por el camino —respondió Twelve en tono seco, esperando ahorrarse con eso otras preguntas—. ¿Vosotros por qué estáis aquí?

—No podíamos quedarnos delante de los Húsares de guardia, ¿no te parece? Y, además, aquí se está más cómodo.

—También parece muy caro.

Arthur se encogió de hombros con una sonrisilla:

—Somos alumnos de la Decimonovena: la cuenta no será un problema.

Twelve se sentó e, inmediatamente, un camarero con un uniforme de cuervo se acercó corriendo hacia la mesa. Inspeccionó de reojo sus ropas de Deshollinadora, pero fue Rebecca quien pidió por ella un vaso de espuma y, un segundo después, Twelve pudo disfrutar de aquella fresca bebida. Estaba extremadamente dulce, ligeramente gaseosa y absolutamente deliciosa.

Solo entonces se dio cuenta de que el robusto Karl todavía no había dicho una sola palabra. Tenía la misma cara de asco que si se acabara de tragar un moscardón.

—¿Cómo ha ido la inspección? —le preguntó.

—Ha ido como que vamos listos —rezongó el chico.

—Efectivamente —le hizo eco Arthur—. Gracias otra vez, Twelve, por habernos...

—Oye, tú, ya vale. Ahora estamos aquí y tenemos que averiguar cómo salir. Y

espero que Twelve tenga una idea, porque yo no tengo ninguna.

—¿Qué ha pasado? —preguntó ella.

—Es un golpe imposible —explicó Rebecca—. Solo hay una manera de entrar y salir de la tienda, y es por la puerta principal. La puerta tiene un doble blindaje antirrobo y, justo al otro lado, dentro, hay un gólem de vigilancia. Es grande y tiene un arma.

—Complicado, sí, pero no es insuperable —murmuró Twelve.

Rebecca asintió.

—Tienes razón. El problema es otro.

Arthur rio con malicia.

—O sea que, por si no te has dado cuenta, delante de la puerta están ellos —indicó con el dedo la muralla de los Húsares y la garita en la que estaba el soldado de guardia.

Twelve miró hacia allí durante un larguísimo segundo.

—¿Puede ser que haya alguna entrada de servicio?

—Ninguna —respondió Rebecca—. He conseguido que el armero me acompañara al almacén, y te juro que he tenido que inventarme todo tipo de historias para convencerlo.

—¿En el almacén había algún baúl? —preguntó Twelve, pensando en lo que le habían dicho los alquimistas.

—Sí, pero ¿qué tiene eso que ver? Hay baúles por todas partes.

—La cosa es que la tienda no tiene ventanas —continuó Karl—. Ni siquiera tiene una chimenea, una alcantarilla, una trampilla, una instalación hidráulica suficientemente grande como para entrar por ella. Esperaba que el armero tuviera al menos una forja que evacuara hacia fuera, pero las armas se fabrican en algún otro sitio: en la tienda simplemente las venden, así que nada.

—Si no hay ningún pasadizo, podríamos crearlo nosotros —dejó caer Twelve.

—Lo hemos pensado —dijo Cressida, dándose importancia—. Yo he trepado al tejado, y Owen se ha colado por las alcantarillas... —El chico resopló, oliéndose la camiseta con cierto asco—. Es un edificio antiguo, sólido, con paredes de una braza de espesor. Para echarlas abajo, necesitaríamos explosivos, o utensilios de demolición...

—Y el ruido, inevitable, volvería a traer a escena a todos esos —completó Rebecca, señalando a los Húsares por enésima vez.

—Así que, ¿qué hacemos, Twelve?

La joven era completamente consciente de que ninguno de aquellos chicos la soportaba. Pero se dio cuenta de que ahora también sentían por ella algo distinto. Se dio cuenta de que, en cierto modo, confiaban en ella. Se había esforzado al máximo para llegar a ser la mejor y ellos esperaban que fuera verdad y que pudiese sacarlos de aquel problema. Twelve se estaba convirtiendo en la jefa. Y eso le producía un estremecimiento inexplicable, la sensación de ser grande, poderosa. E importante.

—Los Húsares no son un problema —dijo, fingiendo una seguridad que en realidad no tenía—. Yo sé cómo encargarme de ellos.

—¿Y cómo lo vas a hacer?

—No puedo decíroslo.

Rebecca rio con malicia.

—¿Tiene algo que ver con Seventy Stephen?

Karl la miró.

—¿Quién?

—El noviete que tenía Twelve cuando estábamos en el Moser. Ya os decía yo que esta idiota nos había metido en este lío solo para poder volver a verlo...

—Stephen no es mi novio y no tiene nada que ver con esta historia.

—Y entonces, ¿cuál es tu plan?

—Es mejor que no lo sepáis y que no hagáis preguntas. Hacer preguntas puede ser peligroso.

Rebecca se quedó en silencio un segundo y luego asintió, tal vez decidiendo que realmente era mejor no saber.

—Mejor así. Porque ya has visto lo que pasa si intentas hablar con los Húsares: el anillito del padre Giacomo te pone a hacer penitencia...

Twelve hizo rechinar los dientes. Efectivamente, el contraanillo podía llegar a ser un problema. Pero el padre Giacomo había dicho que lo que impedía era traicionar a la Academia, y ella no tenía intención de hacer eso. Ella tan solo quería pedir ayuda.

Y, de todas maneras, tampoco tenía ninguna otra idea.

—Dejad que me ocupe yo y, mientras tanto, echadme una mano —dijo.

—¿Cómo? —preguntó Karl.

Twelve se lo pensó un momento.

—En diez minutos, entrad en la plaza del Telégrafo y montad el mayor escándalo posible. Tenéis que parecer una horda de destructores bárbaros.

—O sea que... ¿necesitas una distracción?

Twelve sonrió. Exacto. Una distracción.

El Cuartel, a un lado de la plaza, era macizo como un castillo, espeluznante como una prisión. Estaba vigilado tanto de día como de noche y por sus patios y pasillos pululaban un centenar de Húsares.

Durante un rato, Twelve paseó entre los transeúntes y las carrozas de la plaza del Telégrafo. Miró de reojo a los reclutas que montaban guardia frente al portón abierto de par en par, esperando que, por un improbable golpe de suerte, uno de aquellos soldaditos fuera precisamente su amigo Stephen. Pero habría sido pedirle demasiado al destino. Los guardias eran alumnos de tercero o cuarto, altos y grandes y con unos hombros que parecían esculpidos en mármol.

Entonces, en la plaza estalló un vocerío y se escuchó gritar:

—¡Al Ladrón! ¡Al Ladrón! —Karl, Arthur y Cressida salieron de un callejón, lanzándose a una huida desenfadada y, tras ellos, corría el camarero que hacía apenas un rato había servido la espuma a Twelve.

—¡Se han escapado sin pagar! ¡Detenedlos!

En la plaza se desencadenó un cierto caos. Cressida derribó a un caballero y Arthur le robó el bolso de un tirón a una viejecita emitiendo un salvaje grito de triunfo.

—¡Detenedlos!

Los Húsares que hacían guardia en la puerta dudaron y, entonces, cuando Karl birló una cartera justo frente a sus ojos, decidieron intervenir. Sacaron de sus bolsillitos unos silbatos de plata.

—¡Rendíos, en nombre de la ley!

Luego echaron a correr hacia los jóvenes Ladrones, dejando desprotegida la arcada que daba entrada al Cuartel.

Aquello era lo que Twelve esperaba.

La chica se acercó tranquilamente al portón, miró a su alrededor una sola vez y se deslizó hacia el otro lado.

Nadie se percató de su presencia.

El edificio se disponía en un cuadrado alrededor de un patio central, suficientemente amplio como para que en él pudieran maniobrar cien caballeros, formando un claustro con una columnata altísima.

Allí dentro, todo parecía diseñado para infundir temor. Los bloques de piedra lustrosa y blanquísimos por el sol, las columnas, las estatuas de bronce de los oficiales a caballo o con las espadas desenvainadas, las ventanas enrejadas, las puertas barnizadas de oscuro, las vigas de hierro que sostenían la bóveda del pórtico.

Al otro lado de las amplias entradas que se abrían bajo la columnata, Twelve avistó patios empedrados, establos, campos de entrenamiento. Pero ella no necesitaba llegar tan lejos. Era más o menos la hora a la que, durante la primera inspección en la ciudad, los Húsares habían hecho la exhibición del cambio de guardia. Stephen estaba entre ellos, y Twelve contaba con verlo también esta vez, porque los militares adoraban las costumbres.

Así que se acuclilló en una esquina tranquila y escondida, con todos los sentidos alerta, y se quedó observando. Pasados unos minutos, una fila de cadetes descendió en formación compacta por una escalinata de mármol y comenzó a desfilar por el patio y a ocupar sus puestos en pelotones impenetrables.

Los jóvenes Húsares estaban a pleno sol, mientras que Twelve estaba a la sombra: no podían verla. Se aseguró de que Stephen no estuviera entre ellos y, entonces, corrió hacia la escalinata y buscó un escondite seguro. Decidió colocarse justo en la parte baja de los peldaños, detrás del pedestal de una estatua que representaba a un hombre de uniforme con un denso par de bigotes rizados. Estaba a la distancia perfecta para interceptar a Stephen cuando subiera por las escaleras. Podía

conseguirlo.

Twelve se arrancó un botón del jersey y lo apretó dentro del puño.

La escalinata retumbó con el estruendo de decenas de botas, un oficial ordenó el paso marcial y Twelve vio a los muchachos de uniforme, en lo alto, sobre ella, que se preparaban para bajar y unirse a los demás en el patio.

Eran mayores, de tercero, por lo menos. Stephen no estaba con ellos.

Twelve permaneció escondida, con el corazón en la garganta, hasta que pasaron, intentando mantener la concentración. Se esforzó por apartar de su cabeza dudas y miedos: que aquel no fuese el lugar adecuado, que Stephen hubiera tenido un contratiempo —quizá estaba castigado o tenía fiebre—, o que le hubiera pasado cualquier cosa.

—No —susurró para sí, tan bajito que no fue capaz de oír ni siquiera el sonido de su propia voz—. Stephen vendrá.

Y, efectivamente, vino, con el último grupo de alumnos, los más jóvenes, con sus estrechos hombros infantiles que aún no llenaban los uniformes.

Twelve lo reconoció de inmediato: sexta fila, el segundo por la derecha. Lanzó el botón hacia allí, pero el proyectil no alcanzó a Stephen por poco, golpeó la barandilla y rebotó lejos de allí.

Twelve maldijo para sí, se arrancó otro botón, lo intentó de nuevo. Esta vez, alcanzó a su amigo a la primera en el pecho.

Stephen se giró, por un segundo sus miradas se cruzaron y Twelve le vio perder el paso y tambalearse peligrosamente en la compacta fila de soldaditos.

Alguien se quejó, Stephen abrió la boca para gritar, Twelve se llevó un dedo a su propia boca.

—Por favor, Stephen, por favor, silencio. Nadie debe enterarse. Silencio.

El chico salió de la fila con desenvoltura, aprovechando un segundo de distracción del oficial al mando, y giró a la derecha, al otro lado del pedestal de la estatua para desaparecer de la vista de sus compañeros y acercarse a Twelve.

Ninguno de los demás alumnos dio la voz de alarma, y entonces fue Twelve la que empezó a sollozar y Stephen quien le tapó la boca con la mano.

Estaba cerca de ella, muy cerca, Twelve notaba su calor y el tejido áspero del uniforme. Aquel Stephen le parecía distinto. Estaba más alto y más delgado, y también más rígido, como si se hubiera tragado el palo de una escoba. El uniforme revelaba músculos que Twelve no recordaba que tuviera.

En cuanto los cadetes estuvieron en el patio con los demás, Stephen cogió a Twelve de la mano y le dijo: «Por aquí», arrastrándola a un pasillo desierto hasta la puerta de un aula. La empujó dentro y, entonces, cerró tras de sí con mucho cuidado.

—¿No nos espía nadie? —preguntó Twelve.

—Son mis compañeros, nunca lo harían —dijo Stephen—. Es lo primero que

aprendemos aquí dentro: a cómo ayudarnos y evitar la disciplina. Ridículo, ¿verdad? Lo primero que aprenden los Húsares es a hacer trampas. —Finalmente la miró, suspiró y dijo—: Twelve. Eres tú de verdad. Estás distinta.

—Tú también.

—El otro día me pareció verte durante el cambio de guardia, pero estaba seguro de que me había vuelto loco... En realidad te veo siempre, por todas partes, como si fueras un fantasma. Twelve, tú estás... Tú estás muerta. Yo fui a tu funeral.

Twelve notó que se le llenaban los ojos de lágrimas y, sin saber bien qué hacer, le lanzó los brazos al cuello.

—Ay, Stephen, si tú supieras...

—¿Dónde has estado todo este tiempo?

—Yo... —dijo Twelve.

Solo dijo eso, después no añadió nada más, porque el contraanillo le lanzó una descarga a la mano que le llegó hasta el hombro, como si su brazo se hubiera convertido en cera líquida. Se le nubló la vista y Twelve quedó de rodillas.

Stephen la abrazó con fuerza para sujetarla, haciendo presión con su tórax huesudo contra su mejilla.

—¿Qué te pasa? ¿Estás bien?

Twelve asintió, recuperando la respiración a medida que el dolor remitía. Tenía la frente perlada de sudor.

—Twelve, ¿y entonces?

—No puedo decírtelo, Stephen. Me encantaría poder contarte dónde he estado y todo lo demás, pero no puedo.

—¿Por qué no puedes?

Twelve sacudió la cabeza, asustada, al notar que el anillo volvía a calentarse.

—Mucha mierda —dijo Stephen, de repente.

—Mierda para ti también —respondió Twelve instintivamente, repitiendo su antiguo ritual.

Stephen sonrió y, por un segundo, su rostro se iluminó con su antigua expresión.

—Eres tú de verdad.

Twelve se apartó el cuello de la camiseta y dejó a la vista el colgante hecho de cuentas de lámpara de araña que él le había regalado antes de que se marcharan del orfanato.

—Claro que soy yo, y esto... No me lo quito nunca, ¿sabes? Me alegro tanto de verte. Pero... —Twelve habría dado casi cualquier cosa por prolongar aquel momento para siempre, pero no podía. Tenía poco, poquísimo tiempo—. Necesito tu ayuda —concluyó.

—Dime.

—No va a ser fácil o, más bien, no te va a gustar. Pero tienes que fiarte de mí, es una cuestión de vida o muerte...

Stephen enarcó una ceja.

—¿Quieres decirme qué está pasando?

Una nueva oleada de dolor en la mano. Twelve contrajo los dedos y sus uñas se dispararon solas y se clavaron en su palma, hiriéndola.

—No puedo, Stephen... Tienes que fiarte de mí. Dentro de tres noches. Dentro de tres noches debes conseguir que te pongan de guardia en la garita, la que está en la parte trasera del Cuartel, la que se encuentra justo frente a la tienda del armero Xavier. ¿Sabes cuál es?

—Sé cuál es.

—¿Puedes hacer que te asignen el turno de noche justo allí?

Stephen se quedó pensando un instante. Luego, lentamente, asintió.

—Puedo. No será demasiado fácil, pero... debería conseguirlo. ¿Por qué tengo que estar en esa garita?

—Porque pasará algo —dijo Twelve a borbotones, sin respirar, deseando que el contranillo no se incendiase otra vez—. Pasará algo malo, que no te gustará y, a pesar de ello, tú tendrás que evitar dar la alarma. Es muy importante que no des la voz de alarma.

—¿Algo malo, en el taller del armero? Twelve, no puedes aparecer así, de la nada, no contarme de qué va todo esto y...

—Te lo ruego, Stephen, ayúdame. No te lo pediría si no...

—De acuerdo —respondió él, interrumpiéndola de repente—. Te ayudaré. Te lo prometo.

Aquellas palabras repiquetearon en el pecho de Twelve con el sonido de mil campanillas.

Twelve sintió como si algo le explotara por dentro, la sala daba vueltas a su alrededor como una peonza, dijo «gracias» y se dio cuenta de que no era suficiente, pero no sabía qué otra cosa hacer.

Así que se puso de puntillas.

Cerró los ojos.

Y dejó que sus labios sobre los de Stephen contaran todo lo que ella todavía no había podido decir.

Nada es lo que parece

Aquel beso siguió quemándole los labios durante mucho tiempo, aún sentía a Stephen en la boca y en la yema de los dedos con los que había rozado su áspero uniforme de Húsar.

Twelve nunca había besado a nadie, y había sido como echar a volar sobre el Cuartel de los Húsares y la ciudad de Danubia y, al mismo tiempo, como adentrarse en los cimientos de la ciudad. Seventy Stephen y ella se habían criado juntos, eran la duodécima y el septuagésimo huérfanos del Año de los Récords de la Institución Moser; habían compartido la misma taquilla y los mismos pocos libros de la biblioteca. Sentados sobre el tejado de la Institución, donde estaba prohibido ir, habían imaginado durante horas cómo sería su vida cuando salieran del orfanato, ella una joven Camarera y él un recluta de los Húsares, y solo con pensar que la plaza del Telégrafo separaría sus Academias ya habían sentido cómo los invadía la soledad. Ahora, en cambio, los obstáculos que se interponían entre ambos eran cada vez mayores, más profundos, y sin embargo...

Sin embargo, de alguna manera, se habían reencontrado. Como dos desconocidos, tal vez.

Como dos personas nuevas...

En la oscuridad del tejado, frente a su ojo de buey, Twelve tenía el cuaderno azul abierto sobre las rodillas y miraba las dos listas de personas: aquellas de las que se podía fiar y aquellas de las que no podía, con los nombres tachados y escritos nuevamente. En la primera columna había pocos: Ninon, Stephen, Lapo. Luego Mathias, que había sido añadido después de la fuga de la Academia. El nombre de Miss Kindheart había sido tachado. En la otra estaban Rebecca, Luther, el Gran Manny, la rectora, Mister Peele, Akiko. Odo y Lobo estaban entre signos de interrogación.

Mirando aquellos nombres, todos juntos, no pudo menos que preguntarse si, cuando aquella horrible aventura acabara, cuando consiguiera el antídoto de los hermanos Zorba y liberara a Ninon de su veneno, cuando lograra volver a fugarse de la Academia y hubiera concluido su venganza, Stephen y ella podrían volver a estar

juntos.

Y, sobre todo, si Stephen sería capaz de perdonarla.

—Ah, eres tú... —dijo una voz en aquel momento. Era Mia, la chica de cuarto con el pelo verde que Twelve siempre había visto en compañía de Lobo—. He escuchado suspirar y... —La chica se acuclilló junto a ella, justo al borde de la luz de la luna—. Es duro, ¿verdad? —le preguntó.

Twelve no sabía bien qué responder: Mia había sido la primera persona que la había acogido en la guarida de los Deshollinadores y que le había explicado cómo funcionaban allí las cosas. Durante un tiempo, Twelve pensó que era la novia de Lobo y, quizá, no andaba demasiado desencaminada.

—¿Sabes por qué he venido a ver quién eras? —prosiguió la chica.

—No.

Mia le dedicó una sonrisa de hermana mayor.

—Me ha parecido reconocer ese tipo de suspiro...

—¿El mío? —se preguntó Twelve—. ¿Y qué tipo de suspiro era?

—Me ha parecido ese tipo de suspiro que se nos escapa cuando estamos enamoradas... —sonrió Mia.

Y Twelve, a su pesar, le devolvió la sonrisa.

—Ay, ¿tanto se nota? —se preguntó en voz alta.

Era como si la barrera entre ambas se hubiera derrumbado de repente.

—¿Y quién es? —le preguntó Mia.

—Bueno, no creo que sea tan interesante.

—¿Es uno de nosotros? —preguntó Mia.

Twelve se horrorizó de solo pensarlo.

—¡Oh, no! ¡No!

La chica mayor asintió y le dijo en voz baja:

—Entonces sí que es un asunto muy complicado...

—Más de lo que te imaginas... —admitió Twelve, y miró afuera, a lo lejos, a través del ojo de buey.

Se quedaron unos segundos en silencio, luego Mia se despidió.

Twelve le dijo adiós y la vio alejarse.

—¿Mia?

—¿Qué?

—¿Ya no estáis enfadados conmigo? —le preguntó Twelve en voz baja.

La chica mayor hizo amago de darle una respuesta. Luego se lo pensó mejor y, sin decir nada, desapareció en la oscuridad.

Tres días. Solo tres días. Era el tiempo del que disponían para preparar el golpe. Demasiado poco para sentirse preparada, pero suficiente para terminar descompuesta por la falta de sueño.

Twelve circulaba por las aulas de la Academia como si estuvieran vacías, repasaba el plan con el resto de los miembros de su equipo, corregía las partes menos conseguidas, se entrenaba. Pero tenía la cabeza en otra parte.

En Stephen.

En la Cuarentena.

En la enfermería.

En el tejado, hablando con Lobo.

La noche después de la segunda inspección, mientras Mathias y Lapo repasaban por enésima vez los detalles de su plan junto a ella —al final habían ganado el sorteo y la Villa Moehringer les había tocado a ellos—, a Twelve le fulminó una idea como un rayo.

—¿Y si hubiera sido ella?

—¿Ella, quién? —le respondió Mathias, interrumpiéndose.

—Cara de Hierro —dijo Twelve—. Hay algo que no me encaja en toda esta historia.

—¿Qué *ez* lo que no te encaja, *ezactamente*? —preguntó Lapo, creyendo que estaban hablando de la villa.

—Escuchadme bien: la otra noche, cuando alguien llenó de pintadas la puerta de los Lords, todos lo tomaron como una advertencia. Poco después, Hotis decidió escapar de la enfermería y atacar a las Rosas Guerreras. Parece que ambas cosas no tienen nada que ver, ¿verdad? Pero el problema es la cuchara.

Los dos amigos se miraron de reojo.

—Os juro que no me he vuelto loca —continuó Twelve. Se sentó en el suelo entre los dos y los miró—. Escuchadme con atención. —Twelve bajó el tono de voz para que no pudiera escucharse más allá del círculo que dibujaban sus espaldas—. Cuando bajamos a la Cuarentena la otra noche..., la trampilla ya estaba abierta, ¿verdad?

—Verdad.

—Y nosotros pensamos que Mister Peele debía de estar limpiándola, o algo así. Y cuando nos fuimos, lo dejamos todo como lo habíamos encontrado... Salvo la pared, que, mientras tanto, Lapo y yo habíamos tirado abajo.

—¡Pero *dezpuéz* yo la coloqué otra vez perfectamente! —replicó Lapo—. A no *zer* que *zepaz* que hay un *pazadizo*, no *ze* mueve ni *ziquiera zi* te *apoyaz*...

—A no ser que sepas dónde golpear exactamente —dijo Twelve—. ¡Y Cara de Hierro lo sabía!

—¡No encontramos a ninguna Cara de Hierro, Twelve! —le recordó Mathias—. ¡Y estuvisteis ahí abajo más de una hora!

—Pero mientras yo estaba en el conducto, alguien me golpeó por la espalda —les recordó Twelve—. ¿Y si hubiera sido precisamente Cara de Hierro?

—¿Y *ze* puede *zaber* por qué iba a querer arrearte *eze* cacharrazo?

—Pues, por ejemplo, porque no quería que hubiera ninguna intrusa en sus dependencias... Y, después, nosotros salimos huyendo. Ella vio dónde estaba el

pasadizo de la pared..., vio que la Cuarentena se había quedado abierta... y, cuando nos fuimos, pudo empujar los ladrillos y...

—*Zalir a travéz* de la trampilla —murmuró Lapo.

—Exacto —dijo Twelve—. Y eso explicaría por qué Hotis tenía mi cuchara.

—¿Y cómo lo explicaría?

—Porque se la dio ella —respondió Twelve.

—¿Y luego se fue a atacar a las Rosas Guerreras? —preguntó Mathias, incrédulo.

Hotis tenía la cara cubierta de vendas. Cara de Hierro, por una máscara impenetrable...

Pero ¿por qué Cara de Hierro había llenado de pintadas la puerta de los Lords?

En aquel momento, se escuchó un estruendo.

Lapo fue el primero en ponerse de pie.

—¿*Vozotroz* también lo *habéiz ezcuchado*?

Y, un segundo después, llegó aquel olor inconfundible: humo. Peste a humo.

Un rayo de luna entraba por la ventana circular y hacía resplandecer las tarimas del suelo como si fueran cenizas, pero, del lado del patio, a través del ojo de buey, se veían silenciosas y larguísimas lenguas de fuego.

Algo grande se estaba quemando.

Twelve se puso en pie de un salto y corrió a su habitación, abriendo la puerta al final del pasillo.

—¡Ninon! —la llamó.

Pero la niña no estaba.

Por las escaleras se escuchaba un ruido de pisotones y frases agitadas. Y luego estaba aquella extraña luz, naranja, que brillaba al otro lado de las ventanas, deslizándose entre las paredes y el techo, dibujando enormes arabescos irisados.

Salieron al patio. El cielo estaba cubierto de nubes, oscuro como polvo de carbón.

Y el invernadero, al otro lado, ardía en llamas.

Los cristales del techo y los del costado oriental del despacho de la rectora habían estallado y las lenguas de fuego se elevaban en un humo pesado que se arremolinaba en el viento, rozando el resto de edificios de la Academia.

Junto a ella se escuchaban mil voces.

—¡Vamos, vamos!

—¡Sábanas! ¡Sábanas mojadas!

—¡Necesitamos agua, rápido! ¡Por aquí!

Twelve vio a Gerald, de cuarto, que corría llevando un gigantesco montón de sábanas.

—¡Hay que apagarlo! ¡Rápido, chicos! —vociferaba alguien—. Si las llamas llegan a la Academia, estamos perdidos.

Twelve miró a su alrededor, indecisa sobre qué hacer. Los alumnos mayores, guiados por Gobert, el jefe de los Acróbatas, habían formado una fila y se pasaban cubos de agua que arrojaban a las llamas. Zefirotti, Falkenhayn y Mister Cheng

estaban armados con aspersores metálicos con largas boquillas negras que vomitaban nubes de espuma.

—¿Quién está en el invernadero?

—¡Nadie!

—¡Yo he visto entrar a alguien!

—¡Lobo! ¡Era Lobo!

—¡Dejad de hablar y pasad cubos!

En la otra punta del patio, la profesora Virginia V. estaba dirigiendo a algunos alumnos semidesnudos y con los ojos aún hinchados de sueño, que apagaban las llamas más pequeñas, sofocándolas con ropas mojadas.

—¡Ayudadme, desgraciados! —gritaba Mister Peele, con el puro en la boca, mientras dirigía la carretilla como un loco.

El profesor Luther chillaba instrucciones a los gólems que, en fila india, entraban en el invernadero uno a uno para intentar poner a salvo algo: plantas. Las preciadas orquídeas de la rectora. Twelve vio, entre los jarrones renegridos, cómo el traje de mayordomo de Odo se prendía fuego con una llamarada y la piel de arcilla del gólem se rayaba de negro como el pelaje de un tigre.

—¿Y tú qué haces? ¡Ven a ayudarnos! —le gritó a Twelve un joven Lord.

Twelve le obedeció por inercia: en realidad, debería haber seguido buscando a Ninon, pero abrumada por la confusión, ocupó su lugar en la fila y empezó a pasar cubos.

El calor era sofocante, del río se elevaban ráfagas de viento que empujaban el humo contra los alumnos.

Twelve no conseguía mantener los ojos abiertos y muy pronto tuvo las manos llenas de ampollas. Los cubos que tenía que pasar cada vez estaban más calientes. Los vacíos volvían atrás rápidos como balas.

Ninon. Tenía que encontrarla antes de que le pasara algo.

—¡Lapo! —gritó Twelve, viendo que su amigo pasaba corriendo frente a ella para ayudar a Mister Peele—. ¡Ocupa mi puesto! —le pidió, tendiéndole el cubo.

Y salió corriendo.

Volvió al salón, vio a Gloria y Antara de los Acróbatas, que lloraban en una esquina como niñas asustadas, y un grupo de alumnos de segundo que corrían de una parte a otra sin conseguir hacer nada útil.

Detuvo a un par y los zarandeó.

—¿Habéis visto a una niña más o menos así de alta? —gritó.

—¡NINON! ¡NINON! —la llamó, vagando a ciegas por los pasillos.

Piensa, Twelve, piensa. ¿Por qué no está en la habitación? ¿Habría escuchado el ruido?

¿Estaría en alguna otra habitación de los Deshollinadores? ¿Escondida en la sala común? ¿En una de las aulas? Ninon no conocía el colegio: en realidad, nunca había salido del tejado. No, debía de haber seguido a los demás al jardín, tenía que estar

allí, en alguna parte.

Volvió afuera y se dio cuenta de que las llamas empezaban a apagarse. El invernadero parecía ahora un esqueleto negro, humeante de rabia, y en el aire se dispersaba un fina neblina, húmeda y penetrante.

—¡Lobo! —gritó alguien, sobresaltándola.

Y entonces ella también lo vio: Lobo.

Estaba saliendo de aquella maraña de agua y humo, sosteniendo un cuerpo entre los brazos.

Cuando lo vio, Twelve sintió que se desmayaba.

—Oh, no, no, no... —murmuró. No podía ser.

Se abrió paso entre el resto de alumnos para ver mejor.

—¡Lobo! —lo llamó ella también.

El jefe de los Deshollinadores se arrodilló frente a un charco y dejó, con toda la delicadeza de la que fue capaz, que se deslizara al suelo el cuerpo quemado de una joven con el rostro cubierto por una máscara de hierro.

—¡Abridme paso! ¡Rápido! ¡Abridme paso! —se escuchó la voz del doctor Mugaba.

Lobo se levantó y retrocedió un paso mientras el doctor se arrodillaba en el suelo, rozaba la máscara y retiraba la mano inmediatamente al quemarse.

—Oh, no... —murmuró Twelve, horrorizada.

A Mugaba se le unió el Gran Manny, que abrió la máscara con una decena de golpes de ganzúa, maldiciendo como un condenado.

—¡Pero cuánto tarda! —gritó alguien.

Un murmullo impenetrable, como el zumbido de un enjambre de moscas, se dispersó a su alrededor. Las últimas lenguas de fuego fueron domadas, las brasas se ahogaron en espuma. Y largas volutas de humo se enroscaban alrededor de los tobillos de la rectora, que apareció en medio de ellos de repente, como un fantasma.

—Tú... —murmuró, dirigiéndose a la joven tendida en el suelo, con las ropas quemadas.

Entretanto, Mugaba seguía inclinado sobre aquel cuerpo torturado. Twelve no alcanzaba a ver más que su espalda y el rostro de Lobo, de pie frente a él. El médico sacó la estructura que sostenía la máscara deslizándola sobre la cabeza de la muchacha y la arrojó lejos, haciéndola aterrizar en un charco en el que empezó a chisporrotear.

Entonces, el cuerpo de Cara de Hierro convulsionó y, durante un segundo, Twelve le vio la cara.

La muchacha abrió los ojos de par en par, unos ojos extremadamente dulces e implorantes, y extendió un brazo hacia la rectora.

—No puedes seguir viva... —murmuró Hortensia, retrocediendo un paso.

Twelve vio cómo Cara de Hierro se revolvía entre los brazos del doctor Mugaba

mientras gritaba:

—¡La MEJOOOR! ¡Soy la MEJOOOR!

Entonces, como si aquel grito le hubiera arrancado el alma de los huesos, murió.

Ningún alumno parecía tener intención de volver a las habitaciones. Los reunieron en el comedor y les sirvieron té caliente. Los alumnos de las tres hermandades se mezclaron en las mesas y los pasillos hablando, relatando o callando con la cabeza entre las manos, y, sobre todo, esperando.

El incendio se extinguió por completo solo con la llegada del alba, cuando el profesor Luther se unió al resto de la banda de Ladrones y se desplomó, exhausto en una de las sillas.

—Quiero café. Café solo —dijo, sin añadir nada más.

Empezó a llover. Gotas grises y ligeras, impalpables como la espuma del mar, que apagaron las últimas brasas con un chisporroteo. En el jardín, todo parecía destruido: el césped pisoteado, los setos arrancados. El invernadero era una jaula llena de barro, cenizas y madera calcinada, y muchos alumnos vieron a Hortensia llorar por sus plantas perdidas.

Pero Twelve no estaba allí cuando Luther llegó. Ni cuando Hortensia se conmovió.

Todavía no había encontrado a Ninon.

Volvió a la guarida, con el corazón rebotante de terror, y exploró palmo a palmo la sala común, rebuscando en los grandes cestos de mimbre llenos de ropa, libros y todo tipo de cacharrería —una rueda con los radios rotos, perteneciente a una silla de ruedas, dos caracolas, un reloj de arena con el cristal resquebrajado, un cortaplumas con el filo quebrado, una bolsita de cuentas de colores, una fotografía amarillenta de dos jóvenes besándose, un mantel bordado—, sin encontrar a Ninon.

Se subió a las estanterías, tiró almohadas al suelo e inspeccionó los grandes divanes que se abrían al techo. Escaló las vigas. La llamó. La volvió a llamar.

Nada.

Bajó las escalerillas de cuerda que llevaban a los dormitorios, entró en las habitaciones vacías y rebuscó entre las camas y en los armarios, sin preocuparse de que a alguien pudiera molestarle.

Mia estaba en su habitación. Llevaba una camiseta con el cuello dado de sí por la que asomaba un hombro de piel clara.

—¿Qué pasa? —le preguntó.

—Estoy buscando a Ninon. No la encuentro por ninguna parte.

—Aquí no está —le respondió la chica, permitiéndole entrar.

Twelve agachó la cabeza y rebuscó a toda prisa bajo una enorme cama con baldaquín que a saber quién habría llevado hasta allí arriba, en los armarios y en los cajones de un mueble fabricado con tubos de hierro y retales de colores.

Ninon no estaba allí.

—¡Dios! ¡Señor de Danubia! —gritó Twelve—. ¡No puedes hacerme esto! ¿Me oyes? ¡No puedes!

Mia intentó consolarla.

—No te pongas así. Se habrá escondido en alguna parte: los niños a veces hacen esas cosas. Igual el incendio la ha asustado y... no sería la única.

—¡Pero yo tengo que encontrarla!

Salió del tejado y empezó a rastrear el colegio, piso a piso, hasta llegar a la guarida de los Acróbatas, que se encontraba en una torreta del ala occidental de la escuela y a la que se podía acceder únicamente caminando sobre un cable suspendido

en el vacío, y luego hasta la de los Lords, escondida tras un enorme espejo dorado, el mismo que habían pintarrajeado hacía poco tiempo.

Empezó a inspeccionar las aulas. Las cocinas. El gimnasio, el patio de los estudiantes. Llamó a la puerta de la enfermería, pero nadie le respondió. Y, solo entonces, volvió al comedor y se detuvo frente al profesor Luther.

Los dos estaban sucios y cubiertos de cenizas.

—¿Qué pasa? —le preguntó el profesor desde detrás de su taza de café.

—Ninon ha desaparecido —dijo Twelve, en voz baja.

—¿Cuándo?

—Esta noche.

El profesor sacudió la cabeza.

—Esta noche han pasado muchas cosas, como bien has visto. Alguien ha liberado a Caterina. Y no ha sido algo agradable de ver. Tendríamos que haberla matado en su día...

Twelve no contestó. La muerte de Cara de Hierro la había impresionado profundamente. Había sido ella quien le había permitido escaparse. Y ahora necesitaba saber por qué la mantenían prisionera.

—¿Quién era? —preguntó.

—Formaba parte de los Lords. Estaba en quinto cuando Lobo era aún un novato. Una noche le pasó algo, algo en la cabeza. Y mató al rector de entonces.

—¿Al rector? —lo interrumpió Twelve.

—No sé bien cómo sucedió, nadie lo sabe. Pero el hecho es que una mañana ya no estaba. Y Caterina tampoco —Luther sacudió la cabeza—. Es una manera horrible de morir. —Y, mientras lo decía, le temblaron las manos y derramó su café.

Fue cuestión de un segundo, pero Twelve quedó profundamente conmocionada.

—Tu Ninon volverá pronto —continuó Luther—. A veces los niños hacen esas cosas, se esconden...

De la garganta de Twelve brotó un sonido gutural:

—Son casi las cinco de la mañana y la he buscado por todas partes. Por todas partes. Y si no la encontramos... Si se ha escapado de la Academia...

El profesor Luther asintió, preocupado. Había entendido perfectamente adónde quería llegar Twelve.

—El antídoto, claro... —murmuró—. Venga, ven, vamos a buscar a Mister Peele.

La flanquearon Mister Peele, dos gólems, dos alumnos de cuarto y, juntos, retomaron la búsqueda. Los gólems buscaron allí donde los alumnos no tenían acceso y los dos alumnos de cuarto, en sus respectivas guaridas. Mister Peele inspeccionó el jardín y Twelve recorrió palmo a palmo el tejado por segunda vez.

No quería darse por vencida. Introdujo la cabeza en el aula en la que impartía sus clases Falkenhayn y rebuscó entre los disfraces de la profesora Virginia V. Verificó que no estuviera en la armería e inspeccionó, por segunda vez, el gimnasio.

Y, entonces, cuando ya tenía la sensación de haber buscado en todas partes, se encontró en el aula del Gran Manny, con una larga fila de ganzúas colgadas de la pared y una decena de cajas fuertes para el entrenamiento de los alumnos.

A Ninon le gustaban las cajas fuertes y tenía un talento particular para abrirlas. Por eso, Twelve se detuvo en aquella aula un segundo más que en otras. En la oscuridad, aquellos baúles cuadrados parecían mucho más pesados y silenciosos que de costumbre, y las grandes manivelas, las manillas y los volantes de metal emitían reflejos sombríos.

—Yo soy la mejor.

Era lo que había gritado Caterina poco antes de morir.

Twelve sintió un escalofrío, y estaba a punto de marcharse cuando le pareció escuchar un sollozo ahogado.

—¿Ninon?

Siguiendo únicamente su instinto, corrió hacia las cajas fuertes y maldijo al encontrar las puertecillas cerradas.

—¡Ninon! —gritó—. Ninon, ¿me escuchas? ¿Estás aquí?

Otro sollozo, casi imperceptible. Procedía de una de las cajas fuertes más grandes. Twelve apoyó la oreja contra el metal y le pareció escuchar algo al otro lado. ¿Una respiración sofocada? ¿La niña golpeando contra la pared?

—¡Ninon, soy yo, Twelve! ¿Me escuchas? ¿Puedes escucharme?

Otra vez aquel sonido: algo a caballo entre un golpecito y un sollozo. ¿Ninon se había escondido en la caja fuerte?

—¡Estanislao santísimo! —exclamó Twelve. Nunca se le habían dado demasiado bien las cerraduras, y aquella caja fuerte le parecía particularmente amenazadora.

No iba a conseguirlo ella sola.

—¡Socorro! —gritó con voz quebrada—. ¡Socorro, que alguien me ayude!

Inmediatamente, escuchó un ruido de pies a la carrera en el pasillo y, poco después, Mister Peele y el doctor Mugaba se asomaron a la puerta.

—¿La has encontrado?

—Creo que sí... Está aquí dentro...

—¿En la caja fuerte? ¡Mister Peele, vaya inmediatamente a preguntarle al profesor Manolo dónde están las combinaciones! —ordenó Mugaba.

El sirviente expulsó el humo del puro entre los labios y compuso una sonrisilla sarcástica.

—¡Manny no tiene una hoja con las combinaciones! ¡Solo necesita sus manos!

—¡Maldición! ¡Vaya a llamarlo, rápido!

Mister Peele gruñó y salió cojeando del aula mientras el doctor Mugaba se sacaba del bolsillo un fonendoscopio y lo apoyaba contra la caja fuerte.

—La escucho —murmuró—. Y sigue viva. Así que tranquilidad... Podemos sacarla de aquí. ¿A ti qué tal se te dan las cajas fuertes?

—Fatal...

—Pues ya somos dos, entonces. Eso significa que tendremos que aprender. ¿Sabes cuántos números componen la combinación?

Twelve intentó concentrarse.

—Parece... Parece... Una caja fuerte del 23... O quizá del 31...

—¿Cuántos números?

—Cinco —dijo Twelve—. Combinación de cinco números, estoy bastante segura.

—Muy bien.

El doctor Mugaba se quitó el fonendoscopio del cuello y se lo colocó en las orejas a Twelve. Entonces, apoyó la campana del aparato sobre el metal, al lado de la ruedecilla de la combinación, y giró la manilla una decena de veces en el sentido de las agujas del reloj.

—Eso es para volver a colocar los discos de la caja fuerte en posición de reposo —explicó—. Ahora, escucha bien... Dos clics, uno cerca de otro, indican que he encontrado el número correcto.

—De acuerdo —dijo Twelve.

Con sus dedos de músico, el doctor empezó a girar la primera ruedecilla lentamente, en sentido contrario a las agujas del reloj. Twelve escuchaba con tanta concentración que tuvo la sensación de que se le estaban derritiendo las orejas, pero lo único que conseguía escuchar era la débil respiración de Ninon al otro lado.

—¡Ahí! —chilló, en un momento dado—. He escuchado dos clics.

—Siete —dijo Mugaba—. Venga, ahora, a por el segundo número.

—No —intervino Twelve, recordando de repente las clases del Gran Manny—. Primero hay que bloquear los engranajes.

Cogió la manilla, la giró hasta la mitad y entonces empezó a escuchar de nuevo.

Dos. Tres. Luego dos otra vez. Nueve.

La puerta de la caja fuerte se abrió con un largo gemido y Twelve cayó hacia atrás. Ninon estaba allí, encogida en el compartimento interior. Parecía dormir. Estaba descalza, tenía el cabello rojo brillante como el de una muñeca, y la piel... Twelve nunca la había visto tan pálida.

El doctor Mugaba la cogió con sus enormes manos y la levantó.

—Doctor..., ella... está bien, ¿verdad? —le preguntó Twelve con el fonendoscopio aún colgado del cuello.

Mugaba no le respondió, y salió del aula.

—¿Twelve? —La chica levantó la cabeza de la camilla de la enfermería. Se había quedado dormida. Era Lobo quien había hablado. El chico estaba de pie a su lado. Una serie de vendajes le cubrían los brazos, allí donde el fuego le había quemado—.

¿Estás bien? —le preguntó.

Twelve no sabía qué contestarle. Miró la camilla junto a la que se había derrumbado, donde Ninon dormía acurrucada, respirando lentamente, y se preguntó qué hora sería, y qué habría pasado.

Y por qué habría pasado.

—¿Y tú? —respondió.

Lobo se encogió de hombros. Estaba más o menos. Seguía vivo. No había mucho más que decir.

—La escuché tocar... —murmuró, mirando a Ninon. Pero no era a ella a quien se refería—. Era una flauta, creo.

—La melodía de la soledad... —susurró Twelve.

—Estaba en el tejado, cuando... Cuando empezó a tocar, abajo, en el patio. Me asomé a mirar, porque nadie puede cruzar el patio...

—Pero Hotis mató a las rosas... —murmuró Twelve. Sí, ella también había pensado en ello: Caterina tenía un plan. Primero dejó fuera de combate a las Rosas Guerreras. Y luego...—. ¿Por qué el invernadero? —preguntó.

—Hortensia —respondió Lobo—. Quería matar a Hortensia.

—Claro. Tal vez fue Hortensia quien le puso la máscara. Pero algo no salió como había planeado...

Lobo acarició las sábanas de la camilla de Ninon.

—Las puertas del invernadero estaban cerradas desde fuera —observó.

—Y ella se quedó atrapada...

—Ajá. Mal asunto. No me gustaría morir de esa manera. —Y, entonces, de repente—: ¿Cómo está la pequeña?

Twelve miró las manos de Lobo, grandes y fuertes y, sin embargo, ligerísimas, sobre el cuerpecito de Ninon.

—No lo sé. El médico ha dicho que se despertará, pero que podría tardar una hora o una semana. Aún es pronto para saberlo.

—Es muy bueno ese médico —comentó Lobo.

Se quedaron callados y pensativos, sin añadir ninguna otra palabra, durante mucho tiempo.

—Nada es lo que parece, ¿verdad? —preguntó Twelve.

—¿A qué te refieres?

—Yo... Yo me he equivocado. Quería liberar a alguien encarcelado injustamente, en cambio...

Twelve no consiguió terminar la frase. Era culpa suya, ¡todo era culpa suya! Si no hubiera convencido a Mathias y Lapo de que bajaran con ella a la Cuarentena... ¡Si no hubiera pensado que Cara de Hierro era la novia de Lobo! ¡Que era buena! ¡Si hubiera hecho lo que debía y hubiera obedecido a los profesores!

—Ven aquí... —le murmuró Lobo, y entonces la estrechó entre sus brazos heridos, no muy fuerte—. Lo de Cressida fue culpa tuya. Pero lo demás no.

¿Entiendes, Twelve? Todo lo demás no. Nadie debería vivir encerrado en una prisión, con una máscara de hierro en la cara. Nadie. Ni siquiera el mismísimo diablo.

Mientras Lobo hablaba, Twelve sollozaba con cada una de sus frases. Y sus sollozos no tardaron en transformarse en un llanto desatado, violento e incontenible.

—Mejor para ella así. Mucho mejor así...

Pero Twelve no estaba segura. No conseguía creerle, aunque lo necesitaba desesperadamente. Las lágrimas brotaban de sus ojos sin vergüenza, como nunca antes lo habían hecho en su vida. Sabía que tenía que parar, pero no lo conseguía.

La piel de Lobo olía a corteza de árbol.

—Lo siento..., lo siento... —consiguió sollozar por fin Twelve—. Creo que me he... derrumbado.

—No hay nada de malo en derrumbarse —dijo Lobo—. Mírame. Así, muy bien. No hay nada de malo.

Ella asintió, atontada por el cansancio y por la violencia de aquel desahogo, e intentó limpiarse los ojos y la nariz con el dorso de la mano.

—Muy bien, mi pequeña Deshollinadora —susurró él.

Twelve rio. Sollozó y rio.

—¿Me han perdonado?

—Te perdonarán.

—¿Aunque sea la culpable de que alguien haya prendido fuego al invernadero de la rectora?

—También te perdonarán eso, sí —sonrió Lobo.

Twelve se sentó al borde de la camilla, agotada, y dejó escapar un profundo suspiro. Ay, ¡y pensar que en un par de días tendría que realizar su primer examen de la Academia!

—Lobo, ¿puedo preguntarte una cosa? —dijo en aquel momento—. ¿Por qué te adentraste en el fuego para salvarla?

Él no le respondió. Pero sus ojos, hasta aquel momento llenos de una luz dorada protectora y compasiva, se oscurecieron con una tristeza hondísima.

—¿Tenías la duda de que pudiera ser... ella? —susurró Twelve—. ¿Que yo tuviese razón?

—Todos nos equivocamos —dijo Lobo, rozándose la frente con un dedo.

Aquella mañana, Twelve no fue a clase. Y nadie fue a buscarla. Se acurrucó en una esquina de la enfermería, al lado de la enorme puerta blindada, y se quedó allí escuchando los ruidos de la oscuridad, el imperceptible repiqueteo de las cucarachas que corrían por los conductos de desagüe y los pasos lejanos de los gólems que merodeaban por los pasillos.

El doctor Mugaba le trajo algo de comer a media mañana. Le tomó la temperatura a Ninon, dijo que lo que fuera que pudiera estar mejor estaba mejor. Luego se fue.

—Escapar, escapar —susurró Twelve cuando se quedó sola, acariciando con los dedos el contranillo que aún llevaba en el pulgar—. Escapar, escapar, escapar.

Ya lo había intentado una vez y había fracasado, pero todavía no se había rendido. No del todo.

—Tú ocúpate de despertarte, Ninon... Y luego yo te curaré...

Quizá gracias al misterioso hatillo que debía entregar a los hermanos Zorba.

—Y luego escaparemos...

—¿Twelve?

—¿Ninon?

Escuchó un ruido de sábanas apartándose y la niña gateó hasta sus brazos, antes incluso de que Twelve estuviera preparada para recibirla. La levantó: pesaba tan poco como un pajarillo.

—Estás bien...

El rostro se le iluminó mientras acariciaba las mejillas demacradas de Ninon. Parecía más pequeña que nunca y todavía tenía los ojos brillantes por la fiebre.

—¿Cómo te encuentras? —preguntó.

Ninon sacudió la cabeza. Dudó, y luego preguntó:

—¿Dónde estamos? —Y entonces—: ¿Y Bu?

—¿Bu?

—¡Nuestra amiga con la máscara de hierro!

Twelve contuvo la respiración. Tranquila, se dijo. Mantente tranquila.

—¿Bu? ¿Así la llamabas? —Ninon asintió, frotándose los ojos—. ¿Y cómo conseguiste verla?

—Venía a jugar al tejado conmigo —respondió Ninon—. Mientras vosotros estabais fuera, durante el día, ¡haciendo vuestras cosas!

—¿Y por qué no me has dicho nada?

—Bu me pidió que no le dijera nada a nadie.

—¡Ay, cielo santo! —exclamó Twelve—. Ninon, nosotras nunca nos hemos contado mentiras, ¿verdad? —La niña sacudió la cabeza—. Entonces, tú nunca me contarás mentiras a mí, y yo nunca te las contaré a ti. ¿Estamos de acuerdo?

La pequeña asintió.

—Ayer pasaron cosas muy malas. Cosas malas... que también afectaron a Bu. ¿Eso lo sabes?

—Sí... —respondió Ninon—. ¡Yo le dije que no fuera al invernadero! ¡Porque es feo y peligroso: allí está la rectora!

—Se lo dijiste a ella... —murmuró Twelve, cada vez más sorprendida—. Pero a mí no me dijiste nada...

—Bu me dijo que erais amigas.

—Así que subía al tejado y tú jugabas con ella... ¿Y luego qué paso?

—Una vez les gastó una broma a los Lords, que antes eran su hermandad... Y luego quería gastarle una broma también a la rectora. Y yo fui con ella... Pero luego, cuando me di cuenta de lo que quería hacer... ¡me escapé!

—Te escapaste del invernadero y fuiste a esconderte a un lugar donde te sentías segura... en la caja fuerte.

La niña asintió.

Y Twelve, mientras la acunaba, siguió pensando. Poco a poco, la dinámica de lo que había pasado empezó a quedarle clara: Caterina se había escapado por la trampilla de la Cuarentena y lo primero que hizo fue llenar de pintadas la puerta de los Lords. Luego convenció a Hotis de que atacara a las Rosas Guerreras para dejarlas fuera de escena y poder alcanzar su objetivo: el invernadero de la rectora. Y Ninon, ¿qué rol cumplía, en todo aquello? ¿Quizá pretendía que fuera la niña quien prendiera el fuego y quedara encerrada dentro?

¿Podría ser?

Y, sin embargo, Ninon...

Twelve recordó de repente un detalle que le había contado Lobo. Un detalle muy, muy importante.

—Ninon, escucha... Cuando te escapaste porque tuviste miedo de lo que Bu quería hacer... ¿ya estabais en el invernadero?

—Sí —respondió la niña.

—Y... tú saliste corriendo y... —Twelve tenía miedo de hacerle la siguiente pregunta—. Y cerraste la puerta del invernadero cuando estuviste fuera... ¿La cerraste con pestillo?

—¡Sí! ¡Así Bu no podía seguirme!

—¡Ay, Dios! —murmuró Twelve.

—¿Hice mal? Lo siento...

Ninon le echó los brazos al cuello y Twelve, instintivamente, se apartó.

—¿Qué sientes, Ninon?

—Yo...

—¿Qué es lo que más sientes, Ninon?

La niña agachó la mirada, como si no supiera responder. Como si no lo sintiera por nada. Ni por nadie.

El último adiós

Se obligó a tragar hasta el último bocado de la cena, intentando no pensar en Ninon y en lo que le había contado, ignorando al resto de los alumnos que se apiñaban a su alrededor y el enorme esqueleto de ballena que se balanceaba lentamente sobre su cabeza.

—¡Mira cómo tiembla Lapo! ¡Un poco más y se le hacen mayonesa los huevos!

—¿Y tú, J.J.T, por qué te masajearas las muñecas? ¿Te estás preparando para las esposas de los Húsares?

—¡Mira esos pequeños Lords! ¡Se están poniendo guapos para la plaza de los Inocentes!

—Ji, ji, ji, ji, ji, ji —chilló Lunático, con sus carcajadas de hiena.

Los alumnos mayores hacían bromas y los de primero permanecían encerrados en su silencio. Hacían acopio de concentración.

Aquella noche, justo después de la cena, empezaba el examen. El primero para ellos. Y quizá, si no tenían suerte, también el último.

En los tres días anteriores habían estudiado planes, elaborado técnicas, pedido ayuda a los profesores para que les dieran lecciones de refuerzo de combate, allanamiento y estrategia. En los tres días anteriores no habían dormido. Y ahora, quisieran o no, había llegado el momento.

Twelve era la única que tenía la cabeza en otra cosa. En algo completamente distinto. Recordaba lo que le había dicho Lobo: que no era culpa suya. Pero sí que lo era, porque había sido ella quien había dejado escapar a Cara de Hierro. Quería vengarse de los profesores y, sin embargo... Ahora el examen estaba a punto de empezar, ella iba a tener su oportunidad de conseguir el antídoto para Ninon y volver a ver a Stephen, y quizá todo aquello solo fuera otro gigantesco error.

Quería saber qué era lo que debía hacer. Y no podía preguntárselo a nadie.

Cuando se levantó de la mesa, Cressida le dedicó una sonrisilla maligna:

—No te olvides de la cita. Dentro de una hora en la entrada.

Twelve no le respondió. ¿Cómo podía olvidarse?

Volvió a la guarida y se quitó las botas con un puntapié, luego empezó a rebuscar en la montaña de zapatos que había al lado de la puerta hasta que encontró un par de

zapatillas de correr rojas, con la suela de goma. Justo lo que necesitaba.

En la habitación se quitó los pantalones y el jersey negro, que eran su uniforme habitual allí en la Academia, abrió el enorme armario de madera y empezó a revolver dentro buscando algo más apropiado. Al final, eligió dos camisetas ajustadas, que se puso una encima de otra, y unos pantalones de gimnasia como los que solían vestir los Acróbatas.

Entonces comprobó el resto de las herramientas que ya había metido en la mochila: su cuaderno, una cuerda larga, un kit completo de ganzúas, una lámpara apagada, una barra de hierro para usarla como palanca.

También llevaba consigo una honda y una bolsita de tela llena de piedras redondas. Estaba lista. O, más bien, no lo estaba, pero sabía que, en el fondo, daba igual.

—Qué guapa estás —susurró Ninon, asomando por la puerta blindada.

Twelve no pudo evitar preguntarse si la habría abierto sola, haciendo gala de aquel increíble don de allanadora que poseía.

—Gracias —murmuró.

—¿Sigues enfadada conmigo?

Twelve dudó, luego clavó una rodilla en el suelo y la estrechó fuerte entre sus brazos.

Se reunieron en el salón principal: veintiún alumnos de primero tensos como gomas elásticas.

El equipo de Lapo, preparado para escalar los peñascos de Villa Moehringer, se había equipado como para una escalada de altura, con cinturones de seguridad, botas con crampones, picos y mosquetones. El equipo de Sammy, en cambio, era todo un despliegue de disfraces y trajes elegantes de cuyos pliegues asomaban cuchillos y bastones para enfrentarse a los hombres de Orestes. Y el equipo de Twelve llevaba mochilas, zapatillas de correr y cinturones en los que asomaban las puntas brillantes de los instrumentos de allanamiento.

—¿Estáis preparados? —preguntó Twelve a los suyos.

—Mira cómo se hace la capitana —la picó Arthur.

—Porque es la capitana —atajó Karl—. Y, si queremos aprobar el examen esta noche, será mejor que no se te olvide. Y que cada uno cumpla su papel. —El chicarrón se giró hacia Twelve y le dedicó una sonrisa tensa—. Estamos preparados.

—Rebecca, ¿los disfraces?

La chica señaló su enorme mochila, rebosante de capas y trajes.

—Owen, ¿las armas?

El chico se levantó el borde de la túnica para enseñarle las dos espadas cortas que le llegaban desde la cintura hasta casi las rodillas.

—Muchachos, un momento, ¡guardad silencio! —exclamó el profesor Luther,

entrando en el salón con las manos alzadas para imponer la calma, acompañado del resto de profesores: Virginia V. y Zefirotti, Mister Cheng, Madame Truffaut, Falkenhayn, el padre Giacomo, la profesora Akiko y el Gran Manny.

Todos juntos formaban una bonita panda de chiflados, pensó Twelve. Chiflados peligrosos.

—Bueno, muchachos, aquí estamos —empezó a decir el profesor Luther con una sonrisa ferina—. Esta noche, por primera vez desde que estáis en la Academia, se os pondrá a prueba. Sin duda estaréis emocionados y asustados, y no negaré que nosotros, los profesores, también lo estamos: cada vez que los alumnos dan un golpe en la ciudad, los imprevistos están siempre a la orden del día y hay mil cosas que podrían salir mal.

—A-mén —comentó plácidamente el padre Giacomo.

—Por eso, os invito a que tengáis cuidado cuando estéis allí afuera. Hace unos cuantos años, cuando yo acababa de empezar a dar clase en esta escuela, el primer examen de primero se realizó en la zona del puerto, en el puente del Último Adiós...

—Un nombre desgraciado —murmuró Zefirotti.

—Aquella noche, ninguno de los alumnos logró aprobar. A los que no murieron los arrestaron los Húsares, y la Academia se quedó sin alumnos noveles durante un año entero. Confío en que no repetiréis esa experiencia y que al menos uno de vosotros sea capaz de volver aquí, antes del alba del día de mañana. —Luther rio con malicia. Si con su discurso pretendía infundirles valor, claramente no lo había conseguido—. Ahora os daremos las últimas instrucciones —continuó—. Los contraanillos os impedirán poner en peligro a la Academia, pero, como se suele decir, siempre es mejor prevenir que curar. No os pongáis en situaciones que obliguen a los anillos a ponerse en funcionamiento, porque sus efectos son imprevisibles y pueden ser peligrosos.

—¿Pueden matarnos? —preguntó alguien desde el fondo de la sala. Luther no respondió y Twelve recordó con un escalofrío su encuentro con Stephen, cuando pensó en revelarle quién era y dónde estaba, y el anillo le provocó un dolor indescriptible desde el pulgar hasta el hombro.

—Otra regla es no llamar la atención. No os comportéis como Ladrones. Con frecuencia, toda la diferencia reside en eso. Elegid con cuidado el botín. Cuanto más valioso sea, más alta será vuestra nota. Por último... No matéis a nadie. A menos que sea estrictamente necesario.

—Así sea —dijo el padre Giacomo.

—Dada la hora que es, no iremos a la ciudad en tren, sino en barca. Nos esperan tres botes. Haced el favor de seguirme.

Los alumnos desfilaron por el patio, entre el césped teñido de gris por el resplandor de la luna y los esqueletos sin vida de las Rosas Guerreras. El invernadero era una cabaña renegrada por el humo, silenciosa y triste. Luther abrió con una enorme llave la verja de hierro que había al fondo del jardín y guio a la comitiva

hasta el pequeño muelle donde los esperaban tres botes con grandes ruedas de madera en los costados y todas las ventanitas de la bajocubierta iluminadas.

A Twelve le recordaron al pequeño restaurante romántico en el que la habían traído de vuelta a la Academia la noche que había intentado fugarse —«Chez Damian, Alta Cocina», se leía aquella vez— y le pareció un mal presagio.

—A bordo —los azuzó el profesor Luther—. El equipo de Twelve en el primer barco, el de Lapo en el segundo, el de Sammy en el que está más a la derecha.

Twelve se dejó empujar al muelle, cuyos tablones chirriaron bajo el peso de decenas de zapatillas y, desde allí, subió a bordo junto con los demás.

El barco se separó del muelle y solo entonces Twelve se dio cuenta de que no se había despedido de Lapo y Mathias. No les había deseado suerte. Y ni siquiera les había dicho adiós.

En el interior del barco había una salita de pasajeros con el techo bajo y bancos para sentarse frente a las grandes ventanas panorámicas. Era uno de esos barcos que transportaban a los turistas por el Duma mientras la guía, por lo general una muchacha vestida con un elegante traje de chaqueta gris, enumeraba con voz monótona los dieciocho puentes de la ciudad.

Pero los alumnos no tenían ganas de admirar las maravillas de Danubia, no aquella noche, al menos. Se sentaron, muy formalitos, y empezaron a hablar bajito entre ellos. Karl, Rebecca, Zella, Cressida, Arthur y Owen. No eran el equipo que Twelve habría elegido para enfrentarse a aquella noche, pero era su equipo, y lo harían lo mejor que pudieran.

Se apartó ligeramente para observar a los profesores que habían subido con ellos al barco: Akiko, Falkenhayn y Luther. Este último tenía la mirada clavada en ella, como si quisiera leerle el pensamiento.

El barco de vapor dejó atrás el puente de la Reverencia del Rey, que parecía de cera derretida, con largas estalactitas de piedra áspera que llegaban, en los lados, a rozar el agua del río, y atracó en un muelle de pasajeros justo al otro lado de los arcos.

—Bien, muchachos —susurró el profesor Luther—. Recordad dónde está este muelle, porque desde aquí tendréis que volver cuando termine el golpe. Si alguno de vosotros se mete en problemas y no está a tiempo en el barco, debe llegar por sus propios medios a una taberna que se llama El Trinquete Partido, cerca del puente Graf. Una vez allí, decidle al tabernero que queréis reservar una habitación para diecinueve personas. Él os ayudará.

Puente Graf. El Trinquete Partido. Twelve trató de grabarse en la cabeza aquella información y rezó por no necesitarla.

—La plaza del Telégrafo está en esa dirección, a un kilómetro, más o menos. Id yendo. El examen empieza ahora.

Twelve no respondió y no le dio las gracias. Se giró hacia sus compañeros y dijo únicamente:

—Vamos.

Se encaminaron a paso vivo, esforzándose por no echar a correr, con las mochilas llenas de herramientas que marcaban el ritmo de los pasos en sus hombros. Charlaban en voz baja, fingiendo las risitas y el tono relajado de estudiantes de excursión, y Twelve guio al grupo por callejuelas secundarias y poco frecuentadas hasta llegar a su objetivo: la avenida que separaba el Cuartel de los Húsares de la tienda del armero Xavier.

Cuando llegaron a la esquina de la calle, el grupo se detuvo. La avenida estaba alumbrada por una doble hilera de farolas de gas que iluminaban la calle como si fuera de día, y la puerta de la tienda quedaba precisamente a plena luz. A estas alturas, no había mucha gente por la calle, pero, de todas maneras, habrían podido llamar la atención de algún transeúnte.

Y luego estaba el verdadero problema: la garita que sobresalía desde la otra punta de la calle como un dedo acusador, donde los Húsares montaban guardia. Si Stephen no estaba en su puesto, ya habían suspendido el examen.

Twelve se maldijo por no haber acordado con él una señal de reconocimiento o alguna especie de reclamo.

—Bueno, pues aquí estamos, comandante Twelve —se metió con ella Arthur. En su voz se percibía una preocupación mortal—. Una bonita calle iluminada como si fuera de día y, por si no fuera suficiente, delante de las narices de los guardias. ¿Qué tal si nos cuentas, por fin, cómo pretendes evitar que los Húsares nos disparen antes incluso de que entremos en la tienda?

—Las farolas —susurró Twelve—. Tenemos que deshacernos de toda esta luz.

—¿Crees que bastará para...?

—Sí —respondió Twelve—. Estoy segura.

—¿Y no crees que los soldados darán la voz de alarma en cuanto vean que las farolas se apagan una a una?

—Eso no va a pasar.

—Hagamos lo que ella dice —intervino Rebecca—. Si cuando apaguemos la primera farola vemos que algo va mal, nos retiramos.

—Pero suspenderemos el examen —comentó Karl.

—Venga, ya vale —intervino Zella—. No vamos a ninguna parte con tanta cháchara. Hay que actuar y punto. —Cogió su honda y la hizo girar dos veces para infundir velocidad al proyectil, y entonces lo lanzó.

Sobre sus cabezas, la farola se hizo añicos con un cras y una lluvia de esquirlas de cristal, y la llama titiló por última vez y se extinguió con un soplido.

El grupo contuvo la respiración un segundo, esperando. Pero nadie dio la voz de alarma.

—Funciona —dijo Cressida—. No sé cómo lo has conseguido, Twelve, pero

funciona.

—Yo sé cómo lo has hecho —dijo Rebecca. Le dedicó una larguísima mirada—. Pero da igual.

Twelve asintió, giró la cabeza y le envió un agradecimiento silencioso a Stephen, allí en su garita. ¿La estaría mirando? Estaba segura de que sí. Y no había movido un músculo. En aquel momento debía de tener el corazón agitado y sentirse asediado por mil pensamientos: la fidelidad a los Húsares, a los que idolatraba desde niño, y su amistad con ella.

La había elegido a ella, y Twelve habría querido abrazarse a él y, quizá, besarle de nuevo.

—¡Rápido, las demás farolas! —ordenó, sin embargo.

Twelve y Arthur sacaron sus hondas y empezaron a disparar proyectiles por doquier, y las farolas explotaron con un chisporroteo de fuegos artificiales.

Cressida se acercó a la puerta de la bodega. Ella era la allanadora del equipo. Twelve la observó introducir las ganzúas en el portón de la armería, cerrar los ojos y concentrarse en las vibraciones de la cerradura.

—¿Cuánto te falta? —le preguntó Zella, pasado un rato.

—Shhh —respondió ella, y entonces la cerradura hizo clac.

Había tardado un poco más de lo que le habría llevado a Lapo, pero no estaba mal. Nada mal, en realidad.

—Cuidado —los advirtió Twelve, antes de que alguno pudiera abrir la puerta—. Al otro lado está el gólem vigilante.

—Eso es tarea mía —declaró Rebecca. Abrió su bolsa de disfraces y sacó una peluca de cabello blanco. Luego cogió un pulverizador de perfume y se roció el cuello con él.

Olía a sudor, *whisky* y hierbabuena.

—¡Puaj! —dijo Arthur.

—Las criaturas alquímicas son sensibles a los olores —explicó Rebecca—. Y el armero Xavierapestaba a alcohol.

—Es verdad —confirmó Karl.

—Además, tenía el pelo blanco y largo, así...

—O sea que lo que pretendes es... ¿engañar al gólem?

—Solo aspiro a confundirlo. Durante el tiempo que necesitemos —susurró Rebecca.

Twelve les indicó que guardaran silencio con un gesto y los demás obedecieron al instante. Sonrió: ser la jefa era genial. La sensación era embriagadora. Aunque tenía un miedo de mil demonios, se sentía bien.

Lanzó una última mirada a la garita de los Húsares y, después, contuvo el aliento y empujó la puerta.

Estaban dentro.

—Las lámparas.

Haces luminosos cruzaban la antecámara de la bodega, haciendo resplandecer el rostro de arcilla del gólem.

La estatua alquímica tenía al menos dos metros y medio de altura y su tórax de arcilla estaba revestido por una coraza que debía de pesar una tonelada.

El gigantesco autómatas entró en funcionamiento y se tambaleó lentamente en la oscuridad; entonces se encontró de frente a Rebecca y se detuvo, dudoso.

—Ahora —siseó Twelve.

Owen fue el primero en abalanzarse sobre él, cubriéndole el rostro con un saco de arpillera, y entonces Karl le quitó el largo fusil que sostenía en la mano derecha.

El gólem gruñó, agitó las manos y lanzó a Cressida contra un expositor lleno de armas que cayó al suelo con un exasperante tintineo.

—¡No hagáis ruido! ¡Detenedlo! ¡Rápido!

Twelve cogió la cuerda, la enroscó alrededor de las piernas del gólem y, entonces, Karl cogió carrerilla y saltó, golpeando el tórax del autómatas con el hombro.

El gólem dio un respingo y se desplomó con un gran estruendo. Arthur, Owen y Zella se lanzaron al suelo con más cuerda para inmovilizarle los brazos.

A la luz tenue de las lámparas se entreveían paredes cubiertas de arcos, flechas, espadas de exhibición engastadas con piedras preciosas, sencillos floretes de duelo de acero inoxidable, cuadros con marcos de plata que representaban escenas de guerra.

El suelo estaba cubierto de alfombras, el techo de telas de color rojo sangre que se cernían sobre ellos.

Había varios baúles de madera oscura dispuestos contra las paredes, un par de sillas con las patas doradas para que los clientes se sentaran en ellas y un sencillo mostrador de madera con una superficie reflectante.

Tras el mostrador había una única puerta que conducía al almacén.

—Coged los sacos —ordenó Twelve— y llenadlos con el botín. Dentro de un minuto tenemos que estar fuera de aquí.

Los demás asintieron y se pusieron manos a la obra.

Ella, en cambio, cruzó al otro lado del mostrador de un salto y avanzó hacia la parte trasera.

El suelo estaba cubierto de serrín y había polvo por todas partes. En una mesa había dispuestas pinzas, tenazas y otras herramientas.

Y allí, en una esquina, estaba el baúl, que era exactamente como se lo habían descrito los hermanos Zorba: grande y robusto, y estaba cerrado por un candado del tamaño de un puño. Twelve se acuclilló frente a él, cogió las ganzúas y empezó a maniobrar con la cerradura. Pero no había nada que hacer: estaba claro que ella no había nacido para ser allanadora.

—Twelve, ¿va todo bien? Tenemos que irnos —refunfuñó Karl desde la otra sala.

—Ya voy —gruñó ella.

Se levantó, se dirigió a la mesa del armero con la esperanza de encontrar algo útil

y cogió un martillo y un puñal con la hoja mellada pero resistente.

Usando el puñal a modo de escalpelo, lo introdujo en el candado y le asestó un par de martillazos hasta que la cerradura se hizo pedazos.

En el baúl había armas envueltas en trozos de tela, carcacas de madera pulida y, por último, un hatillo de terciopelo carmesí, cuadrado, más o menos del tamaño de una caja de zapatos, cerrado como un paquete de regalo con varias vueltas de hilo de bramante. Ahí estaba. El pago que les había prometido a los hermanos Zorba.

Twelve cogió la caja envuelta en la tela. Era pesada, sólida y, al agitarla, hacía un ruido como de cuentas dentro de un frasco.

—¿Twelve? —volvió a llamarla Karl—. Nosotros nos vamos...

—¡Ya voy! —dijo ella en un susurro. Se metió la caja en la mochila y se la echó a la espalda.

Un silbido agudísimo le hizo daño en los oídos y, entonces, se escucharon los gritos:

—¡Alarma! ¡Alarma!

—¡Llegan los Húsares! —chilló Karl.

Entonces, todo se precipitó en el caos.

Una sirena a manivela retumbó en la lejanía, quizá desde la calle. Más silbidos, cada vez más cercanos. Gritos. Fuertes pisotones, órdenes ahogadas.

Seventy Stephen. Su amigo Stephen.

El chico al que había besado, que había estrechado contra su cuerpo en un torbellino de emociones que aún no había conseguido explicarse en profundidad.

Precisamente él, Stephen. Finalmente, había elegido. Y había dado la voz de alarma.

La había traicionado.

Igual que hiciste tú con tu manada, como otros hicieron contigo. Todo el mundo traiciona, tú la primera, se dijo.

Entonces, ¿por qué le dolía tanto?

—¡Huyamos! —gritó Arthur en la otra sala.

Twelve aferró con fuerza el puñal mellado y salió corriendo del almacén justo cuando por la puerta principal entraban los Húsares. Estaban en formación de batalla y llevaban porras y fusiles con la bayoneta calada.

—¡SANTIAGO! —gritó Karl, partiendo a la carga.

Y aquella fue la señal. Estaba todo perdido.

Arthur y Owen se colocaron hombro con hombro para enfrentarse juntos a un Húsar en posición de combate; Rebecca se refugió detrás de un armario para guardar la porcelana; Zella se liberó de las garras de otro soldado.

Una linterna cayó al suelo. En la tienda en penumbra chispeaban hombres, porras, resplandores de armas desenvainadas.

La puerta. Twelve debía llegar a la salida, pero frente a ella se habían detenido tres Húsares. Estaban atrapados...

Se lanzó instintivamente contra el gólem que aún yacía en el suelo, con un golpe de puñal cortó las cuerdas que lo apresaban y rajó la capucha que le cubría el rostro.

—Vamos, bestia —gruñó—. ¿Has visto cuántos intrusos hay en tu tienda? Échalos.

El gólem se puso de pie con movimientos titubeantes y partió a la carga, dando codazos en el estrecho espacio de la tienda. Y Twelve fue tras él.

Un Húsar terminó en el suelo, otro lanzó a Karl contra una pared, Twelve sintió que alguien intentaba atraparla y le hizo retroceder de una patada.

El gólem se dirigió a la carga hacia la puerta.

Los soldados que montaban guardia se miraron un segundo y, entonces, se apartaron para que no arrasara con ellos.

La salida estaba despejada.

Twelve se dejó caer al suelo y miró a su alrededor. Había más Húsares corriendo por la calle, y aquella maldita sirena seguía sonando. Volvió a ponerse de pie y, antes de poder darse cuenta siquiera, sus piernas echaron a correr, lejos de la tienda, del Cuartel de los Húsares, de sus compañeros Ladrones y de Stephen, que la había traicionado.

Dejó atrás la avenida tan deprisa que ni siquiera se fijó adónde estaba yendo; giró por una calle más pequeña, luego otra, y se detuvo a coger aliento. Los habían desenmascarado, se había ido todo al traste.

Maldición.

¿Por qué lo has hecho, Stephen? ¿Por qué?

¿Y qué podía hacer ella ahora?

No perder la calma, razonar y seguir el plan.

El plan oficial preveía que, después del golpe, Rebecca repartiese ropa nueva para evitar que alguien pudiera reconocerlos. El plan secreto de Twelve preveía disfrazarse, separarse de los demás y reunirse con los hermanos Zorba para concluir el intercambio.

En aquel momento no disponía de los maquillajes de Rebecca, pero podía disfrazarse igualmente de alguna manera, y cumplir su misión. Se remangó los pantalones hasta las rodillas. Se quitó la primera de las dos camisetas que llevaba y ató las mangas para crear una especie de bolsa en bandolera en la que introdujo su cuaderno, el puñal y el paquete que debía entregar a los Alquimistas. La mochila y el resto de herramientas se quedarían allí. Se recogió el pelo con un trozo de cuerda y volvió sobre sus pasos, obligándose a caminar a paso normal.

La sirena había dejado de sonar. Twelve se preguntó si sería una buena señal o si en cambio significaría que todos sus compañeros habían sido arrestados.

Giró por la calle que llevaba al laboratorio de los Alquimistas y se encontró frente a una carroza aparcada atravesando la calle, bloqueándole el paso.

El conductor, encaramado al asiento, llevaba una alta chistera y estaba tan quieto que parecía que estuviera muerto.

—Disculpe... —balbució Twelve. No tenía ninguna gana de entablar conversación con él, pero no sabía qué otra cosa hacer.

El conductor ni siquiera se giró, pero las cortinillas oscuras que ocultaban las ventanillas de la carroza se apartaron.

—Muchacha —dijo una voz desde dentro—, creo que tienes una cosa para mí. Y yo, si es así, tengo algo para ti.

El pasajero en el interior del vehículo era invisible, y Twelve solo alcanzaba a distinguir los dedos pálidos que sostenían la cortinilla. Notó cómo se le petrificaban las piernas.

—¿Quién es usted? —preguntó.

—Da igual quién sea —dijo la voz—. Lo único que importa es por qué estoy aquí. Para recibir una cosa y entregarte otra.

—Usted trabaja para...

—Exacto —dijo el hombre misterioso—. He escuchado las sirenas de los Húsares y he pensado que tal vez lo mejor fuera... salir a tu encuentro. ¿Has respetado tu parte del trato?

—Sí —susurró Twelve, intentando calmar el ritmo desacompañado de su respiración—. ¿Y usted?

La mano asomó por la ventanilla. Sostenía una botellita de formas redondeadas, llena hasta el borde de un líquido oscuro y cerrada con un tapón de corcho sellado con cera. El antídoto.

A Twelve le invadió tal alivio que tuvo ganas de llorar. Lo había conseguido. Le había costado perder a Stephen y suspender su examen, pero tenía el antídoto.

Cogió el hatillo que había robado del almacén del armero y se lo tendió al pasajero de la carroza, que a cambio dejó caer la ampolla entre sus manos.

—Haz buen uso de ella —dijo el pasajero—. Y recuerda: una única cucharada cada vez.

—Gra-gra-gracias —balbució Twelve.

—Ha sido un placer —concluyó el otro e hizo chasquear levemente la lengua.

El cochero sacudió las bridas y la carroza se alejó al trote, despejando la calle y desapareciendo por algún lugar en dirección norte.

Sintiéndose extrañamente ligera, Twelve volvió a caminar en dirección opuesta. Hacia el río y la salvación.

El río Duma chispeaba en la oscuridad, tranquilo. Bajo el puente de la Reverencia del Rey y sus estalactitas se veía el barco de vapor preparado para zarpar: de las chimeneas idénticas de la pequeña embarcación ya manaba un hilillo de humo, pero todavía no habían alzado la pasarela.

—Eh —dijo, con la voz estrangulada en la garganta—. ¡Eh, que yo también estoy!

—¡Espera! ¡Twelve, espera!

—¿Qué...?

—¡Por favor!

Seventy Stephen corría hacia ella con el sable golpeándole contra el muslo y la boina de Húsar sujeta bajo el brazo. La alcanzó con un golpeteo de botas y se detuvo para recobrar el aliento; estaba rojo y sudado.

—Yo... Twelve, te estaba buscando... Yo...

—¿Has sido tú? —preguntó ella con un hilo de voz—. ¿Has sido tú quien ha dado la alarma?

Stephen clavó en ella dos ojos desesperados.

—No tenía elección... Yo... tenía que hacerlo, Twelve, déjame que me explique...

—No quiero explicaciones.

—Pero es importante... Por favor... —Stephen la cogió por una muñeca. Le hacía daño—. Twelve, no te vayas. Adonde sea que tengas que ir. No sé qué está pasando pero... está mal. Por favor, no lo hagas. Quédate conmigo. Escápate conmigo. Puedo explicártelo...

—¿Explicarme el qué? ¿Cómo nos has puesto en riesgo de muerte a mis compañeros y a mí?

—Yo... Vosotros...

—Tus amigos, los que han entrado en esa tienda, llevaban fusiles, Stephen, y ha habido disparos. ¡Disparos! ¡Y yo no sé si alguno ha muerto! ¿Y ahora me pides que me escape contigo? ¿Por qué, por qué demonios debería escapar contigo, si puede saberse?

—Porque... yo te quiero —balbució Stephen—. Desde siempre. Pensaba que lo sabías, yo al menos siempre lo he sabido. Y cuando nos marchamos a la Academia..., y tu carroza explotó, y tú moriste, y tu funeral... Yo también morí, Twelve, aquel día. Fue tan espantoso. Y entonces volviste, de repente, y me pediste que te ayudara, pero yo no entendí qué tipo de ayuda me estabas pidiendo, y ahora...

—¿Y ahora? —preguntó Twelve.

—Ahora no puedo perderte. Otra vez. Por favor. No sé qué te ha pasado, pero, por favor, escápate conmigo.

Y Twelve se lo pensó. Pensó en el antídoto para Ninon que llevaba en la bolsa y en lo que le había costado, pensó en Stephen y en los años que habían pasado juntos en el Moser. Habría sido bonito escaparse con él. Loco y sobrecogedor, precioso.

Pero no podía, y no era por el contraanillo.

Stephen la había traicionado. En el momento más importante, no se había fiado de ella, y así había elegido.

Ahora le tocaba elegir a ella.

—Lo siento —murmuró—. Es demasiado tarde.

Con estas palabras se alejó de él y siguió caminando hacia el muelle, el puente, el barco, la Academia y su vida.

No volvió la vista atrás.

La flauta de plata

Owen tenía un corte en el vientre y Akiko ejercía presión sobre la herida con un pañuelo de tela para evitar que siguiera manando sangre, pero tenían que llevarlo urgentemente a la enfermería del doctor Mugaba.

—Una bayoneta —le dijo a Twelve con un gruñido—. Pero el Húsar que me ha hecho esto se ha llevado una cuchillada peor.

Cressida también necesitaba ir a la enfermería: se había roto un brazo y se lo sostenía en el regazo como una muñeca de trapo, tan asustada que ni siquiera se quejaba.

Los demás estaban bien: Karl tenía algunos arañazos y un ojo morado, Rebecca la ropa hecha trizas, Zella estaba pálida como un muerto.

Solo faltaba Arthur.

—Lo bloquearon entre tres —balbució Karl—. Lo desarmaron y lo maniataron. Teníamos que elegir entre ayudarle o escapar...

Así que ellos también habían elegido. Twelve se encogió de hombros. En el fondo, ella habría hecho lo mismo.

Apretó con fuerza la ampolla con el antídoto para Ninon y pensó en que no le importaba nada más que eso, ninguna otra cosa, y se esforzó por apartar de su mente la imagen de Arthur y su sonrisilla socarrona.

—¿Por qué has tardado tanto? —preguntó el profesor Luther—. Estábamos a punto de irnos sin ti.

—¡Me han seguido! —exclamó ella—. Tuve que escapar y tardé un poco en deshacerme de ellos.

—Fuiste la primera en salir de la armería.

—Igual por eso solo me han seguido a mí. —Twelve se obligó a sonreír.

El profesor Falkenhayn se le acercó con paso tambaleante.

—¿Tú has robado algo? ¿Has conseguido sacar de allí algún botín?

Twelve sacudió la cabeza, luego recordó el puñal que había metido en la bandolera, lo sacó y se lo tendió al profesor, que lo sostuvo entre las manos con un gesto que le pareció una respetuosa reverencia.

—Es un buen cuchillo —comentó—. No es un arma de exposición: la hoja es

gruesa y sin adornos. Está hecha para ser usada. Pero es hermosa. Y afilada.

—Por eso lo cogí —confesó Twelve—. Necesitaba algo para... defenderme... cuando dieron la alarma y llegaron los Húsares.

Mientras tanto, el profesor Luther había soltado amarras y había vuelto a introducir a bordo la pasarela. Silbó tres veces y el barco de vapor se distanció del muelle, comenzando a remontar a ritmo lento la corriente.

Los alumnos tomaron asiento en la bajocubierta, cien años más viejos que cuando habían estado allí mismo tan solo unas pocas horas antes. Owen se quejaba como si se fuera a morir de un momento a otro.

Twelve intentó buscar un lugar apartado, en la popa, donde el ruido de las palas era tan fuerte que parecía borrar los pensamientos. Pero Luther fue adonde ella estaba y se sentó a su lado. Tenía la piel verde como un lagarto.

—Es extraño —dijo, con la voz amortiguada por el ruido de los motores y las ruedas—. El soldado de guardia no dio la voz de alarma cuando rompisteis las farolas ni tampoco cuando abristeis la puerta de la tienda. Únicamente avisó después, cuando ya estabais casi a punto de salir.

—Sí —admitió Twelve—. Es extraño.

—¿Te has preguntado por qué?

—No tengo la más mínima idea.

—¿Estás intentando decirme que no sabes nada?

—Nada de nada.

—¿Por qué el Húsar que montaba guardia en la garita no activó las sirenas inmediatamente?

—Igual estaba distraído —respondió Twelve—. Quizá se alejó un momento para... ir al baño, o yo qué sé. Luego ha debido de volver, ver las farolas apagadas y la puerta de la tienda abierta, y entonces...

Se miraron durante un segundo eterno. El profesor fue el primero en apartar los ojos.

—Has traído un puñal como botín —suspiró el profesor, finalmente—, y no te han arrestado. Así que examen aprobado. Enhorabuena.

Más que darle la enhorabuena, daba la sensación de que el profesor quisiera estranglarla, pero Twelve no fue capaz de evitar que una enorme sonrisa le surcara el rostro.

Examen aprobado.

Y también había conseguido el antídoto.

No podía creérselo.

El barco atracó en el muelle de la Academia casi al alba. Twelve vio que el vapor de Lapo ya había llegado, mientras que aún faltaba el de Sammy.

El doctor Mugaba ya estaba esperando en el muelle para transportar a Owen y

Cressida a la enfermería, y Zella los acompañó, sosteniendo la mano de Owen. Twelve, Karl y Rebecca siguieron a los profesores a través del jardín de cenizas.

—Bueno —balbució Karl—. Nos ha ido bien, después de todo, aunque no ha salido como esperábamos...

—Sí —dijo Twelve—. Examen aprobado.

—¿Deberíamos celebrarlo, tal vez? Yo qué sé, ir al comedor y bebernos... ¿un zumo?

—¿Cómo puedes decir eso? —siseó Rebecca—. ¡Han arrestado a Arthur! Tal vez lo maten, y todo por... ¡vuestra culpa!

—Pensaba que los Lords no os preocupabais por los demás —rezongó Twelve—. ¿Me equivocaba?

Rebecca se negó a responderle, pero le dedicó una mirada de odio renovado. Twelve fingió no darse cuenta.

—De todas maneras, Karl, la verdad es que no me apetece celebrarlo. Creo que me voy a dormir.

Subió sola a la guarida de los Deshollinadores, donde encontró a Lapo y Mathias, alterados por la aventura y el cansancio.

—¡Twelve! ¿Cómo *oz* ha ido?

—Examen aprobado. ¿Y vosotros?

—Nosotros también —dijo Mathias.

—Yo he forzado una Moehringer del 19 *zolito*. *Ez* un modelo *baztante* fácil, pero... ¡el Gran Manny dice que ha *zido* *impresionante*!

Twelve sonrió y se quedó un rato escuchando la historia de su asalto a la Villa Moehringer, luego se despidió de ellos y fue a su habitación. Necesitaba estar un rato en soledad.

Ninon dormía aovillada como un gatito, y por el ojo de buey ya se colaba la luz del día.

Con cuidado de no despertarla, Twelve se sentó en la cama, cogió su cuaderno y lo abrió con la lista de personas de las que podía y de las que no podía fiarse.

Suspiró, cogió una pluma y dibujó una cruz sobre el nombre de su amigo de toda la vida, Seventy Stephen. Volvió a cerrar el cuaderno.

Se sentía agotada y vacía.

Se tendió en la cama y, al colocarse la almohada, notó algo duro bajo la tela. Sus dedos se cerraron en torno a los tubos brillantes de una flauta de plata. La flauta de Cara de Hierro.

¿Quién la habría dejado allí? ¿Ninon, tal vez? ¿O alguna otra persona? ¿Y por qué?

Twelve no lo sabía. Y, en aquel momento, tampoco le importaba.

El sol salió en la ciudad de Danubia, coloreando de amarillo los tejados y de luz el

río, haciendo resplandecer uno a uno los dieciocho puentes y disipando la bruma de las paredes de los edificios.

Con el sol llegó también el viento, y Twelve lo recibió como una caricia, inmóvil en el tejado de la Academia, de pie, con los ojos entrecerrados y el corazón palpitándole con fuerza.

No daba crédito a todo lo que le había pasado. Demasiadas vías, demasiadas dudas y misterios.

Pero había algunas cosas que ya sabía. Sabía que pertenecía a la Academia más que a cualquier otro sitio del mundo. Y que, sin embargo, pronto se escaparía. Se vengaría. Y todo cambiaría.

Escondida entre las chimeneas, Twelve sonrió. Se arrancó del cuello el colgante luminoso que le había regalado Stephen y con un solo gesto lo lanzó lejos, hacia el río. Lo vio desaparecer con un destello en un segundo. Luego cogió la flauta de Caterina, se la llevó a los labios y sopló en su interior. De ella brotó una nota raspada y chirriante, como un tenedor arañando una pared.

Sacudió la cabeza y lo intentó de nuevo, una y otra vez, hasta que del instrumento brotó una nota cada vez más clara, alta y sostenida.

Twelve mantuvo el sonido mientras tuvo aire en el pecho.

Así empezaba la melodía de la soledad.

La melodía de la mejor.

Notas

[1] Walter Benjamin, *La obra de arte en la época de su reproductibilidad técnica*, 1966. <<